

Luciano Martínez Valle

**Asalariados rurales
en territorios del agronegocio:
flores y brócoli en Cotopaxi**

FLACSO Ecuador



FLACSO
Ecuador

© 2015 FLACSO Ecuador

Cuidado de la edición: Unidad Editorial de FLACSO Ecuador

Impreso en Ecuador, noviembre de 2015

ISBN: 978-9978-67-453-6

FLACSO Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito, Ecuador

Telf.: (593-2) 294 6800 Fax: (593-2) 294 6803

www.flacso.edu.ec

Martínez Valle, Luciano

Asalariados rurales en territorios del agronegocio : flores
y brócoli en Cotopaxi / Luciano Martínez Valle. Quito :
FLACSO Ecuador, 2015

xvii, 119 p. : gráficos, mapas . - (Serie Atrio)

ISBN: 978-9978-67-453-6

TRABAJO AGRÍCOLA ; ECONOMÍA AGRARIA ;
SOCIOLOGÍA RURAL ; MANO DE OBRA RURAL
; MERCADO DE TRABAJO ; AGROINDUSTRIA
; FLORÍCOLAS ; PRODUCCIÓN AGRÍCOLA ;
COTOPAXI (PROVINCIA) ; ECUADOR.

306.364 - CDD

A María Teresa, mi esposa y compañera en esta ruta.

A María Gabriela y Diego, mis hijos.

A Luana, mi nieta.



Impulsar, en el medio rural, el estudio de las transformaciones de las prácticas económicas permite comprender mejor, y más completamente, lo que ellas ponen en juego, es decir, todo un estilo de vida, o mejor, todo un estilo de creencias. Si bien hay que hablar, para describirlas, no de adaptación sino de conversión.
(Bourdieu)

Índice de contenidos

Siglas y acrónimos	XIII
Presentación	XV
Agradecimientos	XVII
Introducción	1
Capítulo 1	
Las especificidades de la proletarización de la mano de obra rural	7
Capítulo 2	
Un territorio modulado por los agronegocios	15
Capítulo 3	
Las características centrales del territorio investigado	21
El territorio florícola	21
El territorio del brócoli	28
Capítulo 4	
Los asalariados de las florícolas y las brocoleras	37
¿Existe empleo precario en este territorio?	49

Índice de contenidos

La precariedad en las flores	52
La precariedad en el brócoli.	55
Capítulo 5	
El mercado de trabajo desde la perspectiva del campo social	59
Capítulo 6	
Minifundios al margen o territorio semiproletarizado.	69
Capítulo 7	
El consumo, una manifestación del proceso de desterritorialización.	79
Capítulo 8	
Los débiles niveles de organización de hombres y mujeres trabajadores	87
El nivel de organización en el trabajo	87
La organización en la comunidad	91
Conclusiones	99
Anexos	107
Referencias.	111

Índice de contenidos

Índice de tablas

Tabla 1. Tipo de trabajadores según tamaño de la empresa	28
Tabla 2. El empleo en el brócoli	32

Índice de gráficos

Gráfico 1. Exportación de flores desde 2001 a 2011	25
Gráfico 2. Población ocupada en flores por tamaño de la empresa y sexo, en el cantón Latacunga	27
Gráfico 3. Tamaño de la UPA y superficie cultivada de brócoli en la provincia de Cotopaxi	31
Gráfico 4. Trabajo directo en el brócoli	33
Gráfico 5. Trabajo anterior de los asalariados	39
Gráfico 6. Miembros asalariados por familia (porcentajes)	41
Gráfico 7. Tipos de asalariados por sexo (porcentajes)	44
Gráfico 8. Componentes del empleo no precario en las flores y en el brócoli.	51
Gráfico 9. Disponibilidad de tierra en las familias.	70
Gráfico 10. Participación de los miembros de la familia en la parcela	71
Gráfico 11. Destino del salario del último mes (porcentajes)	81
Gráfico 12. Instituciones que otorgaron préstamos (porcentajes)	83
Gráfico 13. Destino del préstamo (porcentajes)	84
Gráfico 14. Niveles de cooperación (porcentajes)	92
Gráfico 15. Relaciones de reciprocidad (porcentajes)	94

Índice de mapas

Mapa 1. Censo Nacional Florícola. Año 2010	23
Mapa 2. Haciendas productoras de brócoli en Cotopaxi.	30

Siglas y acrónimos

APROFEL	Asociación de Productores Ecuatorianos de Frutas y Legumbres
CLACSO	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
EXPOFLORES	Asociación de Productores y Exportadores de Flores
FDA	Fondo de Desarrollo Académico
FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
IESS	Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social
INEC	Instituto Nacional de Estadística y Censos
MAGAP	Ministerio de Agricultura, Ganadería, Acuicultura y Pesca
OIT	Organización Internacional del Trabajo
PRO ECUADOR	Instituto de Promoción de Exportaciones e Inversiones del Ministerio de Comercio Exterior
SEEIC	Sistema Educativo Experimental Intercultural Cotopaxi
SENACYT	Secretaría Nacional de Ciencia y Tecnología
SIGAGRO	Sistema de Información Geográfico y Agropecuario

Presentación

La reciente valorización del sector rural a escala mundial, impulsada por el rol protagónico que tiene la agricultura como productora de “commodities” y de alimentos para el mercado, no siempre ha ido acompañada de la revalorización de los actores sociales que posibilitan este proceso. Así, por ejemplo, dentro del actual modelo de acumulación capitalista no se conoce muy bien los procesos de proletarización que posibilitan esta acumulación en el medio rural.

En el caso ecuatoriano se asiste, desde hace unas tres décadas, a un proceso inédito de desarrollo de una agricultura empresarial orientada hacia el mercado mundial. Tal es el caso de la producción de flores y brócoli en territorios poblados por campesinos, campesinas y comunidades indígenas. En estos territorios evidentemente se han generado cambios importantes, no solo del paisaje sino de las relaciones sociales, así como de las formas organizativas y culturales.

En el libro *Asalariados rurales en territorios del agronegocio: flores y brócoli en Cotopaxi*, que FLACSO Ecuador presenta a la comunidad académica, su autor, Luciano Martínez Valle analiza los cambios desde la perspectiva de hombres y mujeres que trabajan en calidad de asalariados, antes que desde la empresa. Le interesa observar este proceso analizando la construcción social del mercado de trabajo, una perspectiva novedosa que supera la tradicional basada en los mecanismos de la oferta y demanda.

El autor desarrolla la investigación a partir de la discusión de las vías de desarrollo del capitalismo en el territorio, pasando por el análisis del mercado de trabajo, los efectos sobre la agricultura familiar campesina y

los niveles de organización social. Tal perspectiva permite entender, desde adentro, los cambios que ha experimentado el territorio estudiado.

Este trabajo invita a lectores y lectoras a reflexionar sobre la cambiante realidad rural desde una triple perspectiva: la especificidad del mercado de trabajo en territorios campesinos donde la hacienda, metamorfoseada en empresa agroindustrial, aprovecha los recursos locales en su beneficio; la presencia de un excedente laboral proveniente de las comunidades locales que constituye, sin lugar a dudas, el eje de la acumulación capitalista en el territorio; los efectos del trabajo asalariado sobre la agricultura campesina local y las familias de estos trabajadores y trabajadoras.

Todo parece indicar, según el autor, que en las actuales condiciones, las transformaciones señaladas en este estudio, a partir del análisis la dinámica del mercado de trabajo rural, no apuntan hacia la consolidación de la producción familiar. Más bien están mostrando el inicio de procesos de desterritorialización, que se cumplen cuando la lógica productiva, del trabajo y hasta de los patrones de consumo proviene de fuera del territorio. En este sentido, poco a poco se ha consolidado una lógica mercantil que barre con las formas de solidaridad tradicionales, que debilita el capital social y que impide la creación de nuevas formas de organización de mujeres y hombres, trabajadores rurales.

La FLACSO espera que este libro genere una amplia discusión no solo entre investigadores y el mundo académico sino también en el espacio de la política pública. En este momento es importante rescatar la potencialidad del mundo rural en el diseño de políticas públicas, para que exista mayor sintonía con el territorio y los procesos de transformación que ocurren de forma silenciosa, y que en muchos casos no benefician a los sectores sociales desposeídos.

Juan Ponce Jarrín
Director de FLACSO Ecuador

Agradecimientos

Esta investigación se llevó a cabo en el año 2012 gracias al financiamiento de FLACSO Ecuador, dentro de los proyectos del Fondo de Desarrollo Académico (FDA). Una versión resumida de este trabajo fue también presentada en el Seminario Internacional “Asalariados Rurales, Transformaciones Agrarias y Ciudadanía”, organizado por CLACSO en Montevideo en mayo de 2014. Ahí recibí comentarios de varios colegas pertenecientes al grupo de trabajo “Transformaciones agrarias y trabajadores rurales: condiciones de empleo, conflictos y ciudadanía en el campo latinoamericano”.

Un artículo de mi autoría basado en este trabajo fue igualmente publicado en la revista Eutopía 5 (septiembre de 2013), bajo el título “Flores, trabajo y territorio”. Agradezco al Comité Editorial y a los lectores pares por su amabilidad al aceptar su publicación.

En la aplicación de la encuesta y la realización de las entrevistas participaron varios estudiantes de la Maestría de Desarrollo Territorial de FLACSO Ecuador, así como algunos promotores del Sistema Educativo Experimental Intercultural Cotopaxi (SEEIC). A todas estas personas, mi agradecimiento por su paciente y sacrificada labor en el trabajo de campo e investigación.

Finalmente, quiero agradecer también a Liisa North, de la Universidad de York, así como a Carmen Diana Deere, de la Universidad de Florida, distinguidas profesoras eméritas de FLACSO Ecuador, por sus lecturas y pertinentes comentarios que enriquecieron la versión final de este trabajo.

Introducción

En el contexto de la reciente crisis del capitalismo de fines de la década de 2000 se observa un interesante proceso de revalorización del medio rural, vinculado con el nuevo papel asignado a la agricultura y, en general, al espacio rural dentro de la actual globalización económica. Este proceso se manifiesta en fenómenos como el incremento de la demanda de tierra en varios países de América Latina, por parte de empresas transnacionales interesadas en invertir en la producción de alimentos o biocombustibles, que ha llevado a una mayor nivel de concentración de este recurso (Zoomers 2010).¹ No obstante, esta mayor vinculación con el mercado global también ha generado transformaciones novedosas en territorios, sobre todo en la Sierra ecuatoriana, hasta hace poco considerados tradicionales, en los que predominaban las haciendas. En efecto, si se recorren los valles de la Sierra centro-norte del país, se constata que ya no predomina el bucólico paisaje de praderas verdes donde el ganado pastaba a su agrado. Ahora se observan con mayor frecuencia inmensos tinglados de madera o acero forrados de plástico, que indican la presencia de cultivos de flores para la exportación y grandes extensiones de cultivos de brócoli, que reemplazan progresivamente a los pastos. Este cambio drástico en el paisaje agrario evidencia una radical modificación en la estructura productiva de estos

¹ El *land grabbing*, como se lo conoce en la literatura más reciente, se ha desarrollado en la última década, especialmente en los países del Cono Sur de América Latina (Argentina, Paraguay, Brasil, Chile), mientras en el Ecuador, por sus características de país pequeño y densamente poblado, no están dadas las condiciones más favorables para este tipo de inversiones de las empresas globales.

territorios, ahora volcados a productos agrícolas de alta demanda en el mercado mundial.

Esta tendencia, por supuesto, proviene de dinámicas externas que se incrustan en territorios como los de la provincia de Cotopaxi, donde se ha consolidado una segunda ola de modernización, a través de la metamorfosis de las haciendas ganaderas en empresas productoras y procesadoras de flores o de brócoli. Los actores, el capital y la tecnología provienen de fuera del territorio, mientras la mano de obra es completamente local. Sin embargo, no todo el capital procede del extranjero (a través de la formación de *holdings*), de hecho, se trata de una economía espuria que utiliza los recursos naturales y mano de obra para extraer el máximo nivel de ganancia, bastante similar a las denominadas economías de ‘enclave’ que existían en la Costa ecuatoriana en los años cincuenta del siglo pasado.²

Ahora bien, en la medida en que las iniciativas provienen de afuera, se trata de procesos no sostenibles, es decir, que no logran arraigarse en el territorio; al contrario, lo que se ha producido es un proceso de ‘desenraizamiento’, una desvinculación respecto a las relaciones sociales predominantes hasta entonces, tal como lo menciona Polanyi (2000, 90): “En lugar de estar encajada la economía en las relaciones sociales, las relaciones sociales están encajadas dentro del sistema económico”.

Esta dimensión actualmente se consolida en el caso de los territorios orientados a la producción de flores, brócoli y hortalizas en la provincia de Cotopaxi, donde el capital de afuera del territorio se valoriza gracias a una mano de obra barata proveniente de las comunidades locales, el aprovechamiento de las buenas vías de comunicación, la cercanía de la ciudad de Quito y, al menos durante un primer momento, la oferta de tierras para la producción de nuevos cultivos.

Este libro se centra en el análisis de las características de la vinculación de la mano de obra local con las empresas capitalistas, un proceso de proletarización tardía (llevado a cabo en últimos 20 años) que ha erosionado las

2 El concepto de ‘enclave’ utilizado en este trabajo busca explicar lo que sucede en territorios donde la dinámica económica se centra en empresas extranjeras o vinculadas con ellas, se desplaza la producción y cultivos orientados al mercado interno, hay una fuerte dependencia de tecnología externa, la riqueza generada no permanece a nivel local y, finalmente, hay una fuerte influencia en la política local y nacional (Pierri 2010).

economías campesinas de este territorio. En este lapso se ha consolidado un modelo de agronegocio que responde eficientemente a la demanda del mercado mundial, al utilizar especialmente una de las ventajas comparativas que ofrece el territorio: la disponibilidad de mano de obra barata local.

Interesa mirar este cambio desde la perspectiva de trabajadores asalariados antes que desde la empresa, justamente para lograr captar el significado y la importancia del surgimiento de este nuevo actor social, en un territorio donde anteriormente predominaban el sistema de hacienda y las relaciones sociales articuladas en torno a ella. Desde esta perspectiva, también es importante indagar sobre el impacto del proceso de proletarización en las familias campesinas y mirar, desde esta dimensión, los cambios que se registran en el territorio, que empieza a ser modulado por los agronegocios.

El territorio es considerado en este análisis no solo un espacio geográfico o político-administrativo sino principalmente el espacio social donde los productores elaboran estrategias tendientes a su apropiación, basados en la disponibilidad de recursos o capitales, en su historia y en sus tradiciones. Este espacio ha cambiado lentamente debido a dos denominadores comunes: la concentración de la tierra y del agua, y el incremento de mano de obra disponible, dos caras de la moneda que fundamentan la evolución de un modelo de modernización agraria sin redistribución de la tierra. Las haciendas continúan presentes en el paisaje agrario y, aunque se metamorfosearon desde la ganadería hacia la floricultura y cultivos de hortalizas, constituyen todavía el eje de la estructura agraria de este territorio.

En este libro se parte del análisis de las teorías de la modernización capitalista vinculadas a la proletarización de la mano de obra. Con ello se busca sustentar que no existe un modelo único de modernización del campo y que en un territorio dado están presentes varias modalidades de capitalización agraria, así como especificidades en la formación de asalariados rurales. En segundo lugar, se abre una discusión sobre el concepto de territorio utilizado, que privilegia la dimensión de ‘proceso de construcción social’. Posteriormente, luego de una breve caracterización del territorio estudiado, se pasa a un análisis más detallado sobre las características de los asalariados y la presencia o ausencia de precarización en el empleo. A continuación, se reflexiona acerca del mercado de trabajo desde

la perspectiva de la sociología de Bourdieu. Posteriormente, se analizan dos efectos de la consolidación del modelo de agronegocio en el territorio: la marginación de la parcela familiar y el consumo no productivo de la mano de obra asalariada joven. Finalmente, se indaga sobre los niveles de organización de hombres y mujeres trabajadores rurales, para terminar con algunas conclusiones relevantes.

Esta investigación se realizó en la provincia de Cotopaxi durante 2012 y se centró en las áreas productoras de flores y brócoli, ubicadas en los cantones Latacunga, Saquisilí y, en menor medida, Pujilí. Debido a que se buscaba analizar el impacto del proceso de proletarización en las economías familiares, se investigó a trabajadores de las flores y del brócoli en el contexto de sus familias y no de la empresa. Esta decisión tenía la ventaja de que podían hablar sin la coerción de la empresa o la presencia de supervisores o directivos de esta. En cambio, demoró la recolección de la información, porque había que concertar citas en los lugares donde vivían los trabajadores o en los espacios donde podían reunirse para socializar fuera del trabajo (prácticas de deporte, reuniones de los barrios, etc.).

Asimismo, se aplicó una encuesta que recoge datos de las unidades familiares de los trabajadores de flores y brócoli (composición de la familia, acceso a activos productivos, comercialización y venta de productos) y, sobre todo, datos referentes a las características del trabajo realizado en las plantaciones de flores y de brócoli. Se recopiló también información sobre el consumo y formas de acceso al crédito. Finalmente, se indagó sobre aspectos relacionados con el capital social existente en el trabajo, la familia y la comunidad. Aparte de la encuesta, se entrevistó a jóvenes trabajadores de ambos sexos, a técnicos de las empresas de flores, a padres y madres de los trabajadores y a autoridades locales. Asimismo, se formaron algunos grupos focales en los que participaron trabajadores de ambos sexos de la zona.

Hay que señalar que las encuestas no pueden ser consideradas una muestra estadísticamente representativa del universo de las florícolas y brocoleras de Cotopaxi, en gran parte porque no se disponía de fondos para realizar un estudio de esta envergadura y porque el equipo de investigación consideró que lo más importante era detectar las tendencias centrales, en torno al proceso de proletarización y sus impactos en la economía familiar

y en el territorio. Uno de los criterios utilizados para no aplicar más encuestas fue el grado o nivel de repetición de la información, un indicador de saturación del universo investigado.

De esta forma se levantaron 100 encuestas en las florícolas, de las cuales se procesaron finalmente 94, y 88 encuestas en el área de brócoli.³ Se trató de cubrir el territorio diversificando las encuestas en las parroquias donde están presentes las empresas. En el caso de las flores se investigó a trabajadores de 25 empresas, distribuidas en cinco parroquias; además, a quienes vivían en 17 lugares diferentes dentro del territorio investigado. En el caso del brócoli se investigó a trabajadores de cuatro empresas distribuidas en tres parroquias; los trabajadores residían igualmente en 17 lugares diferentes (ver anexo 1).

En esta investigación participaron en calidad de asistentes de investigación María Rosa Yumbra y Lama Al Ibrahim, becarias de la Maestría de Desarrollo Territorial de FLACSO Ecuador. En el levantamiento de la información también colaboraron otros becarios de la misma maestría: Ronald Herrera, Ángela Tipán, David Suárez y Ronald Urbina. Para el trabajo de campo se contó con el apoyo del Sistema Educativo Experimental Intercultural Cotopaxi (SEEIC). En el procesamiento de datos participó Diego Martínez G.

³ Las encuestas socioeconómicas se aplicaron entre julio y agosto de 2012 a las familias de trabajadores de flores y, entre septiembre y octubre de 2012, a las familias de trabajadores de brócoli.

Capítulo 1

Las especificidades de la proletarización de la mano de obra rural

Los procesos de proletarización han sido objeto de varias investigaciones en el medio rural, orientados la mayoría de las veces por un marco teórico proveniente del marxismo, y que privilegiaba la teoría del desarrollo del capitalismo en el campo y la consecuente consolidación de nuevas relaciones de producción (capital-trabajo asalariado). En el caso ecuatoriano, esta discusión se desarrolló en torno a los trabajos que defendían la modernización de las haciendas serranas desde la perspectiva del modelo *junker* (Murmis 1980; Barsky 1978) y aquellos que defendían también la presencia de iniciativas campesinas como *leitmotiv* de las reformas agrarias de los años sesenta (Guerrero 1983). Trabajos posteriores demostraron que los modelos teóricos mencionados no se ajustaban a una realidad muy abigarrada y heterogénea, pues a pocos kilómetros de una hacienda tipo *junker* se encontraban haciendas que se habían dividido y generado propietarios tipo *farmer*, o simplemente haciendas que continuaban con estrategias mixtas de relaciones sociales, en las que utilizaban mano de obra asalariada y también campesina bajo modalidades tradicionales¹ en años tan tardíos como los ochenta del siglo pasado (Martínez Valle 1987; Bretón 2012).²

1 Todavía se utilizaba a trabajadores huasipungueros, es decir, que devengaban con su trabajo gratuito el usufructo de una parcela y de recursos de la hacienda.

2 En la literatura sobre las vías de desarrollo del capitalismo la vía *junker* indica un proceso de modernización donde el terrateniente se transforma en empresario capitalista sin redistribución de la tierra, mientras que la vía *farmer* hace alusión a procesos donde predomina el acceso al factor tierra por parte de productores rurales (Lenin 1974).

En realidad, estas interpretaciones presentaban dos problemas centrales: por un lado, estos procesos no estaban enmarcados en una reflexión de la construcción del territorio, lo cual habría permitido incorporar las estrategias de los grupos sociales, los conflictos y la disponibilidad de capitales para explicar la consolidación de la dominación en el espacio social y, por otro, aparecían desligadas de las relaciones con el mercado mundial. En definitiva, se miraba los procesos en relación con un modelo y no se los analizaba como un “campo social” en movimiento (Bourdieu 2013) cuya dinámica respondía a las estrategias internas y a los condicionamientos externos que provenían del mercado mundial.

Autores como Wallerstein (1984) y Brenner (2009) tuvieron el mérito de enmarcar las relaciones sociales en una perspectiva de la economía mundo, sin embargo, quedaba pendiente aclarar las especificidades de los procesos de proletarización en territorios de vinculación tardía. En una entrevista realizada por Harvey a Arrighi (2009, 3) este último plantea, basado en sus investigaciones en África, la tesis de que “el desarrollo capitalista no se fundamenta necesariamente sobre la proletarización total”. Más bien sugiere la existencia de otra vía de desarrollo que no implica necesariamente desposesión del campesinado y que conduce a la consolidación de la pequeña propiedad en el campo. Arrighi denomina a esta ‘vía suiza’, dado que en ese país la migración de larga distancia no implicaba proletarización, sino reinscripción en los territorios de salida de la población migrante.

Arrighi sugiere la presencia de varias vías en un solo territorio, como al parecer sucedió también en Calabria, en el sur de Italia.³ En el estudio realizado sobre esa región, señala la presencia de la vía *junker* en la zona de Crotonese, donde los latifundios se transformaron en empresas capitalistas, con trabajadores asalariados que producen para el mercado y buscan el máximo beneficio. Se localiza a la vía *farmer* en la región de Piana di Gioia Tauro, donde los campesinos se transformaron en agricultores, de los cuales algunos se convirtieron en pequeños capitalistas y otros en semipro-

3 Según Arrighi (citado en Harvey 2009) “una es muy similar a la vía del *junker* que presentaba Lenin: latifundio con total proletarización; otra se asemeja a la vía ‘estadounidense’ de Lenin, de pequeñas y medianas explotaciones, insertas en el mercado. Lenin no presenta la tercera, que nosotros denominamos vía suiza: migración de larga distancia y después inversión y retención de la propiedad cuando se vuelve a casa”.

letarios. Finalmente, en Cosentino se ubicó una vía diferente, basada en la migración campesina vinculada a la comunidad, que permite la compra de tierra y otros bienes de producción, denominada también ‘vía suiza’ (Arrighi y Piselli 1987, 650-652).

La vía de la migración campesina a “largo plazo y de largas distancias” (normalmente a Norteamérica o Sudamérica) se encontraba enraizada en la comunidad que la controlaba mediante relaciones de parentesco y vecindad, así como por reglas de herencia y de matrimonio fuertemente institucionalizadas. Una de las conclusiones de los autores es que la vía basada en la migración campesina significó la “disminución del conflicto social en todas sus formas tradicionales” (Arrighi y Piselli 1987, 660).

Esta sugerente propuesta permite repensar los procesos de modernización capitalista y las características de la proletarización rural. Así, por ejemplo, ¿hasta qué punto una proletarización total de la mano de obra es conveniente para la acumulación en el campo? ¿Es más viable una proletarización parcial, es decir, de una parte de la familia, mientras la economía campesina cumple el rol de abastecer de alimentos, con lo cual el nivel de los salarios puede ser competitivo para la acumulación de capital? De allí la presencia de una proletarización sin expropiación de las parcelas, totalmente funcional a los intereses del capitalismo agrario, que se vería en dificultades si las familias solo dependieran del salario para su reproducción.

Igualmente es importante estudiar, dentro del contexto de la ‘vía baja’ de inserción en el mercado (Pérez Sáinz 2002), las características del proceso de proletarización rural que se cumple en la agricultura capitalista orientada a la exportación de mercancías en un territorio bastante diversificado como el de Cotopaxi. Algunos estudios efectuados en la parte subtropical de esta provincia señalaban la presencia de una inserción precaria de la economía campesina de mano de obra joven en las plantaciones de banano, que seguían expandiéndose en la Costa. Además del proceso de concentración de tierra que acompañaba la expansión bananera, se presentaban situaciones de flexibilidad en un mercado laboral bastante desregulado que permitían a las plantaciones capitalistas utilizar “trabajadores temporales permanentes” con bajos salarios y sin ningún beneficio social (Martínez Valle 2004). Lo interesante de este proceso es que esta mano de obra pro-

venía de pueblos cercanos que, junto con trabajadores de otros territorios, incrementaban este ejército laboral que incidía en la reducción de los salarios y en la competencia por encontrar un trabajo bajo las condiciones impuestas por las empresas capitalistas.

¿Hasta qué punto este proceso se cumple también en las plantaciones de flores y hortalizas que se ubican en los valles centrales de la Sierra y que se han extendido de norte a sur, desde Lasso hasta Salcedo en Cotopaxi? En realidad, existen algunas diferencias básicas; por ejemplo, la vinculación de la mano de obra se limita solo a aquella proveniente de las comunidades y pueblos cercanos, mientras que la de otras provincias del país es marginal. Tampoco existe una vinculación de mano de obra de la Costa o del extranjero (Perú y Colombia), como sucede en las florícolas de la provincia de Pichincha. Este fenómeno se relaciona con la migración interna o movilidad espacial de la mano de obra de áreas deprimidas hacia aquellas zonas de agricultura más dinámica de la Sierra; también con la migración proveniente de países limítrofes que, al parecer, llega hasta los territorios del centro del país atraída por los salarios pagados en dólares. Si bien este tema no es el eje de este estudio, muestra la conexión de áreas de predominio de agricultura tradicional en crisis que expulsan mano de obra con áreas de agricultura empresarial vinculadas al mercado externo (Lara 2008).

Algunas de las características de la relación precaria del trabajo en las flores ya han sido estudiadas para Pichincha e Imbabura (Korovkin 2004), pero todavía no han sido analizadas en Cotopaxi, a excepción del caso de La Maná, como consecuencia de la expansión de la mancha bananera en la Costa (Martínez Valle 2004).

La inserción de una mano de obra joven en las empresas de flores y de brócoli es un proceso silencioso, en el sentido de que no genera mayor conflicto social; más bien es percibido por los trabajadores y la población local como un beneficio para las familias en un doble sentido: genera empleo para jóvenes de ambos sexos y, sobre todo, este empleo se da en lugares cercanos a la residencia familiar. Las modalidades de extracción de plusvalía, las condiciones de trabajo y los impactos en la salud de las mujeres y los hombres trabajadores no son todavía analizados como un problema social agudo; todo se reduce finalmente a recibir un salario que permite el

acceso al consumo diferenciado por género, estado civil y ciclo de vida familiar. Frente a las dificultades tradicionales de reproducción de la familia campesina, que anteriormente se veía obligada a expulsar temporal o definitivamente el excedente laboral, la opción de que sus hijos e hijas puedan encontrar un trabajo en el mismo territorio sin duda es sobrevalorada en relación con las condiciones reales de trabajo.

Al profundizar el tema de la vinculación de la mano de obra local con los agronegocios, Harvey sugiere considerar la contradicción que existiría entre la tendencia del desarrollo capitalista, que, por un lado, busca la libre movilidad de la fuerza de trabajo y su adaptación a la libre circulación, y, por otro, las estrategias de los capitalistas individuales, que prefieren una fuerza de trabajo “estable y fiable”, lo que conduciría a disponer de una “oferta de trabajo cautiva” en el mismo territorio (Harvey 2011, 352). Desde esta perspectiva, según Harvey (2011, 352), se entiende por qué los capitalistas “respaldan los procesos básicos de reproducción social como educación, servicios básicos, seguridad social, etc.”. Este planteamiento refuerza la hipótesis sobre la adaptación de las estrategias capitalistas a las condiciones encontradas en el territorio que privilegian conservar esta reserva de mano de obra a nivel local. Harvey (2011) también menciona que, frente a esta estrategia, los trabajadores podrían mejorar su situación, en la medida en que al conservar su lugar y no ser desplazados por el agronegocio podrían organizarse colectivamente, buscar incidir en los gobiernos locales y luchar por mejorar sus condiciones de vida.

El salario, en tanto vehículo de acceso al consumo en la sociedad capitalista, es un fenómeno claramente visible en este territorio, con la particularidad de que se aleja cada vez más de las prioridades de la economía campesina. Sirve más bien para escapar a la condición de “consumidores defectuosos” que caracteriza a la gente pobre de nuestras sociedades (Bauman 2003). Dadas las condiciones de minifundismo predominante entre los productores campesinos, es muy difícil que una parte del salario pueda dirigirse hacia un consumo productivo, es decir, hacia inversiones en la parcela familiar. Lo común es que en la medida en que se trata de una fuerza de trabajo joven, una parte importante de los ingresos se oriente hacia el consumo de electrodomésticos, motos, ropa, celulares, etc., un consumo

de bienes durables que facilita enormemente la presencia de las mismas casas comerciales en los pueblos o barrios donde viven estos trabajadores.

Philip Martin (2002), en su trabajo sobre la agricultura industrial en EE.UU., caracterizó el mercado de trabajo como la presencia de las 3C (concentración, contratistas y conflictos). En el mercado de trabajo en la zona de investigación predomina la concentración de la tierra y de la mano de obra, pero no aparecen las últimas C (contratistas y conflictos). Esta situación puede explicarse porque la oferta local de trabajadores es tan grande que no amerita la utilización permanente de contratistas, quienes ocasionalmente son requeridos en fases de mayor demanda, en las épocas pico (San Valentín, Día de la Madre, etc.) o cuando existe escasez de mano de obra local. Además, el bajo nivel de organización de los trabajadores asalariados no genera una plataforma de demandas que signifique un conflicto social.

Una dimensión todavía no analizada es el impacto de este proceso de proletarización en las familias y comunidades que abastecen de mano de obra barata a las empresas. Desde esta perspectiva, en este libro se trata de ir más allá del mero análisis del lugar de trabajo, avanzar hacia la conceptualización de un mercado de trabajo en un sentido más amplio, es decir, incorporando el lugar de la reproducción de la fuerza de trabajo, que es la familia y la comunidad campesina. Como se mencionó, las empresas sacan partido de esta situación, pues una parte de la fuerza laboral todavía pertenece a familias que producen alimentos para el autoconsumo y se encargan del cuidado de niños, niñas y ancianos, con lo cual una parte de la reproducción de la mano de obra no corre a cargo del capital.

Hay que mencionar que en una parte del territorio analizado también se ha generado un proceso *sui generis* de proletarización étnica poco estudiado en el país,⁴ que tiene consecuencias importantes en los nuevos roles que desempeñan las comunidades indígenas en la actualidad. En la medida en que la gente joven se vincula mayormente en el trabajo asalariado,

quedan los ‘mayores’ en el trabajo de la parcela, especialmente las mujeres. Esto significa que efectivamente se ha producido una división del trabajo entre los miembros familiares bajo la lógica del trabajo asalariado capitalista, que impone una nueva división generacional y sexual en la familia.

Independientemente de que el proceso de proletarización, sobre todo de jóvenes, implique o no una ruptura con las unidades domésticas y las comunidades, hay cambios radicales en el territorio, no solo en la configuración de nuevas relaciones sociales sino en las modificaciones en el espacio físico-ambiental, en el espacio residencial y en la relación campo-ciudad.

⁴ De acuerdo con Korovkin (2004), quien analiza este proceso en Imbabura, existen efectos perniciosos en las comunidades indígenas, como la crisis del trabajo comunitario, la presencia de madres solteras, la ruptura del modelo tradicional de familia indígena e incluso la presencia de pandillas de jóvenes, etc.

Capítulo 2

Un territorio modulado por los agronegocios

El territorio es un concepto polisémico cada vez más utilizado en las ciencias sociales. En este libro se lo considera como una “entidad socioeconómica construida” (Pecqueur 2000, 15). Desde esta perspectiva y sobre una base espacial o geográfica determinada, los diversos actores despliegan estrategias económicas, políticas y sociales tendientes a apropiarse de los recursos y a generar soluciones que los beneficien. Cuando existe cooperación entre los actores hay mayores posibilidades de que las iniciativas desplegadas impulsen cambios que beneficien a todos. El territorio, un recurso valorizado por actores sociales que despliegan estrategias múltiples y a veces sofisticadas, implica considerarlas en varios niveles, que van desde el individual y el familiar hasta el comunal. No siempre una estrategia familiar coincide con la comunal, así como no siempre una estrategia individual coincide con la familiar.

Desde el punto de vista social, el territorio también es analizado como un “sistema, conformado por actores vinculados entre ellos por relaciones sociales, relaciones dinámicas que evolucionan en el tiempo” (Courlet 2008, 33). Esta visión introduce la idea de que el territorio no es un espacio definido e inmutable sino que puede cambiar a lo largo del tiempo en función de la densidad del complejo tejido social de las interacciones entre los actores sociales y también de las “dinámicas económicas individuales y colectivas” (Torré y Beuret 2012, 5). Otros autores se enfocan en los aspectos socio-culturales, en tanto componentes centrales de la definición de un territorio, como recurso de “identificación”, “localización”, “adscripción familiar”,

“movilización de saberes locales compartidos” (Cassé y Granié 1999, 19), es decir, dimensiones que se refieren más al ámbito de pertenencia local vinculado con la fuerte presencia de las familias, especialmente en el ámbito rural.

Un territorio tiene, así mismo, una dimensión histórica que debe tomarse en cuenta, porque de alguna manera define ciertos patrones de comportamiento de los actores sociales, incluso cuando el territorio se ha modificado radicalmente (Martínez Valle 2012). Esto ocurre sobre todo en aquellos territorios tradicionales de hacienda que han pasado en pocas décadas a ser territorios de actividades modernas (floricultura, agroindustria, etc.), donde las relaciones sociales actuales de tipo asalariado todavía tienen un anclaje en las relaciones tradicionales entre patrón y trabajador de hacienda.¹

Algunos autores han utilizado el paradigma del *path dependence* para explicar las transformaciones territoriales desde una perspectiva histórica. Así, por ejemplo, North (1994)² lo concibe como una poderosa influencia del pasado en el presente y en el futuro, y Maurel (2009, 29) como “el interés de reintegrar el pasado para pensar el presente”. En el caso de estudio, el sistema de hacienda puede ser considerado un factor que incide en varios aspectos actuales en el territorio: desde las relaciones cotidianas entre trabajadores y hacendados o empresarios, marcadas por rasgos de clientelismo en un espacio social que no ha experimentado rupturas estructurales drásticas, hasta el actual nivel organizativo débil de los trabajadores.³

Estudios realizados a mediados de la década de los setenta (Arcos y Marchán 1978) ya señalaban cómo la modernización de las haciendas ga-

1 Esta aproximación al concepto de territorio rebasa la visión estrictamente geográfica o político-administrativa que predomina en el sentido común y en las instancias de planificación nacional o local. En este trabajo se menciona el término territorio en el sentido de un acercamiento multidimensional a aquellas áreas donde predominan los cultivos de flores y brócoli, que en realidad incluyen varias parroquias y varios cantones, aunque no supera el nivel de la provincia de Cotopaxi.

2 Me refiero principalmente a la dimensión histórica de este concepto originalmente planteado dentro del marco de la economía institucionalista. La comprensión de las instituciones actuales no puede estar desconectada de un análisis histórico (North 1994).

3 En algunas entrevistas realizadas en la zona florícola correspondiente a Mulalillo, la opinión de personas de mayor edad era positiva en relación con las haciendas lecheras: horario definido, beneficios en especie, trato personalizado. Las personas jóvenes, en cambio, valoraban el trabajo asalariado. Igualmente, en un grupo focal organizado con actrices mujeres, también se constató una valoración positiva respecto al trato que se daba a trabajadores en las haciendas de El Tambo Mulaló, especialmente por parte de personas de mayor edad (Latacunga, 8 de julio de 2012).

naderas del valle de Cotopaxi provocó una ruptura de las unidades domésticas con el sistema de hacienda, lo que las empujó a proletarizarse, ya sea en forma limitada en el mismo territorio o fuera de él. Así, en la zona de Guaytacama, la mayoría de la población ya no vivía de la agricultura sino de una combinación entre pluriactividad y venta de fuerza de trabajo.⁴ Esta tendencia muestra que se trataba de un territorio idóneo para la implantación de las empresas de flores y brócoli, en la medida en que existía una abundante mano de obra o un excedente de fuerza de trabajo que no podía ser absorbido por las unidades familiares ni por las haciendas que se modernizaron a través de la actividad lechera.

Además de esta dimensión cultural, una huella que parece perdurar en las relaciones sociales, también es importante considerar los acelerados cambios económicos que han ocurrido en los últimos 30 años, sobre todo en los valles de la Sierra ecuatoriana. Así, por ejemplo, hace solo 20 años estos valles se caracterizaban por la presencia de haciendas ganaderas orientadas a la producción de leche. Este era el paisaje agrario predominante, que marcaba también la orientación productiva de pequeños y medianos productores. Luego empezó a modificarse lentamente a medida que se establecían las empresas de flores, hasta convertir en un mar de plástico el paisaje donde antes pastaban bucólicamente las vacas. En la actualidad han empezado también a asentarse empresas de brócoli que se expanden hacia el sur de la provincia, en zonas colindantes con comunidades indígenas (Pujilí y Salcedo), de modo que ya no existe el paisaje típico de la zona, en el cual predominaba la hacienda ganadera.

En esta dinámica de corte capitalista cumple un rol preponderante la empresa agroindustrial, denominada también por algunos autores como una firma, considerada “un fenómeno económico que, en un gran número de casos, rompe con una cierta forma de localización de la actividad, contribuyendo así a oponer los territorios localizados de los espacios rurales a los territorios deslocalizados de la firma” (Purseigle y Choquer 2013, 13).

4 “La tendencia hacia la proletarización es dominante en la mayor parte de la población de Guaytacama, de 111 familias que las cuales se dispone de información, solo 9 viven con exclusividad de la producción de sus parcelas, en tanto que 97 familias viven de la agricultura, artesanía, comercio y de la venta de fuerza de trabajo a las empresas agrícolas de la zona y fuera de ella” (Arcos y Marchán 1978, 33).

La presencia de la firma, en la medida en que impone su lógica vinculada al mercado global, ha significado que el vínculo entre las personas y la producción haya cambiado radicalmente, lo que obliga, como lo señalan los autores mencionados, a “cambiar de categorías de análisis” (Purseigle y Choquer 2013, 14). Es necesario, entonces,

romper con la idea de una agricultura inmutablemente vinculada al suelo en razón de condiciones geológicas y climáticas, de una relación forzada a la distancia y de una dependencia de la mano de obra local. Lo que importa en adelante es la capacidad de abstraerse del suelo gracias a los medios técnicos que permiten plantear en términos nuevos y distendidos, el vínculo al espacio local para relacionarse al mercado global (Purseigle y Choquer 2013,14).

Si bien las empresas de flores y brócoli no se encuentran todavía en esta lógica y, salvo la poca movilidad de la mano de obra, no existe una alta movilidad de capital y de productos en el mercado mundial. La acción de la firma ha empezado ya a modular el territorio local, lo que implica modificar las relaciones de los actores locales con el espacio productivo. Hay que “deslocalizar”, como lo señalan los autores, “desplazar lo que tenía sentido local: las agriculturas familiares, las relaciones sociales heredadas, los equilibrios construidos entre naturaleza y sociedad, la relación de identidad con el lugar” (Purseigle y Choquer 2013, 14).⁵ Si se puede hablar de una dinámica territorial, esta es externa, en la medida en que las empresas o firmas, “promueven la utilización de recursos locales, optimizan las condiciones de producción locales o crean nuevos recursos” (Pecqueur 2000, 96).

Estos cambios productivos han generado también cambios en la composición de la mano de obra, ahora predominantemente asalariada y vinculada a las unidades empresariales de flores, brócoli y, en menor medida, ganadería. Hijos e hijas de las familias campesinas ahora son asalariados rurales que llevan una vida diferente a la de sus padres, en tanto fuerza de trabajo barata, se han convertido a la lógica implacable del mercado y a la práctica del consumo como eje central de sus vidas. La economía

5 Traducción del autor.

campesina subsiste en pequeña escala, pero limitada al autoconsumo y sin posibilidades reales de desarrollarse, una vez que los precios de la tierra se dispararon a niveles casi especulativos.⁶

En definitiva, el territorio ha cambiado no solo desde el punto de vista físico o geográfico (un paisaje nuevo), sino también desde el económico (territorio de agroindustrias) y social (territorio de jóvenes asalariados rurales). Este cambio se ha consolidado por la demanda del mercado mundial de flores y hortalizas que ha movilizado a capitales externos, tanto nacionales como extranjeros, para implementar un modelo de agricultura que ha sabido aprovecharse de su situación privilegiada (cercanía a las grandes ciudades y obtención de una renta diferencial importante), y de la disponibilidad de mano de obra barata. Finalmente se ha concretado un modelo de desarrollo que aprovecha los recursos locales, se valoriza hacia afuera pero no genera procesos endógenos que beneficien a la población local y al territorio.

Esto permite también descubrir la presencia o no de procesos de ‘des-territorialización’ que se presentan en tres momentos: a) cuando existe ruptura entre agricultura y alimentación, lo que implica que las familias campesinas ya no controlan la producción de alimentos (Entrena Durán 1998, 175); b) cuando las inversiones de capital que se realizan en el territorio responden a una lógica externa y no están articuladas a propuestas que beneficien a la población local, y c) cuando la población joven ya se ha convertido a la lógica capitalista a través del consumo sin ninguna relación con las actividades agrícolas familiares. Una de las consecuencias señaladas por Entrena Durán (2010, 712) es que

las presentes tendencias hacia el aumento de los niveles de desterritorialización de las relaciones sociales conllevan también la desterritorialización de las referencias simbólico-culturales de la vida y de la identidad colectiva cotidiana. Como consecuencia, se originan sentimientos o realidades de aparente vinculación con lo lejano y de desapego o indiferencia con destacados sectores del propio entorno local.

6 Según un informante de José Guango Bajo: “Aun así el precio de la tierra es alto, un lote de 500 m² está en 5 mil o 6 mil dólares. Es porque la zona es considerada zona industrial por la parte de Lasso, por las florícolas que tenemos al lado del río Cutuchi” (G.I., entrevista, diciembre de 2011).

Se establece, por lo mismo, una nueva dinámica rural-urbana, cuyo eje también pasa por el incremento de los patrones de consumo entre la población asalariada, que no tiene mucho que ver con un consumo productivo vinculado con la economía campesina, sino más bien con un patrón de consumo individual de acceso a mercancías de consumo durable (línea blanca, televisores, motos, etc.). La formación de un proletariado, que puede o no tener raigambre étnica, es una base importante para la ampliación de la oferta de servicios que anteriormente inexistente en los pequeños poblados: desde almacenes, supermercados, bancos, servicios de internet, etc., hasta discotecas y casas de diversión.

Es preciso, entonces, detectar el eje de la dinámica territorial que, en el caso de Cotopaxi, no proviene de procesos endógenos sino de dinámicas externas que buscan valorizar, al máximo, las ventajas comparativas que ofrecen estos espacios productivos desde el punto de vista económico, social y demográfico. Pero igualmente interesa detectar cuáles son las estrategias de resistencia a este proceso, o al menos visualizar cuáles son algunas de las ventajas comparativas de estos territorios que podrían ser valorizadas por las familias campesinas y las comunidades locales.

En el espacio social, como lo señala Bourdieu (2011), los actores despliegan estrategias que les permiten consolidar sus posiciones, pero también cambiarlas, dependiendo de los niveles disponibles de capital. En el caso estudiado, el capital económico es débil entre las familias campesinas, pero queda por dilucidar si todavía existen otros niveles de capital (cultural y social) que permitan recuperar la economía moral acumulada históricamente en las comunidades locales. Los ingresos que reciben estas familias por el trabajo en las agroindustrias no están dirigidos hacia las unidades productivas, que además tienen poca tierra y en algunas áreas carecen de agua. Principalmente estos ingresos sirven para la reproducción del grupo familiar y, en el caso de la gente joven, como una opción de integración en el mundo del consumo capitalista que, en todo caso, no se vincula con la unidad productiva sino con las necesidades reales o ficticias de tipo personal. El débil nivel de organización y una cultura con débiles raíces locales son factores que no ayudan mucho para que los productores locales movilicen sus activos sociales en el territorio.

Capítulo 3

Las características centrales del territorio investigado

La provincia de Cotopaxi, ubicada en la Sierra central del Ecuador, tiene una superficie de 6 108,23 km² y, según el Censo de Población de 2010, una población de 409 205 personas, con una densidad poblacional de 66,99 ha/km². Esta provincia cuenta con siete cantones y 45 parroquias, de las cuales 33 son rurales y 12 urbanas.

En este libro se considera únicamente a los cantones Latacunga, Saquisilí y Pujilí, ubicados en donde se concentra la producción de flores y brócoli. Dentro de estos cantones, las parroquias que presentan mayor concentración de florícolas son Tanicuchí, Mulaló, José Guango Bajo, Toacazo, Alaquez, San Juan de Pastocalle y Belisario Quevedo (OIT 2007, 23). La producción de brócoli se concentra en los cantones Latacunga, Pujilí y, más recientemente, en Salcedo. El Censo Agropecuario de 2001 no logró captar toda la importancia de estos cultivos en el contexto provincial, debido a que todavía estas actividades no se habían desarrollado plenamente. De acuerdo con esta información censal, Cotopaxi solo representaba el 9,3 % de unidades de producción agropecuaria (UPA) dedicadas a las flores y el 11,6 % de la superficie sembrada (INEC-MAG-SICA 2001, 68-69).

El territorio florícola

La población rural de este territorio no ha experimentado una drástica disminución en los últimos diez años, debido, en gran medida, a que to-

davía hay posibilidades de encontrar empleo en las empresas cercanas a los lugares de la vivienda de mujeres y hombres trabajadores. Esto, sin duda, ha significado un freno a la migración de la mano de obra excedentaria local hacia las ciudades como Quito, Latacunga y Ambato, migración que caracterizaba a las parroquias rurales de esta zona. El predominio de una estructura agraria polarizada entre grandes haciendas y pequeñas parcelas campesinas, que no demandaban mucha mano de obra, configuraba un territorio donde la mano de obra más joven debía buscar empleo extragrícola, en las ciudades más cercanas, principalmente en actividades de construcción, servicios y comercio.

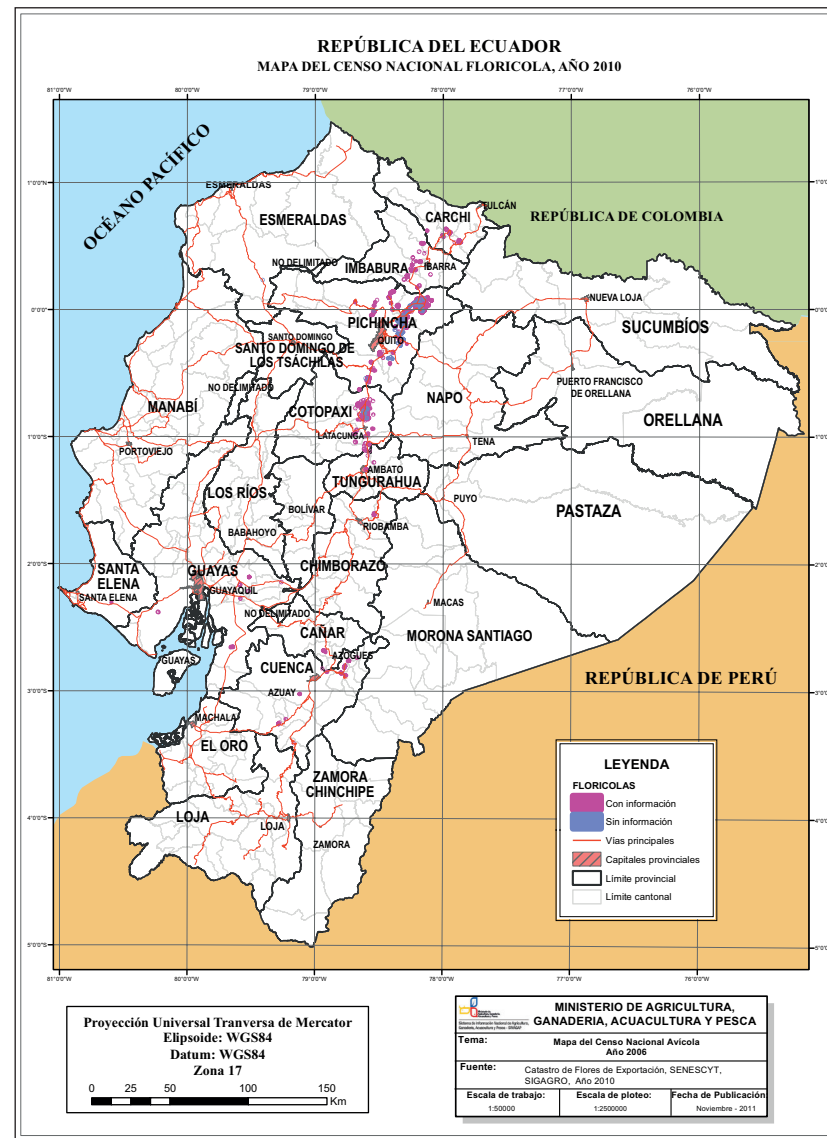
Según datos del estudio elaborado para el Proyecto SIGFLORES (SE-NACYT / MAGAP / SIGAGRO 2010), el número de empresas florícolas de Cotopaxi llegaba a 82, lo que representaba el 21,8 % del total nacional; y el número de hectáreas con flores fue de 647,5, es decir, el 18,5 % de la superficie nacional dedicada a este cultivo. En realidad, se trata de un cultivo concentrado en 376 empresas, a escala nacional, que no requiere mayor superficie de tierra, pues llega a representar únicamente 3 504,5 hectáreas, de las cuales el 71 % corresponde al cultivo de rosas.

El número de invernaderos en Cotopaxi representaba el 22,6 % del total nacional y alcanzaba el 23,3 % del total de metros cuadrados dedicados a flores a escala nacional. En cuanto al número de trabajadores, Cotopaxi tenía el 19,2 % de la mano de obra que trabajaba en flores a escala nacional, de la cual el 21,9 % era de mujeres y el 16,4 % de hombres (SENA-CYT / MAGAP / SIGAGRO 2010). Estos datos indican la importancia de este cultivo en Cotopaxi, que se ha convertido en la segunda provincia de producción-exportación de flores en el país.

El mapa 1 muestra el nivel de concentración de las empresas florícolas en Cotopaxi, que ocupan los valles fértiles donde anteriormente se asentaban las haciendas lecheras. La mayoría de las floricultoras se ubica en el cantón Latacunga, a los dos lados de la carretera Panamericana, lo que ha generado un cambio importante en el paisaje agrario, ahora dominado por los invernaderos cubiertos de plástico.

El cultivo de flores se caracteriza, además, por una alta demanda de agua. Así, según estudios realizados en Pichincha, se calcula que los peque-

Mapa 1. Censo Nacional Florícola. Año 2010



Fuente: SENESCYT Y SIGAGRO 2010.

ños productores utilizan mil litros mensuales por hectárea, mientras que las florícolas, de 900 mil a un millón de litros mensuales por hectárea (Sánchez y Aleese, citados en Breilh 2007, 97). Además de esta concentración de agua de los efluentes, las florícolas contaminan las acequias que proveen de agua a la población campesina que vive en estos territorios.¹

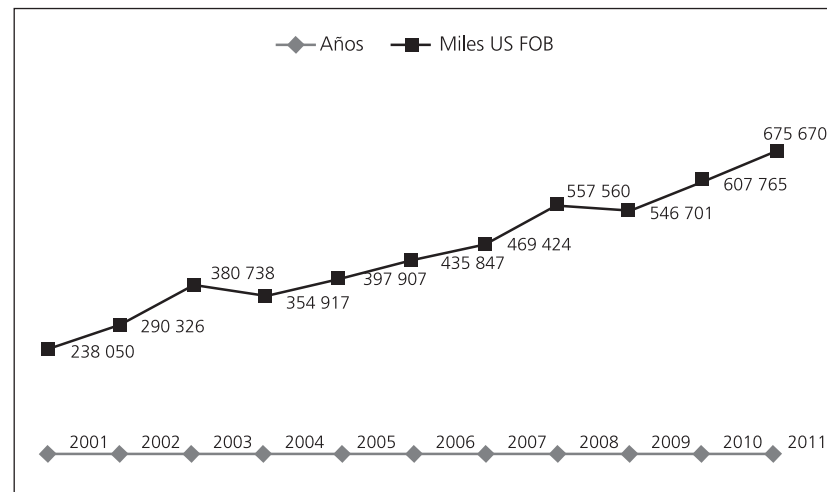
Este patrón espacial de las florícolas también indica que, en principio, no están ubicadas en territorios donde predomina la población indígena sino, más bien, en lugares donde habita una población mestiza con fuerte influencia urbana, dada la fácil movilidad por la Panamericana. Excepcionalmente algunas se ubican en áreas más cercanas a la población indígena, especialmente hacia la Cordillera Occidental (Toacazo, Pastocalle).

La actividad florícola se inició en el país a mitad de los años ochenta. A partir de 1985, las exportaciones de flores empezaron a crecer y en 2001 representaban el 5 % del total de las exportaciones y el 18 % de las agrícolas. Dentro del rubro de los nuevos productos de exportación, las flores constituyen uno de los productos que más ha crecido, a pesar de la coyuntura de crisis de los países desarrollados a partir de 2008 (gráfico 1).

El precio de las flores tampoco ha disminuido en el mercado mundial, más bien ha experimentado un crecimiento desde 3,2 dólares por kilo, en 2001, a 5,7 dólares por kilo en 2011 (Banco Central 2011). Esta dinámica productiva señala la presencia de algunas ventajas competitivas que permiten continuar con esta actividad. En la década de los ochenta, cuando recién empezaba la producción de flores, se mencionaban algunas ventajas climáticas y condiciones socioeconómicas, sobre todo en la Sierra del país. Entre las climáticas se señalaban las temperaturas estables y altas, y la iluminación estable durante 12 horas. Entre las socioeconómicas se mencionaban los bajos costos de la tierra, de la mano de obra, de los invernaderos y de los insumos energéticos, los gastos fitosanitarios reducidos, la poca presión legislativa sobre el medio ambiente y la poca vigilancia sanitaria, además de la facilidad de exportaciones, lo que implica reducción del pre-

1 Un estudio realizado en la parroquia Mulaló, provincia de Cotopaxi, señala lo siguiente: "El efluente de la florícola contamina a la acequia San Juan con agroquímicos que contienen ingredientes activos como el dieldrin, aldrin, DDT, los mismos que pertenecen al grupo químico organoclorados y el diazinon y glifosato que pertenecen al grupo químico de los organofosforados." (Peñaherrera y Rocha 2011, 69).

Gráfico 1. Exportación de flores desde 2001 a 2011



Fuente: Banco Central del Ecuador 2011.

cio del flete (Huttel, Zebrowski, Gondard 1999, 192). Aunque varias de estas ventajas ya no estén vigentes, todavía permanecen algunas, que permiten a los floricultores competir en el mercado mundial, especialmente el costo de la mano de obra y las condiciones climáticas y de iluminación. Así se explicaría que las empresas continúen exportando al mercado mundial, en un contexto de crisis del capitalismo central.

El principal mercado de las flores, hasta 2011, era Estados Unidos (41,7 %), seguido por Rusia (21,3 %) y Holanda (9,6 %). Cabe mencionar la fuerte expansión del mercado ruso, que desplazó a Holanda del segundo lugar y creció entre 2007 y 2010, a una tasa del 27,07 %. Esto responde a una fuerte contracción del mercado estadounidense en el mismo período, del orden de -4,12 %. El Ecuador es el tercer país exportador de flores en el mundo, con una participación del 8,58 % del total de las exportaciones, mientras que Holanda ocupa el primer lugar, con el 47,8 %, y Colombia el segundo lugar, con el 16,35 % (PRO ECUADOR 2011).

Se trata, entonces, de una actividad que tiene una alta rentabilidad y está orientada exclusivamente al mercado externo, en donde debe compe-

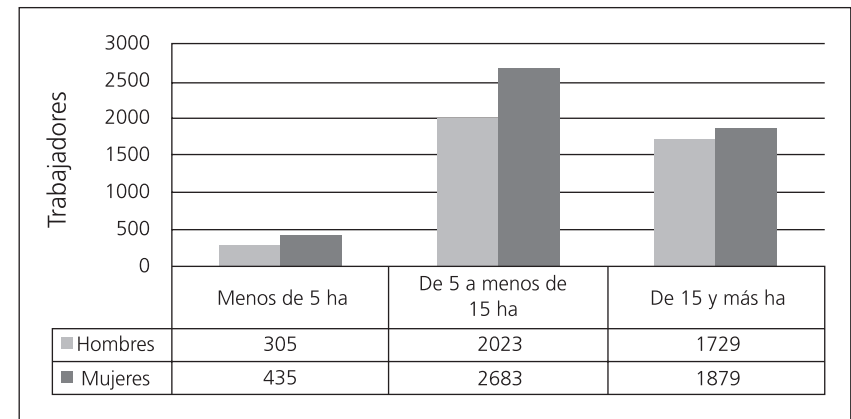
tir bajo parámetros de calidad. El hecho de haberse instalado en las zonas de haciendas no es nuevo, pues responde al mismo patrón de modernización empresarial ocurrido más tempranamente en Pichincha y parte de Imbabura. Para los hacendados, vender, alquilar o utilizar una pequeña parte de sus haciendas en estos negocios articulados al mercado mundial ha sido la vía privilegiada para alcanzar un rápido grado de modernización. El elemento central de este proceso de modernización capitalista es la presencia, en el mismo territorio, de bolsones de mano de obra excedentaria en las unidades campesinas que rodean a las haciendas, los cuales constituyen la base de la acumulación en las empresas florícolas. Por el momento no se dispone de información detallada para dimensionar la importancia de este proceso de transformación de la estructura agraria del territorio florícola, es decir, si se produjo una metamorfosis social de los hacendados ganaderos en empresarios florícolas o si se trata de un nuevo sector empresarial vinculado a intereses extralocales que buscan una nueva valorización de la tierra mediante el cultivo de las flores.

Como se ha mencionado, uno de los factores estratégicos para la ubicación de las florícolas en el territorio de Cotopaxi ha sido la disponibilidad de mano de obra que habita en las cercanías de las plantaciones. A continuación se analizan algunas de las características de esta mano de obra con base en un estudio realizado por EXPOFLORES (2009).

El gráfico 2 muestra que existe un mayor porcentaje de mujeres que de hombres en las plantaciones de flores, y que las empresas que demandan más mano de obra se ubican entre aquellas cuya extensión es entre 5 y menos de 15 hectáreas. El trabajo de la mujer ha sido mencionado en varios estudios como un factor estratégico en la actividad florícola, en la medida en que se especializa en las fases de recolección, clasificación, elaboración de los ramos y empaclado.

Es interesante mencionar que el porcentaje de trabajo infantil en las empresas florícolas del cantón Latacunga no es significativo y se concentra en el grupo de edad entre 15 y 17 años, principalmente en las empresas de mayor tamaño. El trabajo en las florícolas en el cantón Latacunga es realizado principalmente por jóvenes entre 18 y 29 años, que representan el 58,63 % del total de la mano de obra empleada y se encuentran en

Gráfico 2. Población ocupada en flores por tamaño de la empresa y sexo, en el cantón Latacunga



Fuente: EXPOFLORES 2009.

empresas de 5 a 15 hectáreas. Esta es la base de la valorización empresarial agrícola y, por lo mismo, tiene impactos importantes en las economías campesinas, en la familia y en las comunidades locales. Así, según un estudio realizado por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en 2007, la percepción de la población sobre la actividad florícola es negativa, especialmente por los efectos en la familia (violencia contra las mujeres debido a la competencia con los hombres respecto al empleo). La integración de la mujer en el mercado laboral y su impacto en la familia es un tema que debe profundizarse en otros estudios.

Por otro lado, dadas las características del cultivo y la disponibilidad de mano de obra en las comunidades o barrios cercanos, el empleo predominante es permanente, mientras el trabajo ocasional es minoritario. La presencia mayoritaria de trabajadores permanentes (96,41 %) es una de las características más importantes de las empresas de flores en el caso de Cotopaxi (tabla 1). Los trabajadores ocasionales o temporales fluctúan entre el 2 y el 5 % de la mano de obra requerida. Estos trabajadores intervienen, principalmente, en las épocas de mayor demanda de mano de obra, cuando se activa al máximo la producción florícola por la demanda

del mercado externo (San Valentín, Día de la Madre, etc.). En estas fases la mano de obra ocasional es reclutada mediante el sistema de cuadrillas, ya sea directamente por la empresa o por intermediarios. En la medida en que esta mano de obra proviene de comunidades cercanas no se replica el fenómeno de migración de trabajadores provenientes de otras provincias, especialmente de la Costa, como sucede, por ejemplo, en el cantón Cayambe, en Pichincha.

Tabla 1. Tipo de trabajadores según tamaño de la empresa

Estratos ha	Permanentes	%	Ocasionales	%
Menos de 5	740	96,7	25	3,3
De 5 a 15	4 516	97,5	115	2,5
Más de 15	3 563	95,0	188	5,0
Total	8 819	96,4	328	3,6

Fuente: EXPOFLORES 2009.

La información sobre los años de permanencia en las florícolas muestra que la mayoría (77,2 %) tiene una permanencia de 0 a 5 años, el 16,7 % una permanencia de 5 a 10 años y solo el 6,1 % tiene más de 10 años. Esto significa que no permanecen más de 5 años en una misma plantación. Más bien rotan entre las plantaciones. Así, el concepto de ‘permanente’ debe ser relativizado en la medida en que no se trata de un empleo que da completa seguridad al trabajador rural.

El territorio del brócoli

En Cotopaxi, la agroindustria empezó a desarrollarse con el cultivo de las flores, pero a partir de finales de los años noventa hubo una segunda ola expansiva mediante el cultivo del brócoli, destinado también al mercado externo. Esta expansión tiene lugar en áreas más campesinas e incluso en comunidades indígenas de altitud, como es el caso de Pujilí, donde la experiencia de proletarización de la mano de obra es más reciente.

El motor de este proceso se encuentra, como en el caso de las flores, en la demanda de los países desarrollados, especialmente de Estados Unidos, Japón y algunos países de Europa, que constituyen los principales mercados del consumo del brócoli.² En 2012, según el Banco Central del Ecuador, el 43 % de la producción del brócoli se exportó a Estados Unidos, el 16 % al Japón, el 15 % a Alemania, el 11 % a Bélgica y el resto a otros países europeos. La calidad de este producto y sus virtudes alimenticias, nutritivas e incluso medicinales son factores que han ampliado la demanda proveniente de los países desarrollados.³

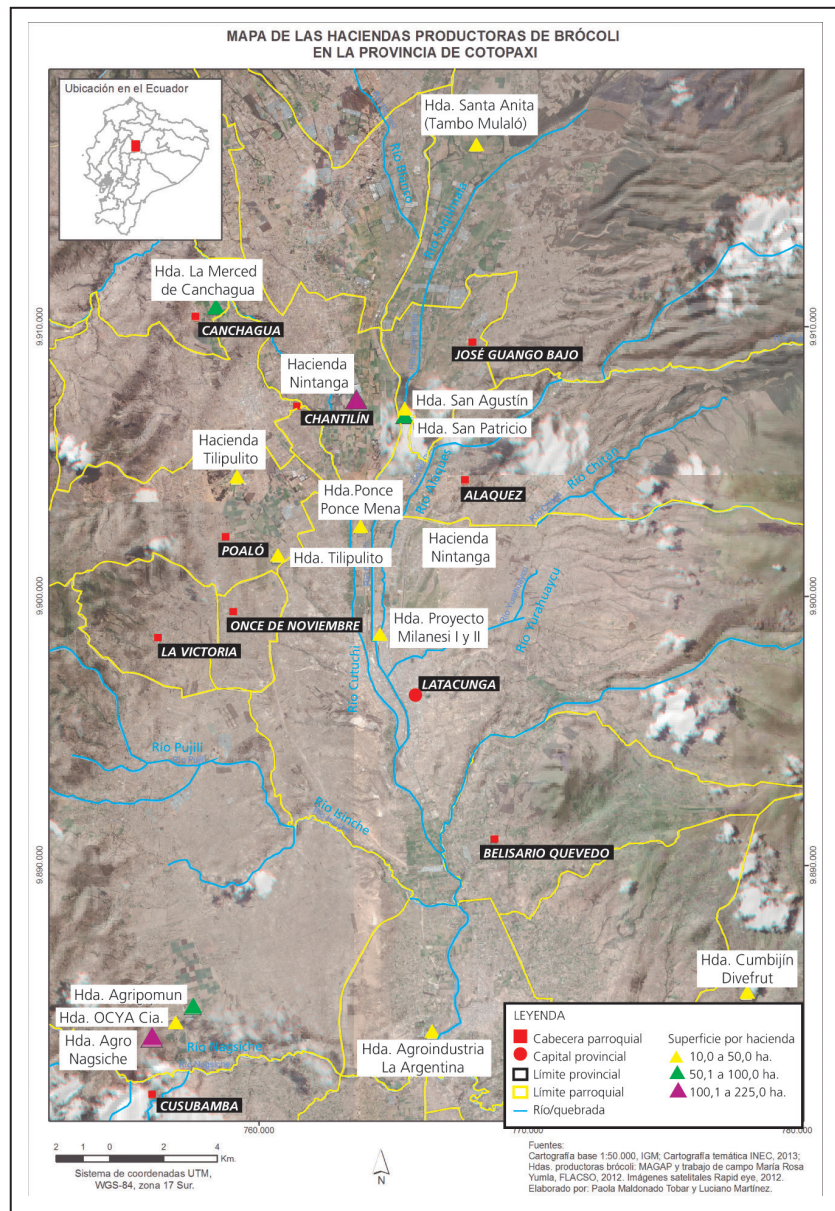
A escala nacional, según los datos del Censo Agropecuario de 2001, el brócoli ocupaba una superficie de 3 424 ha, con un rendimiento de 14,62 t por hectárea. Cotopaxi disponía de 1 440 ha, con un rendimiento de 23,47 t por hectárea. En 2010 se estimaba que esta provincia controlaba el 43,5 % de la producción nacional, con un rendimiento de 20,8 t por hectárea, desde el norte del cantón Latacunga hasta los cantones Saquisilí, Pujilí y Salcedo, en el sur de la provincia.

Al igual que en el caso de las flores, la expansión de este cultivo es posible a partir de las haciendas lecheras cuyos propietarios venden o arriendan la tierra a las empresas de brócoli; de esta forma, si bien hay un cambio en el patrón de cultivos de las propiedades medianas y grandes, esto no sucede con las parcelas campesinas en gran parte debido a sus pequeñas extensiones.

2 La exportación hacia Estados Unidos se beneficiaba del acuerdo conocido como ATPDA (partida arancelaria 070410000), por el cual el brócoli ecuatoriano no pagaba ningún arancel (Guarderas y Herrera 2013, 34). A partir del 31 de julio de 2013, este acuerdo fue revocado por el Gobierno ecuatoriano a cambio de lo cual se emiten Certificados de Abono Tributario (CAT) negociables en el mercado bursátil (<http://www.eluniverso.com/noticias/2013/08/02/nota/1233746/salida-atpdea-ya-golpea-exportadores>).

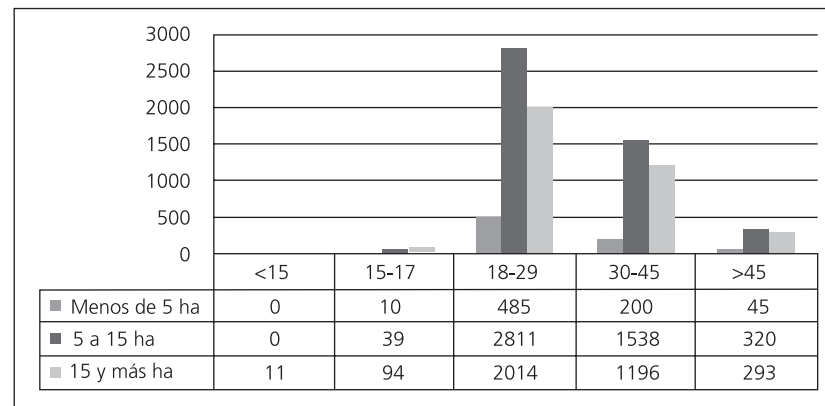
3 El brócoli es publicitado como una verdura que ayuda a prevenir el cáncer, sobre todo del aparato digestivo y del hígado, debido a la presencia de los betacarotenos y vitamina (<http://www.botanical-online.com/brecolpropiedades.htm>). Igualmente se mencionan otras ventajas que lo posicionan en el mercado mundial: “El brócoli ecuatoriano se distingue por su color verde más intenso, dado por la luminosidad especial de la zona ecuatorial. Además, los floretes crecen más compactos en las alturas, lo que proporciona uniformidad, y mejores cortes que son muy apreciados en el mercado mundial” (http://www.ambassade-equateur.fr/commerce_esp.htm#head).

Mapa 2. Haciendas productoras de brócoli en Cotopaxi



Fuente: IGM, INEC y MAGAP 2012.

Gráfico 3. Tamaño de la UPA y superficie cultivada de brócoli en la provincia de Cotopaxi



Fuente: INEC-MAC-SICA, 2001.

A diferencia de las flores, el brócoli se cultiva mayoritariamente sobre superficies de más de 100 hectáreas y, por lo mismo, genera un importante proceso de concentración de tierra (gráfico 3). En Cotopaxi, los cultivos se consolidan en áreas pertenecientes a antiguas haciendas que se han fraccionado o han sido vendidas a empresarios del brócoli. Mientras el cultivo de flores puede implementarse sobre partes de la hacienda, el brócoli absorbe unidades productivas más grandes que anteriormente estuvieron dedicadas a la ganadería o al cultivo de cereales.

El territorio del brócoli, entonces, se va conformando a través de ventas de haciendas lecheras a empresarios que no son del lugar. Así, por ejemplo, en 1990 la gran hacienda de la familia Gangotena se subdividió en cuatro haciendas, una se vendió a sus actuales propietarios de Nintanga, donde se instaló la empresa Proverfrut, la más grande procesadora de brócoli. Asimismo, al sur, en la zona de Pujilí y en una fecha más tardía (2007), lo que restaba de la hacienda San Antonio (luego de ventas y repartos a huasipungueros) fue vendida a Francisco Correa, accionista de la empresa Nintanga (Yumbra 2013). Existen dos procesos de conformación del territorio del brócoli: uno más temprano, con la compra de haciendas en la zona lechera de Guaytacama, y otro más tardío, mediante compra de haciendas más tradicionales en las áreas de Pujilí y Salcedo.

Al igual que en el caso de las flores, el brócoli demanda bastante mano de obra en la fase del cultivo, que todavía no se encuentra mecanizada, sobre todo en la fase de procesamiento. Según APROFEL (2011), el empleo total generado se distribuiría como se indica en la tabla 2.

Tabla 2. El empleo en el brócoli

Fases	Empleo	Personas dependientes	Familias dependientes
Producción	4 596	7 660	1 532
Procesamiento	6 850	11 417	2 283
Otros	125	625	125
Total	11 571	19 702	3.940

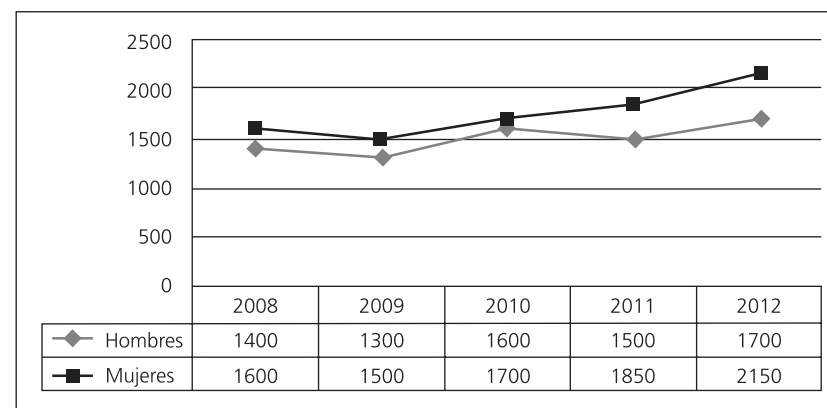
Fuente: APROFEL 2011.

Si bien se trata de una estimación del empleo generado por el brócoli, se observa la importancia que tiene este cultivo para las familias campesinas de la zona donde se ha implantado, sobre todo en la fase de procesamiento, mayoritariamente en manos de las mujeres sobre todo a partir de 2010 (gráfico 4). En total, el brócoli beneficiaría a unas cuatro mil familias, la mayoría de las cuales se encuentran en la provincia de Cotopaxi.

La cadena productiva del brócoli que se encuentra en este territorio está compuesta por las siguientes empresas: Nintanganga en los cultivos y Provefrut en la fase de procesamiento, mientras que la empresa AF. Agrofarming N.V. es la que se encarga de la comercialización hacia el mercado externo. Nintanganga cuenta con alrededor de 1 000 ha, distribuidas en 850 ha de brócoli y 150 de romanesco, coliflor y otras variedades (Humphreys 2010); también bajo la modalidad agricultura de contrato se vincula con ocho proveedores externos ubicados fuera de la zona (Machachi, Ibarra, Latacunga), que son agricultores con 10 ha en promedio. No existe una producción local de brócoli en manos de pequeños y medianos productores que pueda competir con Nintanganga. En cambio, en el proceso de exportación Provefrut sí compite con otras empresas en el país.⁴

⁴ En la fase de procesamiento, es la empresa Provefrut, que se encuentra en Cotopaxi desde 1989, la que genera más empleo, con 1 432 trabajadores y 35 541 t. Le siguen, en orden de importancia, la empresa Ecofroz (1996), ubicada en Pichincha (Machachi), con 1 506 trabajadores y 19 493 t, y Nova del Ecuador (2009), ubicada también en Cotopaxi, con 363 trabajadores y 4 800 t.

Gráfico 4. Trabajo directo en el brócoli



Fuente: Guarderas y Herrera 2013, 41.

Dos efectos inmediatos se han dado en el territorio debido a la expansión del cultivo del brócoli: la revalorización de las grandes propiedades y la ruptura definitiva de las relaciones que de una u otra forma mantenían los hacendados con sus antiguos trabajadores, algunos descendientes de viejos huasipungueros de los años sesenta del siglo pasado.

La presencia de la agroindustria generó una transformación del territorio no solo en el ámbito económico sino también en los aspectos culturales, sociales y organizativos de las comunidades existentes en esta zona, como se analizará más adelante. El efecto más notorio fue, sin duda, la apertura de un mercado de trabajo de tipo moderno, es decir, la posibilidad de encontrar empleo bajo nuevas condiciones impuestas por el agrogocio. En un territorio donde escaseaban la tierra y el agua, y donde los miembros familiares normalmente tenían que migrar fuera para encontrar trabajo, esto significó una verdadera revolución en las estrategias de las familias campesinas. La expansión de las agroindustrias sobre territorios donde las grandes propiedades controlaban la tierra se produjo sin mayores resistencias y conflictos a escala local, pues la expectativa en torno al empleo superaba largamente cualquier otra demanda sobre los recursos del territorio.

Las características que adoptan estas empresas difieren mucho de lo que sucede en otras partes de Latinoamérica y de los países del sur (Neiman 2010; Lara 2008; Macías 2006). Por un lado, la presencia de las agroindustrias no conlleva necesariamente el desalojo de los campesinos del territorio y por eso no genera un proceso de vaciamiento poblacional, lo que Purseigle y Chouquer (2013, 10) denominan “espacios desprovistos de hombres o hábitat”. La mano de obra es la ‘gallina de los huevos de oro’ para el funcionamiento de la agroindustria, por lo que, dada la tecnología actualmente disponible, sería suicida desalojar al campesinado de su territorio. Por otro, no se observa la presencia de intermediarios para reclutar la mano de obra necesaria para las empresas y, finalmente, a excepción del corte y floreteo del brócoli realizado por mujeres, tampoco hay una diferencia marcada por género en las actividades laborales.

Además, se generan nuevas formas de relegación de la población rural, tal como lo mencionan Purseigle y Chouquer (2013, 16): “La relegación –rechazo a los márgenes del territorio– muestra situaciones de precarización, de control y de falta de derechos, es decir de nueva servitud. Ella contribuye al reforzamiento de una agricultura de subsistencia que se asemeja a la de sobrevivencia”.

Esto es lo que sucede en el territorio de las flores y el brócoli, donde solo se exhibe el lado de la medalla que muestra las virtudes del agronegocio (empleo, disminución de la migración, salarios, consumo), mientras que el otro lado menos visible muestra una marginación de la agricultura campesina, reducida al rol mínimo de lugar de vivienda y de autoconsumo campesino, tal como lo menciona Azam (2009, 73): “La desterritorialización de las actividades tiende a convertir lo local en una simple subdivisión del orden global, en una declinación de ese orden, y la desterritorialización de actividades consiste en hacer entrar a la economía monetaria y mercantil los aspectos no económicos del territorio.”

Hasta aquí se pueden señalar varias tendencias que caracterizan el territorio de estudio: no ha sufrido cambios importantes en la estructura agraria desde la fase de la Reforma Agraria de 1964. Las haciendas se transformaron en ganaderas y ahora se han reconvertido, parcialmente, al cultivo de flores y brócoli. El primero no demanda demasiada tierra pero

sí fuertes inversiones en capital; el segundo, además de capital, demanda también tierra. Los dos cultivos necesitan agua, que la concentran las empresas grandes.

No obstante, se constatan dos modalidades de hacienda en el territorio estudiado. Por un lado, las haciendas ganaderas que conservaron sus recursos sin mayores modificaciones, ubicadas principalmente en el cantón Latacunga. Por otro, aquellas ubicadas en tierras marginales; estas sufrieron cambios en una forma más temprana (subdivisiones, repartición de huasipungos, venta de tierras), que caracterizan a las haciendas de la zona de Pujilí, donde se ha extendido más recientemente el cultivo del brócoli. Estas dos modalidades caracterizan también a las relaciones con la fuerza de trabajo: en el norte, las empresas absorben una mano de obra semiproletarizada, mientras en el sur contratan a trabajadores que todavía tienen vínculos con la tierra y con la organización comunal. En el primer caso, se puede hablar claramente de un proceso de subsunción real del trabajo al capital, pues la mayoría no dispone de tierra, mientras en el segundo todavía predomina el proceso de subsunción formal, en la medida en que un porcentaje importante de trabajadores del brócoli todavía conserva sus medios de producción, es decir, la parcela campesina (Marx 1977).

Las florícolas se han concentrado espacialmente en el cantón Latacunga, donde han formado un verdadero clúster geográfico que les permite aprovechar la infraestructura, los servicios tecnológicos y la mano de obra en mejores condiciones y a costos más bajos. La carretera Panamericana es el eje alrededor del cual se aglutinan estas empresas, aprovechando la ventajosa ubicación que tenían las anteriores haciendas ganaderas y, por supuesto, una renta diferencial respecto a otras propiedades ubicadas en sitios más alejados.

Las empresas de brócoli continúan con esta expansión hacia el sur de la provincia, incorporando amplias zonas de las parroquias Guaytacama (cantón Latacunga), sobre áreas de exhaciendas lecheras y, más recientemente, de los cantones Pujilí y Salcedo, en haciendas más tradicionales ubicadas en zonas de mayor poblamiento campesino. Esta actividad es completamente empresarial y no permite ningún tipo de encadenamiento con la producción local. La única relación con las economías campesinas que

rodean a las florícolas y a las empresas brocoleras es la utilización de la mano de obra barata, que, en realidad, es un ejército de reserva disponible para las necesidades de las empresas. El capital, la tecnología y los técnicos vienen de fuera, y el producto se exporta y circula en el mercado mundial.

La mano de obra utilizada por las empresas de flores y brócoli tiene empleo permanente en la medida en que permanece en el trabajo durante la mayor parte del año. Quienes trabajan ocasionalmente no son muy importantes; son contratados por períodos cortos de alta demanda de flores en el mercado mundial. Las modalidades de contratación de esta mano de obra ocasional y las condiciones laborales apuntan hacia una modalidad de trabajo precario.

Los cambios en el territorio se generan a nivel productivo, a través de una alteración drástica en el patrón agropecuario predominante, pero especialmente por las modificaciones productivas y socioeconómicas que se han dado en las familias de trabajadores. Las economías campesinas se han articulado en tanto bolsones de mano de obra excedentaria, pero al mismo tiempo han perdido las posibilidades de implementar procesos de reproducción autónomos. Hay cambios en el territorio que apuntan hacia la conformación de un espacio más periurbano que rural. Varios estudios anotan el patrón de construcción más urbano que rural,⁵ una vinculación más intensa con los centros urbanos, a través de una red vial más densa paralela a la Panamericana y el incremento del transporte, lo que ha facilitado el traslado rápido de la mano de obra a las empresas agroindustriales y ha generado patrones de consumo que no tienen mucho que ver con las actividades agrícolas tradicionales.

5 Según el estudio de la OIT (2007), este proceso de urbanización estaría vinculado con la migración hacia España y la orientación de las remesas hacia la construcción.

Capítulo 4

Los asalariados de las florícolas y las brocoleras

El auge de la ganadería de leche a partir de los años setenta del siglo pasado generó en la Sierra ecuatoriana una disminución de la demanda de mano de obra, pero lo que en realidad sucedió fue una expulsión silenciosa de trabajadores, tanto mujeres como hombres, anteriormente vinculados al sistema de hacienda. Quienes se quedaron sin esta relación laboral tuvieron que buscar trabajo fuera de sus territorios, en especial la mano de obra joven que no disponía de tierra. La migración temporal hacia trabajos no agrícolas (construcción, servicio doméstico, etc.) ubicados en las ciudades más dinámicas de fuera del territorio fue la tendencia normal en las estrategias de reproducción de las familias campesinas hasta fines de los años noventa del siglo pasado.

La apertura de un mercado de trabajo local a través del cultivo, primero de flores y luego de brócoli, forjó un cambio importante en las estrategias de estas familias. El más significativo fue, sin duda, el hecho de que ahora podían encontrar trabajo cerca de sus comunidades y hogares de residencia sin tener que migrar hacia las ciudades u otras zonas del país. En este apartado se reflexiona sobre las especificidades que adquiere la mano de obra asalariada proveniente, en su mayoría, de hogares de pequeños productores rurales, sus modalidades de acceso al mercado de trabajo, su situación en el proceso productivo, y el impacto económico y social en las familias.

La encuesta sobre las condiciones socioeconómicas de las familias investigadas¹ indica un predominio de las actividades agrícolas asalariadas en

1 Se utilizan las encuestas realizadas a 94 familias de trabajadores de flores y a 88 familias de brócoli, realizadas en 2012.

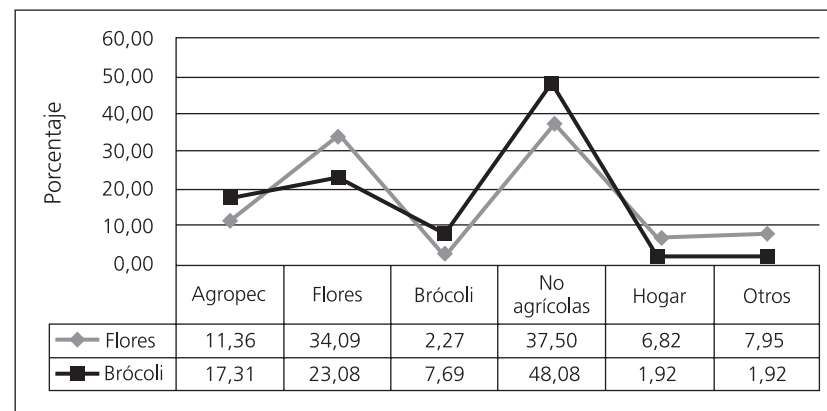
la población económicamente activa (PEA), que llega a representar el 65 % del total en el caso de las flores y el 68,2 % en el brócoli. Esto muestra también el bajo nivel de diversificación ocupacional de este territorio, con una débil representatividad en actividades como artesanía, comercio; mejora en la industria, servicios y construcción, debido a la presencia de un pequeño polo industrial ubicado en la carretera Panamericana y al auge del mejoramiento de la vivienda en el medio rural. Un significativo porcentaje de mujeres (la mayoría de más de 50 años) todavía permanecen vinculadas a las actividades domésticas (21,3 % en las flores y 19,7 % en el brócoli).

La población en edad de trabajo se vincula mayoritariamente con las actividades florícola y brocolera, que se convierten en las principales fuentes de ocupación a escala local. Considerando el total de las familias investigadas, en el trabajo de las flores se ocupa el 54,4 % de la PEA y en el brócoli el 51 %. Tanto en las flores como en el brócoli, hay un ligero predominio de las mujeres: en las flores, el 46,8 % son hombres y el 53,2% son mujeres, mientras que en el brócoli, el 44,4 % son hombres y 55,6 % son mujeres.

Un porcentaje importante de quienes actualmente trabajan en flores y brócoli ya habían estado vinculados anteriormente como asalariados en esas actividades, así como en otras (construcción, servicios, industria, empleo doméstico, etc.). Llama la atención el nivel de atracción que ejerce el empleo en flores y brócoli en medio de un abanico de actividades tradicionales o modernas a las cuales se vinculaban los actuales asalariados.

Los datos del gráfico 5 señalan tres tendencias importantes: el crecimiento de asalariados rurales, hombres y mujeres, a expensas de asalariados no agrícolas, la movilidad de los asalariados de flores en beneficio de los asalariados del brócoli, y la transformación de los trabajadores por cuenta propia en actividades agropecuarias en asalariados de flores y brócoli. Se observa también que el proceso de proletarización es más reciente en el brócoli (7,7%) que en las flores (34,1%), debido a su mayor expansión en el territorio analizado. Si bien no se pudo constatar la presencia de trabajo infantil, la mayoría de trabajadores son jóvenes ubicados en el grupo de 20 a 30 años de edad (47 % en las flores y 41 % en el brócoli). A partir de este grupo etario, las posibilidades de vinculación al trabajo en los agronegocios disminuyen progresivamente.

Gráfico 5. Trabajo anterior de los asalariados



Fuente: encuesta a trabajadores florícolas de Cotopaxi 2012.

Asimismo se constata que no existen diferencias drásticas en el empleo por sexo, y, si bien hay una ligera preeminencia de las mujeres, los datos no reflejan una preferencia por la mano de obra femenina, como se argumenta usualmente. Según testimonios, incluso en las empresas de brócoli existe la tendencia a preferir la mano de obra masculina en ciertas tareas tradicionalmente realizadas por las mujeres. Así, según la opinión de una trabajadora:

Ahora en la actividad de empaque están cogiendo [utilizando] más hombres. Ellos [los supervisores] esperan en los próximos años tener solo hombres. Ellos dicen que las mujeres son más problemáticas porque se quedan embarazadas y tienen que darles permiso de maternidad, lactancia y tiempo de embarazo y eso es pérdida para la empresa. Yo creo que eso está mal porque, por ejemplo, en empaque la mujer es más responsable que el hombre, por ejemplo, si al hombre le tratan mal, él coge y se va. En cambio la mujer, por el mismo hecho de ser madre, se queda para tener con qué mantener a sus hijos. Entonces los hombres son los que menos aguantan (Juana, entrevista en Guaytacama, 2 de diciembre de 2012).

En principio, en la zona de estudios las mujeres no conforman un proletariado de segunda categoría, pues no reciben salarios inferiores a los hom-

bres. Es más, realizan tareas especializadas y hasta cierto punto cotizadas, relacionadas con el manejo y empaque de las flores, así como también el corte y tallado del brócoli, que no son asumidas por los varones. En este sentido, el trabajo en estos agronegocios tiene características bastante diferentes de aquellas encontradas en otras partes de América Latina (especialmente en México, pero también en EE.UU.), en donde existe una clara “diferenciación social de los roles femeninos y masculinos” (Ortiz 1999, 17).

La presencia de mujeres en el mercado de trabajo es un rasgo que ha sido destacado para el caso latinoamericano en contraposición con otras experiencias de proletarización rural en países de Europa del sur. Así, por ejemplo, Oliveira-Baptista (1992, 34), al analizar el caso portugués, señala que el mercado de trabajo agrícola es “preponderantemente masculino y eventual” y que el peso de los rasgos culturales que se condensan en la familia y la división tradicional del trabajo “conducen a que las mujeres no entren en competición con los hombres en tipos de trabajo que tradicionalmente les están reservados”. Esta situación no se cumple en el territorio estudiado, pues las mujeres no tienen mayores trabas provenientes de la familia para entrar en el mercado de trabajo. Es la división del trabajo en las empresas lo que finalmente orienta la preferencia por sexo de la mano de obra. En este sentido, se diferencia de lo que ocurría en Pichincha, donde las florícolas están ubicadas en territorios con mayor densidad de población indígena. Allí, el trabajo de las mujeres encontraba resistencias de la familia y de la comunidad, aunque las generaciones más jóvenes valoraban también el trabajo asalariado, en tanto les permitía obtener una relativa autonomía económica en sus hogares y una mayor valorización social (Newman, Larreamendi y Maldonado 2001).²

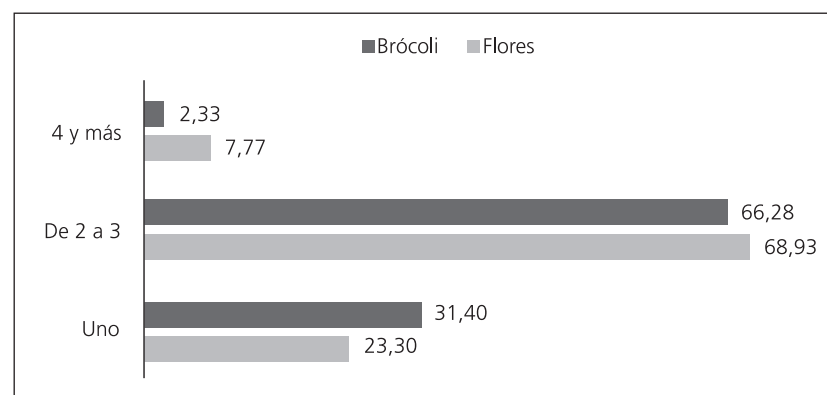
La mayoría de las familias investigadas tiene entre dos y tres miembros asalariados (gráfico 6), lo que revela que el trabajo en los agronegocios constituye hoy por hoy la principal alternativa para la generación de los ingresos familiares. En términos económicos, disponer de tres perceptores

2 La valorización del trabajo asalariado como un factor que dota de mayor autonomía a las mujeres también ha sido destacada en investigaciones realizadas en los cultivos de flores de la sabana de Bogotá (Friedemann Sánchez 2008).

de ingresos permanentes durante todo el año es un móvil más que suficiente para que estas familias puedan salir de una situación de pobreza a la que estaban acostumbradas, sobre todo aquellas que dependían únicamente de los ingresos de las pequeñas parcelas campesinas. Ahora tienen la posibilidad de trabajar a cambio de un salario sin tener que salir de sus territorios ni alejarse demasiado del hogar. Esta es una razón importante que explica la atracción del trabajo en los agronegocios asentados en este territorio.

En efecto, de acuerdo con estos datos, el 69% de las familias de trabajadores de flores y el 66% del brócoli tienen entre 2 y 3 miembros asalariados. Disponer de este ingreso es una estrategia importante de la que no disponen normalmente las familias rurales del país; muestra hasta qué grado ha avanzado el proceso de proletarización rural en este territorio.

Gráfico 6. Miembros asalariados por familia (porcentajes)



Fuente: encuesta a trabajadores florícolas de Cotopaxi 2012.

Esta tendencia también es confirmada por la forma en que se ha obtenido el trabajo. En efecto, la mayoría de quienes trabajan en flores y brócoli lo obtuvo a través de las redes familiares y de amistad, y solo en segundo lugar por intermedio de la empresa. El peso de la red familiar todavía es importante en la estrategia para obtener un empleo, como es el caso de los sectores populares urbanos (Martínez Valle 2009). Desde la perspectiva empresarial,

según lo menciona Granovetter (2006, 24), el reclutamiento de asalariados realizado a través de redes de parentesco tiene también ventajas en términos de “lealtad y control social”. Esto significa que contratar asalariados dentro de “categorías sociales homogéneas”, en el caso estudiado, dentro de familias campesinas, es provechoso también para las empresas, pues disponen de esta forma de una mano de obra segura, fiel y productiva.

No obstante, dadas las condiciones de cercanía de las empresas florícolas y brocoleras a las unidades domésticas, trabajadores y trabajadoras pueden acudir también directamente a las mismas empresas en búsqueda de empleo, sin pasar necesariamente por las redes familiares. La presencia de intermediarios o enganchadores no es generalizada, como frecuentemente se afirma en la literatura sobre la agricultura empresarial en América Latina (Lara 2008).³ La disponibilidad de mano de obra de proximidad física significa también un ahorro para las empresas, pues disminuyen los costos de transacción que implica conseguirla en otras áreas a través de enganchadores, darles vivienda, educación y guarderías para niños, víveres, etc., tal como sucede en algunas áreas productoras de hortalizas en México (Macías 2006, 102).

Así pues, las empresas utilizan una mano de obra joven que tenga las mejores características para lograr una mayor productividad en el trabajo. Las diferencias de género pasan a segundo plano dadas las nuevas características de escasez temporal que se observa en estos territorios. Si bien se trata de una mano de obra joven, hay un importante nivel de educación primaria y secundaria.⁴ Debido a las actuales condiciones de reclutamiento de la mano de obra, incluso algunas empresas contratan trabajadores sin ningún nivel de educación. Así, según un empleado de una empresa florícola:

Hay plantaciones que exigen que por lo menos tengan bachillerato, nosotros hemos cogido aquí analfabetos, minusválidos desde el inicio porque nosotros también somos del sector rural y sabemos cuál es la necesidad

3 Existen intermediarios locales que reclutan trabajadores para las fases de mayor demanda, especialmente en las empresas de flores.

4 Así, por ejemplo, del total de trabajadores de las flores, el 48 % tenía educación primaria, el 45,3 % recibió educación secundaria y solamente el 3,4 % tenía educación superior; en el caso del brócoli, el 53,1% tenía primaria, el 41,6 % secundaria y el 4,4 % superior. Es interesante señalar que los porcentajes de educación superior corresponden a puestos de trabajo técnicos que han sido asumidos en pequeña escala por personas del mismo territorio.

de la gente, por el hecho de que no hayan podido estudiar no les vamos a marginar y hemos tenido excelentes trabajadores (F.C, entrevista realizada en la Florícola Sierra Flor, 17 de mayo de 2012).

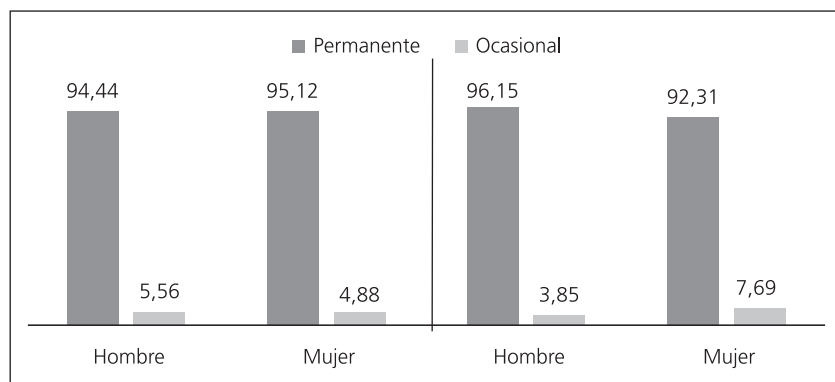
Al menos en este territorio, las exigencias cada vez más altas en educación para trabajar en los agronegocios no son generalizadas. Las diferencias entre hombres y mujeres tampoco son significativas, incluso hay más mujeres que hombres con educación primaria, lo cual confirma otro problema presente en el medio rural: el bajo grado de educación de las mujeres en general.

La expansión del cultivo del brócoli también atrae una mano de obra que anteriormente estaba vinculada con el entorno comunitario indígena, pero que, dados sus limitados recursos, no disponía de otras opciones para su supervivencia. Así, indígenas, hombres y mujeres, conforman un tercio de quienes laboran en el brócoli, la mayoría hombres ubicados en comunidades del cantón Pujilí, un área de reciente instalación de la agroindustria. Esta mano de obra es utilizada preferentemente en los trabajos menos calificados de campo (hombres) y en menor medida en la fase de procesamiento (mujeres), pero en las empresas es objeto de discriminaciones debido a su estatus étnico. Según la opinión de una entrevistada, “ahora la manía es contratar a la gente indígena de treinta años, nosotros decimos a ‘las Marías’, gente de páramo, no se enferman, gente joven, son buenas para trabajar. Ellas nos dan largo, en cambio la gente que es de por aquí a veces se enferma” (Martha, entrevista en Guaytacama, 20 de octubre de 2012).

Si bien esta discriminación étnica no es comparable con lo que ocurre en otros países latinoamericanos como México,⁵ muestra sutiles valoraciones entre las trabajadoras: unas más mestizas (débiles) y otras más indígenas (fuertes). No hay discriminación étnica en el proceso de trabajo, pero, sorprendentemente, sí la hay entre los mismos trabajadores.

5 Macías (2006, 93) señala la discriminación étnica entre los productores de jitomate: “Los empleos en el campo ofrecidos por las empresas tomateras generalmente fueron despreciados por la población mestiza de Sayula, lo que obligó a las empresas a seguir la misma práctica utilizada en otros lugares de México, es decir, contratar jornaleros indígenas provenientes principalmente de las regiones económicamente más deprimidas del sur y sureste del país, cuyas condiciones de pobreza facilitan que acepten dichos empleos conjuntamente con las condiciones laborales y de vida casi de miseria.”

Gráfico 7. Tipos de asalariados por sexo (porcentajes)



Fuente: encuesta a trabajadores florícolas de Cotopaxi 2012.

Según el gráfico 7, en las empresas de flores y brócoli predominan trabajadores permanentes, es decir, quienes durante más de seis meses trabajaron en forma continua en una misma actividad. Esto no quiere decir que hayan trabajado en una misma empresa, pues el nivel de rotación de la mano de obra es bastante alto, especialmente en las flores. Los datos también muestran un ligero predominio de las mujeres sobre los hombres en el trabajo asalariado permanente. Este es el patrón predominante de vinculación laboral se explica por las características del trabajo (uno que difícilmente puede ser mecanizado en las flores) y por la alta oferta de mano de obra proveniente de las unidades domésticas ubicadas en las cercanías de las empresas.

La alta rotación laboral interempresarial se comprobó con algunos datos de la encuesta, por ejemplo que el 35,7 % había trabajado antes en alguna empresa florícola y la mayoría lo había dejado por razones económicas (bajos salarios, sobrecarga horaria, poca estabilidad laboral, etc.). Muy pocas personas habían dejado el trabajo debido al impacto en la salud por el uso intensivo de químicos, situación bastante diferente a la que detectaron los estudios realizados en las zonas florícolas de Pichincha, en donde la alta rotación de los trabajadores se debería a “que los problemas de salud llevan a los trabajadores a dejar el trabajo periódicamente por dos o tres meses, para descansar” (Harari et al. 2011, 61).

En el caso del brócoli, mujeres y hombres trabajadores habían estado anteriormente vinculados a las empresas florícolas pero también al sector de servicios y a la construcción. Si bien se mantienen las mismas razones del cambio de trabajo (bajos salarios, falta de estabilidad, sobre carga laboral), también se mencionó el uso de químicos como una de las causas del cambio de trabajo. Según la opinión de técnicos de una florícola:

Antes nos dábamos el lujo de escoger porque había gente en fila queriendo trabajar y pedíamos experiencia, pero ahora la rotación es alta y no podemos estar escogiendo y pidiendo experiencia, lo que pedimos ahora es que tenga predisposición y ganas de trabajar, si no tiene experiencia, no la tiene pero entra a trabajar. Solitos se quedan o se van, porque hay mucha gente que pasa de florícola en florícola y si ustedes han visitado otras florícolas capaz que hay gente que trabajó aquí antes. (L.G, entrevista en la florícola Sierra Flor, 17 de mayo de 2012)

—¿ A qué se debe esta rotación?

— Hay oferta de plazas de trabajo, por eso la rotación es altísima. A la gente no le importa faltar al trabajo porque al día siguiente se emplean en la florícola de enfrente. Si se portó mal no les importa porque otra florícola les emplea. En nuestra plantación hay personal que ha estado con nosotros 17 a 18 años, es gente que se ha adaptado. Nosotros a veces rechazamos gente porque tenemos llenado todo, pero otras florícolas están con déficit de gente (F.C., entrevista en la florícola Sierra Flor, 17 de mayo de 2012).

Más allá de la opinión de este técnico, en casi todas las empresas existen letreros que dicen: “Hay trabajo” o “Se necesitan trabajadores.” Seguramente es una medida para que la gente que rota entre las empresas pueda acudir rápidamente a solicitar empleo.

No obstante, existen otros factores que inciden en este fenómeno de alta rotación de mano de obra. Por un lado, hay un elemento inherente al sistema de trabajo en las empresas; tiene que ver con el grado de intensificación laboral que genera efectos negativos sobre la permanencia de los trabajadores. Como se analizará más adelante, hay estrategias de las empresas que buscan una mayor productividad en menor tiempo con base en el trabajo humano, lo que significa un desgaste físico de trabajadores, hombres

y mujeres. Es lo que se conoce con el nombre de ‘plusvalía relativa’; implica una intensificación del trabajo en la misma jornada laboral, por ejemplo, realizando un número más alto de tareas dentro de un mismo horario (Marx 1977). Por otro lado, existen nuevas dinámicas productivas en el territorio que entran a competir con las empresas de flores. Este es el caso de la reciente introducción en este territorio del cultivo del brócoli, que también demanda mano de obra y es considerado un cultivo más amigable de acuerdo con la opinión de los mismos trabajadores. Algunos técnicos achacan la escasez de trabajadores justamente a la presencia del cultivo del brócoli. Al preguntarles desde cuándo consideran que hay escasez de trabajadores, responden que “desde hace unos 5 o 6 años. Lo que pasó, y no sé si es coincidencia, es que el brócoli necesita bastante mano de obra y hay un montón de brocoleras aquí” (L.G , entrevista en la florícola Sierra Flor, 17 de mayo de 2012). No obstante, según una trabajadora de flores, quienes salen de las florícolas van a trabajar al brócoli también por otras razones: “Se están dedicando al brócoli, es más sano, tienen un horario más fijo y la gente está tomando conciencia de las consecuencias de trabajar tanto tiempo en una plantación, nos enfermamos [intoxicaciones, dolores musculares, estrés]. Se están instalando procesadoras, se están yendo por Machachi” (V.T., entrevista en la florícola Rosaleda, 5 de febrero de 2012).

Entonces, la movilidad de trabajadores de las flores en este territorio se relaciona con las condiciones de trabajo que, según las entrevistas, implican riesgo de enfermedades. Asimismo, las condiciones del trabajo en el cultivo del brócoli que son más parecidas a las labores campesinas, es decir, trabajo a campo abierto, con horarios determinados y un salario parecido al de las florícolas. Indudablemente, este trabajo, que también depende del salario, tiene su lado campesino y, por lo mismo, es preferido frente al que se realiza en las naves cerradas de las plantaciones florícolas, que al parecer incide negativamente en la salud.

Las necesidades de mano de obra temporal en las flores varían debido a los vaivenes de la demanda mundial. Así, por ejemplo, la mano de obra temporal es más requerida en las épocas pico, como el Día de la Madre (mayo), San Valentín (febrero) y el ‘ruso’ (marzo). En estas temporadas se acude a mano de obra extralocal, proveniente de otros lugares de la pro-

vincia o de otras provincias, incluso de la Costa o indígenas de otras zonas más pobres (Zumbahua). Asimismo, en ocasiones se acude a miembros de las familias que pueden trabajar por temporadas cortas. La opinión de una trabajadora es ilustrativa al respecto:

— Ahora la mano de obra está baja, por lo que se contrató cuadrillas de gente costeña. La cuadrilla nuestra es de un total de 22 personas. La persona que los trae es la de recursos humanos, les contratan para trabajar en poscosecha. Entran por contrato tres meses. Todos los contratados son hombres. Son ‘pelados’ [muy jóvenes], incluso hay menores de edad. El más adulto creo yo que llegará a los 25 años. Siempre andan en grupo. Recién se fueron tres. Les pregunté por qué se iban y me dijeron que tenían problemas con la supervisora que les gritaba mucho y que les insultaba. Se hospedan en Latacunga y la empresa corre con los gastos. Arriendan un cuarto y los que vinieron en grupo trabajan juntos.

— ¿Es el primer año que buscan personal fuera del cantón?

— Sí porque antes la gente sabía que en temporada alta se buscaba personal, ahora no resultó eso en ninguna empresa. Para la fase de cultivo se fueron a buscar gente que son indígenas [porque ellos usan sombrero, anacos], quizá eran de Jigua. Hay un señor al que se le paga el transporte y les trae, son como 8 personas, la mayoría mujeres y adultas. (V. T., entrevista en Quisínche Bajo, 5 de febrero de 2012).

Otra entrevistada señala, en cambio: “Las mismas compañeras de trabajo parecen traerles para esta temporada. Hay chicos que estudian, que están de vacación, otros que no están trabajando en ningún lado, entonces vienen a trabajar un mes y se van también. En la planta somos 90 personas, pero con los que han venido para esta fecha somos como 130” (G.G, entrevista en José Guango Bajo, abril de 2012).

Esta mano de obra tiene las características de ser precaria, pues su ingreso al mercado de trabajo se realiza a través de intermediarios, tiene contratos temporales, recibe un salario inferior y hasta está presente el trabajo infantil. Se trata de personas que provienen de otros territorios más deprimidos de dentro y fuera de la provincia, y que aceptan las condiciones impuestas por las empresas. A continuación se sintetizan las tendencias

más relevantes que se desprenden de las formas específicas de vinculación de la mano de obra con la agroindustria de flores y de brócoli:

A pesar de que las familias campesinas son pequeñas, la mayoría de sus miembros se vincula con las agroindustrias como mano de obra asalariada. Solo la mano de obra marginal desde el punto de vista productivo se relaciona con la parcela cuando las familias disponen de tierra. Esta vinculación a los agronegocios marca una dependencia estructural de la mano de obra, especialmente joven, en torno al salario.

El mundo salarial en la zona de investigación tiene como eje central el trabajo en las empresas de flores y brócoli, que demandan mayormente trabajadores permanentes, debido a las características de los cultivos, a la disponibilidad de riego todo el año y a las modalidades de procesamiento. La diferenciación más marcada por sexo se da en el cultivo de brócoli: hombres en el trabajo de campo y mujeres en la fase de procesamiento. Como se ha mencionado, es una característica completamente diferente en relación con los cultivos de ‘frescos’ implementados tanto en América Latina como en Europa y EE.UU., donde la mano de obra más numerosa es la ocasional, dada la estacionalidad de los cultivos (Pedreño y Quaranta 2002; Neiman 2010; Steimbregger 2011).

El trabajo asalariado en los agronegocios es ‘atractivo’ para los miembros jóvenes de las familias de este territorio. Al no existir muchas opciones de encontrar empleo en la misma zona o lugar de residencia, y frente a la alternativa del trabajo migratorio hacia las ciudades, vincularse a los agronegocios es, sin duda, la mejor elección de la gente joven de ambos sexos. En el caso del brócoli, la opción del trabajo asalariado ‘golpea las puertas’ de las comunidades indígenas de mayor altitud, donde incluso las mujeres se vinculan, por primera vez, como trabajadoras no especializadas. Este fenómeno muestra el avance de las relaciones sociales capitalistas sobre territorios que han permanecido, solo parcialmente, vinculados a la lógica de los agronegocios.

Existen también otros argumentos sobre la atracción del trabajo asalariado y que tienen que ver con las actuales tendencias disruptivas internas en la familia campesina tradicional. En este sentido, dicho trabajo puede ser “un medio para liberarse del yugo de la explotación familiar rural y de

los roles sexuales estereotipados de la familia tradicional” (Laville y García 2009, 92).

Hay una importante movilidad de la mano de obra entre empresas, especialmente en el caso de las flores. En este sentido, y sin llegar a afirmar que se trata de un “mercado laboral horizontal”, tal como lo plantea Florida (2010), existen algunos elementos nuevos que caracterizan a la relación entre trabajadores y empresas. Así, por ejemplo, los trabajadores, tanto mujeres como hombres, se mueven entre las empresas con bastante libertad, lo que significaría que ya no se sienten vinculados a ellas. La situación es bastante diferente a la existente en el sistema de hacienda, donde tenían un sentido de pertenencia más marcado y menor movilidad, producto de la dominación tradicional.

Tanto en las flores como en el brócoli la articulación de la mano de obra con la agroindustria no pasa por la intermediación laboral, sino en forma ocasional. No existen enganchadores ni intermediarios permanentes, como en países con la agroindustria desvinculada físicamente de los hogares campesinos, entre ellos Argentina, Brasil y México (Pedreño 2001; Lara 2008; Neiman 2010). Esto se debe a la proximidad física de las empresas respecto a los hogares campesinos, lo cual permite un funcionamiento del mercado de trabajo de proximidad. Así, las relaciones personales y de parentesco cumplen todavía un rol importante. La oferta casi permanente de fuerza de trabajo local es el otro factor explicativo de la ausencia de intermediarios especializados en la contratación laboral en los reservorios de mano de obra ubicados en territorios más pobres.

¿Existe empleo precario en este territorio?

Uno de los aspectos que más se discute sobre las relaciones de trabajo en las empresas agroindustriales en América Latina es la presencia de relaciones precarias que constituirían la base de los procesos de acumulación de capital en el campo. El concepto de trabajo precario ha sido analizado desde una perspectiva relacionada con el trabajo ‘atípico’, es decir, diferente del trabajo considerado dentro del modelo fordista como ‘normal’. De

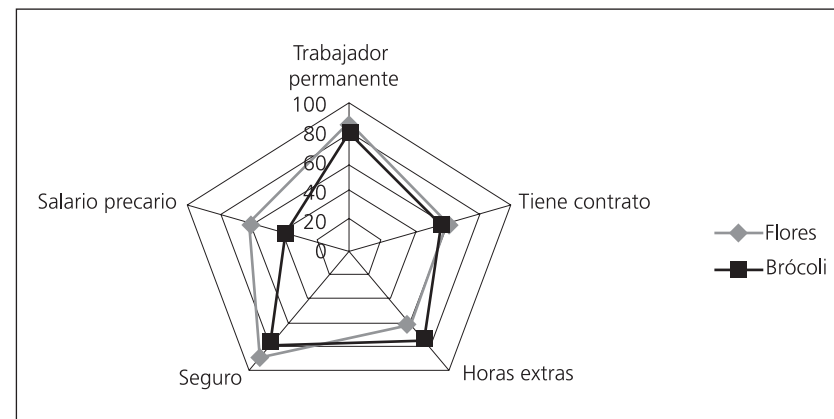
acuerdo con Castel (2010, 126-127), el empleo clásico “es cada vez menos la forma dominante de la estructuración del asalariado, entendiendo por empleo clásico la figura que adoptó en la sociedad salarial: un empleo a tiempo completo, programado para durar (contrato de duración indeterminada) y enmarcado en el derecho del trabajo y la protección social.”

Según Neffa, Oliveros, Perisa y Truco (2010, 5) “lo esencial del trabajo/empleo precario se refiere a la inseguridad, la inestabilidad de la relación salarial, condiciones que pueden existir tanto en los empleos formales como en los no registrados.” En las condiciones actuales de la sociedad capitalista, el empleo precario se convierte en una condición cada vez más ‘normal’ de la organización del trabajo. Castel (2010, 132) señala que incluso se debería plantear la presencia de una “condición precaria” o un “preariado”, en lugar de asalariado, para señalar las condiciones actuales en las que se desarrolla la organización del trabajo.

Actualmente, la discusión sobre el trabajo precario ha retomado el planteamiento de Paugam (2007) sobre la ‘doble precarización’, es decir, la diferencia entre empleo precario y trabajo precario. El primero se presenta cuando no se cumplen las condiciones mínimas de la relación trabajo-capital, es decir, cuando no hay contratos laborales, predomina el trabajo ocasional o temporal, y los salarios no alcanzan el mínimo vital establecido por la ley, lo que conduce a una “fuerte vulnerabilidad económica”. El segundo, en cambio, se manifiesta en el proceso de trabajo, es decir, cuando la persona no se siente a gusto en las actividades que desarrolla o no se está aprovechando bien sus capacidades técnicas (Paugam 2007, 380).

Para el caso de este estudio se ha elaborado un índice del empleo precario, compuesto por las siguientes variables: tipo de trabajador, seguridad social, salario y tipo de contrato que permite disponer de un criterio cuantitativo para mirar la vigencia o ausencia de precariedad del empleo en el territorio estudiado (anexo 2). Así, el índice de precariedad afecta al 34,4 % de los trabajadores de flores y al 27,9 % de los de brócoli. No obstante, algunos componentes del índice tienen diferente significado en el caso de las flores y del brócoli.

Gráfico 8. Componentes del empleo no precario en las flores y en el brócoli



Fuente: encuesta a trabajadores de flores y brócoli, Cotopaxi 2012.

Como se puede observar en el gráfico 8, los aspectos más problemáticos de la precariedad en el empleo se refieren a la presencia de salarios por debajo del salario mínimo vital (USD300 en 2012), situación que afecta más a quienes trabajan en flores que a los de brócoli; en segundo lugar, la ausencia de contrato laboral, que afecta por igual a quienes laboran en los dos tipos de agroempresas; finalmente, el pago de horas extras, que afecta en mayor proporción a los asalariados de flores. En definitiva, si bien el índice de precariedad no sobrepasa el 30 % de la fuerza de trabajo y puede calificarse como bajo, cuando se lo descompone se pueden evidenciar los aspectos en los que todavía las empresas no logran cumplir con las medidas de regulación laboral del Estado.

Si bien en el caso de las empresas de flores y brócoli, la precariedad en el empleo no es la situación más generalizada, es más importante esta situación en el trabajo. No hay que olvidar que entre las empresas hay una competencia por la mano de obra local, de manera que no existen condiciones de monopolio del mercado de trabajo que permita a una empresa o un grupo de empresas imponer sus condiciones de explotación laboral que pasen por situaciones precarias. Otro elemento externo que influye en

el nivel de precariedad en el empleo es la vigencia de la actual legislación laboral, importante mecanismo de regulación del mercado laboral.⁶

La precariedad en las flores

En las condiciones actuales de funcionamiento del mercado de trabajo de las flores, la precariedad afectaría a más de un tercio de la mano de obra asalariada (34,41%), mientras el 65,59% no serían considerados trabajadores precarios (anexo 2). En efecto, la mayoría tiene un empleo permanente, recibe el salario igual o superior al establecido por la ley, tiene seguridad social y un contrato de trabajo. Sin lugar a dudas, se trata de las condiciones externas bajo las cuales ingresan al mercado de trabajo, no de las condiciones internas que se dan en el proceso productivo.

La mayoría de trabajadores tienen contrato, pero todavía un tercio no lo tiene, lo que muestra una falta de regulación del mercado de trabajo de las flores en este territorio. Esta situación afecta, en mayor proporción, a las mujeres que recién ingresan a las florícolas dentro del circuito de movilidad que existe en el territorio. También existe un sector de trabajadores temporales contratados en forma de cuadrillas para responder a las exigencias de la demanda de flores en las épocas pico; reúnen todas las características del empleo precario, pero lamentablemente no lograron ser cuantificados cuando se recogió, en el campo, la información.

Es interesante mencionar que entre los trabajadores existe una valoración positiva sobre el trabajo en las empresas florícolas. En efecto, la mayoría de los asalariados permanentes y temporales respondió que estaba conforme con la actividad que realizaba. Quienes estaban conformes respondieron, en su gran mayoría, que se debía, en orden de prioridad, a las buenas condiciones laborales, a la estabilidad y al buen sueldo. En cambio, la mayoría de inconformes respondió que lo que más les afectaba eran la sobrecarga y las muchas horas de trabajo. Por un lado, entonces, la percepción del trabajo en las florícolas tiene dos aspectos bien

⁶ Todavía no se ha aprobado el Nuevo Código Orgánico de Relaciones Laborales, que pretende modificar el viejo Código de Trabajo y reglamentar actividades del sector florícola, agrícola, palmicultor, etc.

marcados: se trata de un trabajo estable y hay unas condiciones mínimas laborales que son valoradas por la mayoría de los trabajadores. Por el otro, es visto por un sector de trabajadores como “intensivo”, es decir, en el proceso productivo existe una sobrecarga laboral.

La intensificación en las flores se da sobre todo por el incremento del número de camas de cultivo que una persona está obligada a realizar en una jornada laboral⁷. Según una trabajadora de flores,

hace un año trabajaban solo con 35 camas, luego subieron a 40 y ahora la gente de cultivo está con 50 camas por trabajador. Este año dicen que van a recortar gente y aumentar el trabajo para los que se queden. Ayer vi que una trabajadora había llevado a su hermanito que tenía 12 años y estaba picando camas con ella para que le ayude. Yo le pregunté cómo así le trajo y me dijo que estaba atrasada y que el ingeniero le había dado la orden de que tenía que terminar el trabajo. Al hermanito no le paga la empresa sino es ayuda a la hermana (V.T., entrevista en Quisínche Bajo, 5 de febrero de 2012).

Otro entrevistado señaló:

“Ellos trabajan por camas, por ejemplo subieron de 40 a 60 y si no cumplen les botan. Si no cumplen las tareas se quedan trabajando pero no les hacen valer las horas extras” (G.I., entrevista en José Guango Bajo, diciembre de 2011).

Otra modalidad de intensificación del trabajo se manifiesta también en los paquetes de flores.

“Cada trabajadora tiene que hacer 30 paquetes por 45 minutos y una ‘clasificadora’ [persona que se encarga de clasificar los tallitos] tiene que hacer 600 tallos por 45 minutos. Pero a ellos también les subieron la cantidad de trabajo, ellas estaban antes con 25 paquetes y las clasificadoras solo hacían 500 tallos” (V.T., entrevista en Quisínche Bajo, 5 de febrero de 2012).

⁷ El incremento de la carga laboral también se señala en las investigaciones en la zona de Cayambe, en donde “se ha pasado de 40 camas por trabajador en cultivo a más de 55” (Harari et al. 2011, 59).

Una explicación relacionada con la percepción positiva sobre su trabajo es que en este territorio el proceso de proletarización masivo que se experimenta actualmente es relativamente reciente (a partir del año 2000). En relación con la situación anterior, donde no era fácil obtener empleo en el lugar, actualmente el trabajo asalariado es muy valorado por los actores. En otras palabras, el nivel de precariedad no es muy alto en la medida en que los sujetos sociales todavía tienen una percepción subjetiva positiva.

No obstante, cuando se les preguntó si quisieran cambiar de trabajo, la mayoría contestó positivamente, debido a que buscaban un mejor salario y mejores condiciones laborales. Al parecer, preferiblemente deseaban obtener este nuevo trabajo cerca de sus comunidades o lugares de vivienda. Estas son opiniones subjetivas que, no obstante, muestran el nivel de “representación social” (Moscovici 2012) que tienen los trabajadores de este territorio: desean tener una actividad bien remunerada y cerca de sus hogares. Por ello, en las entrevistas realizadas el trabajo óptimo era aquel que se podía obtener en las fábricas industriales ubicadas cerca de la Panamericana, consideradas empresas con trabajo estable y bien remunerado. En este sentido, la cercanía al lugar del trabajo y la posibilidad de estar cerca a la familia son elementos altamente valorados y que también apuntan a la excepcionalidad del trabajo florícola que, al menos en este territorio, no puede ser calificado como precario.⁸ Se puede concluir, siguiendo el razonamiento de Moscovici (2012, 31), que los trabajadores, al reivindicar un empleo en su mismo territorio, estarían elaborando un nivel de ‘representación colectiva’, que sin duda indica un “enraizamiento” que va más allá de los intereses estrictamente individuales.

8 En cambio, en otros países donde el trabajo agrícola implica desplazarse hacia territorios lejanos, se señala como elementos de la precariedad laboral “la movilidad laboral, los tiempos de ausencia de la familia y el pueblo” (Piñeiro 2011, 27).

La precariedad en el brócoli

El brócoli es un cultivo que se desarrolla en dos fases: la del cultivo abierto, en superficies medianas o grandes, y la fase de procesamiento del vegetal, que puede ser considerada agroindustrial. La mano de obra, por lo mismo, se vincula en estos dos momentos diferentes, puesto que el ciclo del cultivo no se desarrolla a la par de la fase de procesamiento. El índice de precariedad afecta al 28 % de trabajadores, mientras que un 72 % puede ser considerado no precario. Este porcentaje más elevado que el que existe entre quienes laboran en las flores se explica debido a que las personas ocupadas en la fase agroindustrial de procesamiento tienen, en general, mejores condiciones laborales que las de campo.

No obstante, un tercio no tiene contrato, lo que indica la presencia de precariedad en el empleo, situación que afectaría principalmente a las mujeres en casi todas las actividades del brócoli, pero en especial a las trabajadoras indígenas. Al parecer, este grupo es mano de obra precaria en la medida en que son contratadas en forma temporal, no tienen un salario permanente sino una remuneración diaria, no les pagan horas extras y, además, son reclutadas por intermediarios locales. Según el testimonio de una trabajadora indígena,

a nosotras solo nos contratan por semanas, el trabajo es muy duro. Un señor de Chinibamba anda contratando, llega a la comunidad y dice: “Vamos a que trabajen”. Él trabaja junto con nosotros pero aparte quien nos controla es el ingeniero, él nos controla el trabajo siempre. Mis jornadas de trabajo son muy duras, trabajo de 07:00 a 16:00, cuando el ingeniero es malo sabe hacer trabajar más tiempo. Nuestro horario no es fijo y por día me pagan 10 dólares, que recibo cada 15 días. Nunca nos pagan horas extras, hay algunas veces que nos quedamos más tiempo porque tenemos que terminar de cosechar toda la parcela, este trabajo no es reconocido (María, jornalera del sector Yacubamba, Pujilí, entrevista, marzo de 2012).

La mayoría de trabajadores, en cambio, reciben pago de horas extras y disponen de seguro, en especial el seguro social del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social (IESS). La capacitación de las empresas se orienta a las mu-

jeros en la actividad de corte del brócoli, pues se trata de un trabajo clave relacionado con el tamaño, calidad y rapidez necesarios para el empaquetado y procesamiento al final de la cadena productiva. El pago salarial se realiza mayoritariamente en forma mensual y mediante depósito bancario en cuentas personales de los trabajadores. El 54 % de las personas investigadas recibe un salario superior a USD290, mientras el 25,3 % entre USD260 y USD290; solo el 20,7 % un salario inferior a USD260. Esta tendencia muestra que en 2012 la mayoría de trabajadores percibía un salario similar al mínimo legal, que para la fecha llegaba a USD292. Quienes no percibían el mínimo legal eran sobre todo personas sin contrato de trabajo, la mayoría mujeres.

Si se consideran sus opiniones sobre el trabajo que realizan, la mayoría contestó estar conforme, una percepción que no necesariamente significa que se encuentran a gusto en la laborar que desempeña. Cuando se les preguntó sobre las razones de ello, las repuestas fueron variadas: trabajo estable, por necesidad, pago puntual, buen sueldo. Solo un pequeño grupo contestó que “le gusta el trabajo”. Estas respuestas indican que predominan sus necesidades económicas; algunas personas, en especial las mujeres indígenas, son asalariadas por la primera vez en su vida.

Respecto al pequeño grupo que no estaba conforme, las razones de esta situación se concentran en la sobrecarga horaria de trabajo, lo que indica, al igual que en el trabajo de las flores, una intensificación de la jornada laboral. Esto puede darse por el aumento de las horas laborales o por el aumento de la productividad del trabajo dentro del horario normal. Así, por ejemplo, la actividad de corte del brócoli antes de ser empacado incluso es supervisada para no disminuir el ritmo del trabajo y lograr terminar con la tarea asignada a cada trabajadora. Según la opinión de una trabajadora,

el asunto de las tareas surge hace unos diez años. Cuando entré a trabajar en Provefruit eran unas gavetas que nos ponían a los lados, acabábamos eso y nos íbamos. En la empresa hay egoísmo, maldad, pues viendo que la una cortaba más y la otra menos, allí dijeron que se dé la tarea. La tarea ha ido aumentando hasta los 45 kilos por hora, antes se daba 40 kilos por hora, después aumentaron 4 kilos más, yo dije no he de cortar más porque no avanza (M., entrevista en Guaytacama, 20 de octubre de 2012).

La misma trabajadora relata los cambios que han ocurrido en el horario de trabajo:

Hace unos 16 años (1997), cuando comencé a trabajar, nosotros teníamos que levantarnos a las 4 de la mañana para salir a tomar el recorrido a las 5 para ingresar a las 6 a la planta y salíamos a las 6 y 8 de la noche. Esa era nuestra rutina todos los días, nadie tenía el valor para enfrentarse a los ingenieros. Los ingenieros decían: “Si sales de aquí temprano, mañana ya no entras”. Entonces, como necesitábamos el trabajo, teníamos que estar a la orden de ellos y cuando ellos nos decían: “Ya salgan”, teníamos que salir. No teníamos horario de salida (M., entrevista en Guaytacama, 20 de octubre de 2012).

No obstante el hecho de que la mayoría de trabajadores del brócoli está conforme, contradictoriamente también una mayoría estaría dispuesta a cambiar de trabajo si tuvieran esta posibilidad, pero siempre y cuando este se ubicara cerca de la propia comunidad, para así lograr un mejor salario y mejores condiciones laborales.

Entre los trabajadores predomina una percepción económica de corte más bien utópico, donde un mejor trabajo les permita ganar más dinero. En las actuales condiciones es prácticamente imposible que, en este territorio, puedan existir otras alternativas económicas que generen mejores salarios y condiciones laborales. Para quienes laboran en brócoli (la mayoría no puede en las actuales condiciones reconvertirse en campesino puesto que no posee tierra), la percepción de un mejor trabajo pasa por el tamiz del mercado y de un mejor nivel económico. No importa si reivindican su origen étnico o no, puesto que en este territorio los agronegocios han empezado a transformar profundamente la misma mentalidad de hombres y mujeres trabajadores, asunto que penetra también al ámbito familiar y comunitario.

La percepción es similar entre aquellos que consideran que mejoró su situación económica y aquellos que señalan que se mantuvo igual. Hay que tomar en cuenta que muchos de los trabajadores que contestaron que se mantuvo igual fueron anteriormente asalariados de las flores o del brócoli, o trabajadores de la construcción o de la industria, es decir, que se trata de

una mano de obra con alguna experiencia laboral anterior. En definitiva, a pesar de que el trabajo asalariado no presenta síntomas agudos de precariedad en el empleo y de que es la única actividad que permite obtener ingresos económicos a las familias, en la medida que se trata de un proceso nuevo en el territorio, se puede señalar que en el trabajo o en las actividades que realizan existe una situación de precariedad latente. Esta puede explicarse de dos maneras: por un lado hay trabajadoras que provienen de comunidades indígenas, sobre todo de Pujilí, y que seguramente es la primera vez que se insertan en las relaciones salariales y, por otro, el cambio de una práctica campesina a la disciplina laboral no es mecánico y conlleva a idealizar la autonomía anterior del trabajo en la parcela, aunque este se haya desarrollado en el umbral de la pobreza.

Capítulo 5

El mercado de trabajo desde la perspectiva del campo social

El mercado de trabajo es un tema que comúnmente ha sido analizado por la economía como un espacio en donde se enfrentan oferentes y demandantes de trabajo y cuyo encuentro ocurre a partir de una racionalidad individual que permite elegir la mejor opción personal. Este es normalmente el escenario planteado por la economía. Algo así como si una mañana soleada una persona decide buscar un trabajo que le guste, bien remunerado, con un horario que le permita volver rápido a ver a su familia y que tenga cierta permanencia en el tiempo. Ciertamente esto no existe en ninguna parte del planeta. Los actores económicos, por más preparados o capacitados que se encuentren, tienen que saltar barreras institucionales cada vez más altas y ubicadas en sitios estratégicos, algunos de los cuales ni siquiera conocen.

Esta constatación, no siempre evidente para ciertos científicos sociales que preferirían una formalización matemática de los costos de transacción, induce a pensar que entre quienes ofrecen trabajo (trabajadores) y quienes lo demandan (empresarios) existen intermediaciones sociales que obedecen a una lógica que escapa a la reflexión de un calculador racional. ¿De qué lógica se trata? Evidentemente no es una instrumental sino más bien una relacional. Las personas, los grupos sociales, establecen relaciones, incluidas las de trabajo, bajo una lógica que depende mucho de la situación que ocupen en un determinado campo social. Y esta situación estará fuertemente determinada por los tipos de capitales de que dispongan, desde el económico, pasando por el social hasta el simbólico o cultural (Bourdieu y Wacquant 2005, 150).

En una situación donde no existiría ninguna regulación externa (por ejemplo, la del Estado), las posibilidades reales de encontrar trabajo dependerían mucho más del poder del demandante antes que del oferente.

A nivel rural, esto significa depender más del empresario, terrateniente o incluso campesino que demanda fuerza de trabajo y menos del asalariado, campesino pobre o marginal que lo ofrece. En realidad esto sucede así, pero es necesario explicar por qué.

Detrás de esta argumentación se encuentra la teoría del campo social de Bourdieu, sin duda un potente instrumento que permite analizar el mercado de trabajo rural, más allá de una visión estrictamente neoclásica de oferta y demanda.

En términos analíticos, un campo social puede ser definido como una red o una configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones están objetivamente definidas, en su existencia y en las determinaciones que imponen sobre sus ocupantes, agentes o instituciones, por su situación presente y potencial (*situs*) en la estructura de distribución de especies del poder (o capital) cuya posesión ordena el acceso a ventajas específicas que están en juego en el campo, así como por su relación objetiva con otras posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.) (Bourdieu y Wacquant 2005, 150).

La complejidad de este análisis aumenta si se considera además un componente básico de los actores que se encuentran en el campo del mercado de trabajo: el *habitus*. Este es el conjunto de prácticas sociales y culturales internalizadas por los actores y que conforman un primer nivel de la práctica social, un primer referente de su inserción en un espacio social dado o, por decirlo de otra forma, una base social que permite a los actores desarrollar estrategias apropiadas dentro del campo social.

Bourdieu (2003, 80) al analizar el surgimiento del mercado en la región norteafricana de Kabylia, señalaba que “las relaciones reducidas a su dimensión puramente económica son pensadas como relaciones de guerra. El lugar por excelencia de la guerra económica es el mercado.” Una reflexión sin duda descarnada que corre el velo de lo que sucede realmente en el mercado, cuando en este campo se enfrentan el campesino que ofrece su fuerza de trabajo (sin saberlo, porque lo que busca es un empleo) y el empresario, en este caso reemplazado por un funcionario o empleado que, en cambio, sí sabe lo que quiere, es decir, comprar bara-

to esa fuerza de trabajo con costos de oportunidad realmente bajos, un verdadero baratillo.

Esta relación que se establece en el mercado de trabajo, que aparece tan simple como ir a una empresa florícola o de brócoli a ver si hay demanda de trabajo y luego ver si se cumple con los requisitos necesarios (educación primaria, récord policial, no estar embarazada si es mujer, no ser viejo, certificado de trabajo si ya fue trabajador en otra empresa, etc.) para ser contratado, tiene otra significación desde la perspectiva del *habitus*. Se podría incluso establecer una tipología de fuerza de trabajo: aquella que ya tenía una experiencia anterior en el trabajo asalariado y la que recién va a vincularse en la empresa.

Bourdieu (2003, 82) señala que se produce un verdadero proceso de “conversión” casi similar al de una experiencia religiosa en el proceso de vinculación al mercado. Existirían conversos con experiencia en el mercado laboral y neoconversos, por ejemplo, las mujeres indígenas que se relacionan por primera vez con dicho mercado. Hay indudablemente un cambio radical del *habitus*, formado, por ejemplo, en el mundo familiar campesino, cuando se entra en la disciplina del trabajo asalariado. Llevando la analogía más lejos, es lo que sucede cuando el valor de uso se transforma en valor de cambio, según Marx (1977). La metamorfosis del trabajo no es automática, sino que depende del nivel de conversión al mercado, lo cual supone un proceso de disciplinamiento de la fuerza de trabajo que se cumple en un tiempo largo que muchas veces no coincide con la urgencia del capitalismo.

El cambio de *habitus* significa, además, cambios en las percepciones de los nuevos trabajadores (Moscovici 2012), pues una vez que se han despojado del poncho campesino, para utilizar una figura andina, deben aceptar el overol proletario como algo normal en sus vidas y en sus prácticas sociales. El aprendizaje de la economía moderna significa, como lo recalca Bourdieu (2003, 84), “romper con todo un arte de vivir y, de golpe, con todos los que lo comparten y que se sienten directamente concernidos por lo que les parece como un denegación.” Una ruptura que no solo tiene una dimensión individual sino también familiar y social-comunitaria.

La conversión de la fuerza de trabajo en una mercancía no es un proceso automático. Se cumple dentro de una lógica de conversión-aprendizaje

en un determinado campo social, donde existen actores con acceso desigual al capital económico, cultural y también al capital social. En el caso analizado, no existe homogeneidad entre trabajadores, puesto que algunos ya han asimilado las reglas básicas del mundo capitalista debido a su inserción previa y temporal, ya sea en mercados de trabajo urbanos o rurales; pero también existe un importante sector conformado especialmente por mujeres, sean mestizas o indígenas, que por primera vez se vinculan con esta nueva realidad. En este caso, el trabajo asalariado tiene otras implicaciones, desde la adaptación a horarios y ritmos distintos a los del mundo campesino, hasta la aceptación de la discriminación de género y etnia que normalmente se da en este nuevo espacio alejado de la familia, de la comunidad y de las relaciones de reciprocidad familiares en la que se encontraba y que parecían la ‘normalidad’ del mundo de la vida.

Bourdieu (2006, 63) muestra el desajuste que se produce en situaciones donde se cambian drásticamente las nociones de orden y de tiempo: “El orden social es ante todo un ritmo, un ‘tempo’. Adecuarse al orden social es primordialmente respetar los ritmos, seguir el compás, no ir a destiempo. Pertenecer al grupo es tener en el mismo momento del día y del año el mismo comportamiento que todos los otros miembros del grupo. Adoptar ritmos insólitos e itinerarios propios es ya excluirse del grupo.” Adaptarse a este nuevo orden social del trabajo asalariado en las empresas no siempre es fácil, de allí las protestas soterradas de las trabajadoras, que debido a su nueva situación en el campo social deben romper con muchas reglas tradicionales del mundo campesino-indígena, alejarse y hasta excluirse del grupo.

Un elemento sorprendente es la fácil inserción de las mujeres en el mercado de trabajo. Normalmente se habría esperado mayor resistencia en la medida en que cumplen un rol estratégico en la economía familiar (cuidado de niños, de la parcela, de ancianos, etc.). Ahora bien, el hecho de que sean demandadas en las florícolas o en la actividad del brócoli abre una importante posibilidad para que puedan vincularse al trabajo asalariado. Se esperaría que exista una cierta resistencia a asumir este rol, que implica, desde la perspectiva que analizamos, una ruptura con la agricultura familiar y el inicio de este proceso de conversión-aprendizaje a la lógica del mercado capitalista. Pero esto no sucede así. En especial para jóvenes

de ambos sexos, es una oportunidad de obtener un ingreso y de disponer de este, liberándose de las ataduras familiares. Es más, pasan de ser dependientes económicos del grupo familiar a una situación de colaboradores del ingreso familiar. Para las mujeres, específicamente, es la oportunidad de salir de la estructura familiar dominada normalmente por el padre de familia y asumir roles diferentes de los asignados por la estructura patriarcal dominante.

El proceso de aprendizaje se da en la empresa, y en el caso concreto del brócoli implica para las mujeres una práctica en el corte y tallado del producto. Durante un tiempo asistirán a esa ‘escuelita’ de formación, donde deben aprender a ser expertas en esta actividad, lo que significa ser rápidas y hacer bien el trabajo, pues de esto depende la productividad de una parte del proceso industrial al final de la cadena productiva del brócoli.

Sin embargo, no siempre los costos de este aprendizaje son iguales entre los sexos, pues vale la pena señalar que las mujeres reciben la peor parte. Muchas no disponen de experiencia previa y pueden ser más explotadas en la esfera del trabajo, pero además en el ámbito individual son fácil presa de comportamientos machistas que, producto de un *habitus* tradicional, todavía se conservan en las prácticas de los jóvenes varones. Así, las mujeres se quedan fácilmente embarazadas y se convierten en madres solteras, un fenómeno que requiere mayor investigación, pero que muestra, a nivel personal, el costo de este masivo proceso de proletarización femenina.

La conversión también implica aprender a valorar económicamente el tiempo de trabajo, porque ahora se vende fuerza de trabajo valorizada en horas. Ya no es el tiempo que transcurre lentamente en el campo, desde que canta el gallo hasta cuando la luz se torna escasa, es el vinculado a cuánta cantidad de productos puedo procesar en tantas horas de trabajo; cuando se trata de tareas (trabajo a destajo) hay que completarlas a través de horas extras que a veces son pagadas y otras veces no. El mismo concepto de hora de trabajo adquiere un nuevo significado para el trabajador y otro para el supervisor. Para este último, en esa hora se debe producir lo máximo posible; es el concepto capitalista de intensificación del tiempo de trabajo, al cual debe progresivamente adaptarse el trabajador que empieza a ‘aprender’ el secreto de la explotación capitalista.

Lo más duro de este proceso de aprendizaje es que el trabajador se encuentra solo, no puede contar con la solidaridad de sus compañeros, a pesar de que los conoce desde niños, pues muchos pertenecen a su misma comunidad. El aprendizaje implica internalizar la ‘competitividad’ entre los mismos trabajadores. Hay que alcanzar los estándares de las trabajadoras más rápidas, que se esfuerzan por continuar a esa cadencia porque son emuladas por los supervisores. Efectivamente, se rompe con el mundo de la solidaridad y reciprocidad al cual estaban acostumbradas en el mundo laboral anterior.

Finalmente, todo este proceso está orientado hacia la obtención de un *habitus* económico que, según Bourdieu (2003, 84), significa “una ruptura que supone una transformación muy profunda de las disposiciones las más fundamentales.” Por ello es más difícil para las generaciones más viejas adquirir este *habitus*, en cambio hay más predisposición por parte de las generaciones jóvenes, con mayor nivel de educación, con alguna experiencia laboral anterior, con poco futuro dentro de la economía campesina.

Volviendo a la reflexión anterior sobre el subcampo social analizado, es decir, sobre el mercado de trabajo, los actores entablan relaciones desiguales ‘intracampo’, que se manifiestan en la posición que ocupan en este: en la parte superior y dominante se encuentra el dueño de la empresa o el administrador, luego los técnicos (ingenieros, contadores, etc.), después los supervisores y, finalmente, los trabajadores asalariados (de campo y procesamiento). En otros territorios, donde la fuerza de trabajo es escasa, también están presentes los intermediarios, que se encargan de la contratación de la mano de obra. En el caso estudiado este personaje no existe o puede aparecer ocasionalmente, pues hay abundante oferta de fuerza de trabajo local y no es necesario acudir a otros territorios en su búsqueda.

Un análisis de la disponibilidad de capitales mostraría las desigualdades en el acceso a la educación (capital cultural), al ingreso (capital económico) y al capital social (sobre todo redes y contactos fuera del territorio). Bajo estas condiciones se formaliza la relación capital-trabajo en la contratación de mano de obra, en la cual los empresarios ni siquiera tienen que preocuparse de este asunto, que normalmente está en manos de los administradores o encargados del denominado ‘manejo de personal’.

Mientras no exista una modificación en la dotación de los diversos capitales, no debería surgir el conflicto social. Por eso los empresarios y administradores temen que los asalariados logren incrementar su capital social a través del acceso a formas de organización como los sindicatos, que permitan mejorar objetivamente su situación en el campo social, pues se reactivarían los niveles de cohesión social que faciliten plantear demandas concretas en relación con los salarios.

Detrás de una argumentación económica como el alza de los costos de producción que significaría la lucha por mejores salarios y condiciones de trabajo, se esconde otro fenómeno difícil de entender desde fuera de la lógica del campo; tiene que ver con el cambio en la dotación de capitales de los actores involucrados en este juego de fuerzas que normalmente se da entre actores de un campo determinado. Mientras no existan mayores cambios en la dotación de capitales, el poder sobre el campo se ejercerá a partir de la lógica económica predominante, es decir, de la lógica de acumulación capitalista, que incluso adquiere plena justificación a los ojos de los mismos trabajadores, puesto que mantener el *statu quo* implica conservar el empleo, el ingreso y la estabilidad familiar.

Para el Estado la justificación significa incremento de las exportaciones, aumento del PIB, competencia en el mercado mundial, etc. Esta podría denominarse como la justificación ‘extracampo’, en este caso con el Estado, al cual los empresarios presionarán tratando de convencerlo de que es tiempo incluso de flexibilizar las relaciones laborales en aras de una mayor competitividad en el mercado externo. Pero aquí está presente una lógica explicativa entre varios campos sociales, el subcampo del mercado de trabajo que pertenece al económico y el denominado ‘metacampo’, uno que domina a los otros campos en manos del Estado (Bourdieu 2012).

Finalmente, ¿existen posibilidades de que ocurra un cambio en un campo social donde los actores dominantes han logrado consolidar su posición? Bourdieu y Wacquant (2005, 155) señalan claramente que “como espacio de fuerzas potenciales y activas, el campo es también un campo de luchas tendientes a preservar o transformar la configuración de dichas fuerzas.” Robert Boyer (2003a, 276-277), al retomar la reflexión de Bourdieu sobre el campo económico, señala cinco factores a tener en cuenta sobre las posibilidades de cambio:

- La innovación, un elemento para perpetuar la dominación
- La entrada de nuevos agentes
- Las relaciones entre el interior y el exterior del campo
- La importancia de las relaciones con el Estado
- La desincronización entre *habitus* y campo

A continuación se analiza someramente cada uno de estos puntos, considerando el subcampo del mercado de trabajo sobre el cual se ha reflexionado hasta ahora. Como lo menciona Boyer (2003b), los actores dominantes en un campo social, en la medida en que disponen de lo que podríamos denominar una cartera de capitales, buscan perpetuar su dominación e imponer un tiempo de transformación que no puede continuar si no se realizan procesos de innovación. Es importante, entonces, considerar este elemento de innovación, que puede manifestarse en el subcampo estudiado, por ejemplo, en el nivel tecnológico, con lo cual se puede impedir que productores pequeños o asalariados que aprenden la tecnología, la repliquen exteriormente.

Otra de las posibilidades de cambio es la entrada de nuevos actores provenientes de otras actividades económicas, por ejemplo, del sector financiero, que deciden ingresar en un ‘juego’ que puede ponerse interesante dados los buenos niveles de acumulación. Esto podría desestabilizar a la ‘vieja guardia’ dominante y generar un cambio de posiciones en el sector. Esta desestabilización también podría ocurrir con la entrada de actores externos con mayor disponibilidad de capital económico, que podrían también desplazar al grupo de actores dominantes anteriores. En el estudio sobre el agronegocio de flores y brócoli, es notable el ingreso de nuevos actores dominantes, vinculados al capital financiero nacional o internacional, que desplazaron a los anteriores hacendados lecheros, o los obligaron a cambiar o a modificar el eje central de su actividad económica. Los cambios que pueden producirse dentro de un campo también están vinculados con el exterior, lo que lleva a una redefinición de las fronteras entre los campos. Es indudable que la entrada del capital financiero ha modificado la dinámica económica de las empresas del territorio, ahora orientadas al mercado mundial, donde hace dos décadas el horizonte económico no superaba el mercado interno.

Otro importante elemento de cambio es la relación con el Estado, de la cual depende la consolidación económica de los actores dominantes, así como la mejora de las condiciones de vida de los actores subordinados, es decir, de los asalariados agrícolas. Para estos, desprovistos por el momento de capital social, dado el proceso de desestructuración de la vida comunitaria, es vital la intervención del Estado en la regulación de las relaciones capital-trabajo. Para los empresarios, la consolidación de su dominación dependerá de si logran cambiar las políticas laborales ejerciendo presión sobre el Estado para flexibilizar al máximo las condiciones de empleo y el mercado de trabajo.

El Estado, de acuerdo con Bourdieu (2012, 312), “en la medida en que acumula en gran cantidad diferentes especies de capital, se encuentra dotado de un metacapital que permite ejercer un poder sobre todo capital.” Muchos de los cambios intracampo e intercampo se resuelven por el rol que pueda jugar el Estado en tanto “poder, por encima de los poderes” (Bourdieu 2012, 311). Los asalariados rurales se encuentran desposeídos de capital social y, por lo mismo, en peores condiciones para ejercer presión sobre los cambios necesarios en el capital económico que les permitan mejorar su situación en el subcampo del mercado de trabajo. Por eso es vital el papel regulador del Estado que puede inducir cambios en este campo social.

El último elemento de desincronización entre *habitus* y campo no solo puede generar cambios en el campo sino incluso una crisis en este. Según Bourdieu y Wacquant (2005, 188), la relación entre *habitus* y campo tiene dos dimensiones: de “condicionamiento”, en la medida en que “el campo estructura al *habitus*”, o de “construcción cognitiva”, lo que significa que el *habitus* ayuda a constituir el campo. La primera, dice el sociólogo, modela y precede a la segunda. Cuando esto sucede, indudablemente hay sincronización entre *habitus* y campo. Los actores nadan como pez en el agua en el campo social determinado. Pero puede ocurrir que haya desajustes entre *habitus* y campo, situación que puede conducir a crisis y afectar al modo de dominación en un campo.

En este estudio se ha mencionado que la adopción del estatus de asalariado implica un cambio de *habitus*, especialmente para las generaciones más adultas, que tienen dificultad en cambiar sus prácticas sociales, cul-

turales y económicas vinculadas al trabajo en la hacienda o en la parcela propia. En este caso, el *habitus* no ayuda mucho a la conformación del campo, a pesar de que en la realidad están inmersos en un proceso de aprendizaje cotidiano de las reglas del juego capitalista. Si se quiere, es todavía un campo en construcción, donde los asalariados rurales no han adoptado completamente el *habitus* y generan ciertas tensiones en él. De todas formas, si se mira cómo funciona el mercado de trabajo, hay notables cambios en el *habitus* de estos trabajadores, que finalmente terminarán aceptando las reglas establecidas en este subcampo dominado por la lógica capitalista. Así, por ejemplo, para conseguir empleo en las empresas florícolas y de brócoli, si bien todavía acuden a las relaciones de parentesco, cada vez más van directamente a las empresas, es decir, al lugar de trabajo. Además de la cercanía de las empresas a los hogares de los trabajadores, hay un ‘aprendizaje’ de cómo proceder para ser contratado que se diferencia bastante de las reglas anteriores, donde todavía eran importantes las redes familiares o de parentesco.

Se ha utilizado este razonamiento para señalar las limitaciones de un análisis del mercado de trabajo rural que utilice solo la ‘*doxa* económica’ basada en el comportamiento racional de los actores. Este análisis muestra la complejidad del funcionamiento de dicho mercado si se consideran los conceptos de *habitus* y de campo social, que esclarecen toda una dinámica social escondida en el campo económico. Como lo señala Bourdieu (2000, 13):

El mundo social está enteramente presente en cada acción económica, hay que armarse de instrumentos de conocimiento que, lejos de poner entre paréntesis la multidimensionalidad y la multifuncionalidad de las prácticas, permiten construir modelos históricos capaces de explicar con rigor y parsimonia las acciones y las instituciones económicas tal cual se dan en la observación empírica.

Capítulo 6

Minifundios al margen o territorio semiproletarizado

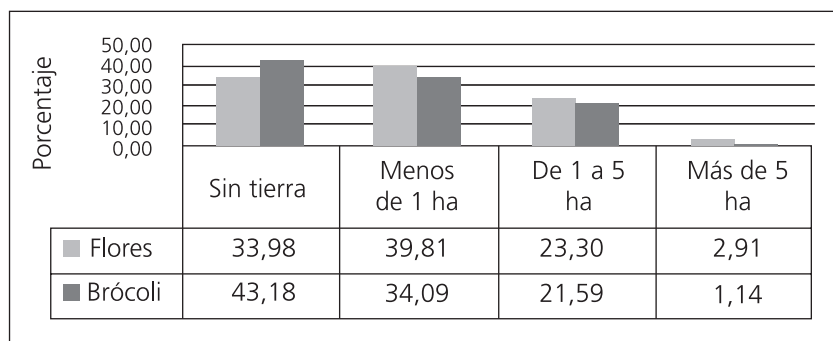
En las comunidades vecinas de las empresas de flores y brócoli, la escasez de tierra es el denominador común. Esta situación no es nueva, pues el patrón de concentración no ha experimentado mayores modificaciones desde la época de la hacienda tradicional. La mayoría de las familias investigadas no tiene tierra o tiene muy poca, mientras sus miembros conforman un estrato de asalariados rurales cuya supervivencia depende del trabajo en las empresas de flores y de brócoli. Las familias que disponen de parcelas pequeñas, debido a que difícilmente pueden implementar estrategias campesinas con los escasos recursos de los que disponen, pueden ser caracterizadas como ‘semiproletarias’. La figura elaborada por Lenin (1974, 185) para el caso ruso, de “campesinos con nadiel”, se aplicaría perfectamente al caso de las familias analizadas en este estudio.¹ En estas condiciones, la parcela solo puede servir como ancla territorial que permite a los trabajadores vivir cerca de las empresas y, de paso, ahorrar costos de transacción, pues de otra forma estas tendrían que buscar la mano de obra en poblaciones más distantes.

No obstante, el hecho de que el 66 % de las familias de trabajadores de las flores, y el 57 % de las de brócoli dispongan de miniparcelas indica que todavía no se ha cristalizado la figura de un trabajador ‘libre’, en la acepción marxista del concepto, es decir, que se encuentre completamente desligado de la tierra

¹ Según Lenin (1974, 185): “El otro tipo nuevo es el proletariado rural, la clase de los obreros asalariados con nadiel. Entran aquí los campesinos pobres, incluidos los que carecen de tierra en absoluto, pero los representantes más típicos del proletariado rural ruso son el bracero, el jornalero, el peón, el obrero de la construcción o de otra clase, con nadiel.”

o de medios de producción para que pueda participar sin trabas en el mercado de trabajo (Marx 1977, 205). Esta situación puede causar ciertas turbulencias en el funcionamiento del mercado de trabajo, pero no es un obstáculo para la vinculación salarial, dado que la parcela no puede absorber la mano de obra excedentaria. El término turbulencia se refiere a que el control que se ejerce sobre la fuerza de trabajo, en situaciones donde esta todavía conserva un vínculo con algún medio de producción, escapa con frecuencia a la lógica del trabajo capitalista (puntualidad, ausencias injustificadas, permisos, etc.).²

Gráfico 9. Disponibilidad de tierra en las familias

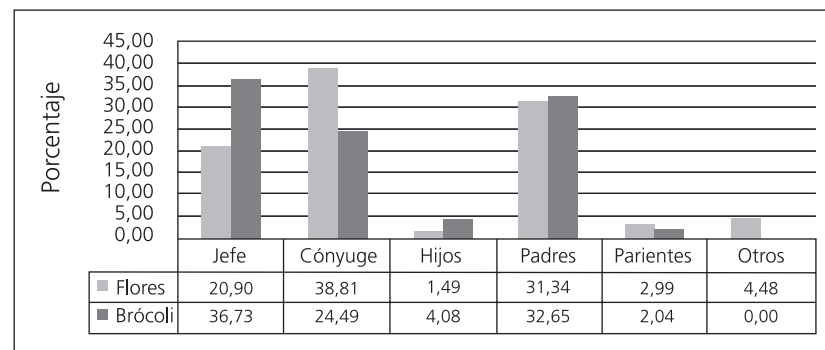


Fuente: encuesta a trabajadores de flores y brócoli 2012.

Si se suman los datos de las familias sin tierra y de las familias con menos de 1 hectárea (gráfico 9), en el caso de las flores el porcentaje llegaría al 73,8 %, mientras en el del brócoli al 77,3 %. La escasez de tierra es, entonces, una condición estructural entre las familias de trabajadores vinculados al agronegocio, lo que empuja a sus miembros activos hacia una situación de proletarización generalizada. Un indicador que permite confirmar si todavía es importante la parcela en la lógica de reproducción de dichas familias es el nivel de participación de sus miembros en las actividades productivas agropecuarias (gráfico 10).

2 En el caso más restringido de las mujeres asalariadas del brócoli que pertenecen a familias que disponen de tierra y ubicadas en comunidades indígenas en la zona de Pujilí, la vinculación salarial de carácter ocasional se da por cortas temporadas, una vez que se terminan las actividades de cosecha, siembra y deshierre (María, jornalera de Yacubamba, Pujilí, entrevista en marzo de 2012).

Gráfico 10. Participación de los miembros de la familia en la parcela



Fuente: encuesta a trabajadores de flores y brócoli 2012.

Los miembros familiares que más participan en el trabajo parcelario son los padres y cónyuges, en el caso de las flores, y los padres y jefes de hogar, en el caso del brócoli. Los hijos, como era de esperarse, se dedican al trabajo asalariado y colaboran solo ocasionalmente en las actividades agropecuarias de la parcela. Una opinión sobre lo que sucede en la parroquia florícola Alaquez confirma, claramente, esta situación y muestra cómo en estos hogares campesinos el dinero que proviene del trabajado en las florícolas ha reemplazado a las formas de solidaridad doméstica:

No muchas veces ayudan, como dicen las mamás, ellos se acostumbraron a tener dinero y por eso es difícil que ayuden en la casa. La madre de familia decía: antes mi hijo me ayudaba a cortar la hierba para los animales como cuyes, cerdos, conejos. Ahora que trabaja en la florícola ya no quiere cortar hierba, ya no quiere ayudar porque él ya viene trabajando y le da dinero para la casa y no tienen por qué cortar hierba y mucho menos cuidar las vacas (G.G., entrevista en Alaquez, 17 de diciembre de 2012).

El mayor porcentaje de jefes de hogar dedicados a la parcela entre trabajadores del brócoli se explica por la presencia de madres solteras en las unidades familiares. De hecho, esta situación se ajusta a una realidad ineludible —la escasez de tierra—, que solo permite el trabajo de lo que Tepicht denominaba

la “fuerza de trabajo marginal” de la familia (1973), compuesta por mujeres y personas de edad avanzada, lo que muestra una situación generalizada de “desestructuración” de las unidades campesinas (Rubio 2008, 55).

El patrón productivo de las unidades familiares que tienen algo de tierra se concentra en la producción de papa, maíz y el cultivo de pastos para la pequeña ganadería de leche, en especial en aquellos minifundios que sí cuentan con regadío. La mayoría de la producción agrícola se orienta al autoconsumo, excepto la producción de leche destinada mayoritariamente a la venta. En la medida en que las familias tienen dificultades en canalizar la mano de obra principal al cultivo de su parcela, se produce una división generacional del trabajo: los jóvenes se vinculan a la agroindustria, mientras las actividades agrícolas tradicionales quedan en manos de los viejos y mujeres, situación bastante generalizada en las áreas minifundistas de la Sierra.³

Las observaciones planteadas por un dirigente de Guaytacama confirman las dificultades que tienen las familias para cultivar sus parcelas:

Las empresas de brócoli y las florícolas acaparan la mayor parte de la mano de obra de los habitantes, ya el horario de trabajo no les permite, salen de la casa a las 6 de la mañana hasta las 7 de la noche que regresan, por eso no quieren o no tienen tiempo de cultivar la tierra y la abandonan.

La gente termina la escuela, el colegio, de unos 18 a 25 años están en sus trabajos pero la gente mayor continúa con su labor del campo, la generación nueva está dedicada a su trabajo. Sí son explotados, trabajar 10, 11 horas diarias y trabajar de domingo a domingo hace que solo la gente mayor se dedique a las labores del campo para tener sus pastizales para darle al ganado, de esta forma sacar la leche para entregar a las pequeñas microempresas. La generación nueva está dedicada a su trabajo y la generación que está por cumplir su ciclo de vida se dedica más al campo (C.I., entrevista en Guaytacama, 29 de septiembre de 2012).

Las unidades familiares que disponen de ganado son minoritarias. Es interesante señalar que las que tienen menos de una hectárea son las que en mayor proporción implementan esta minigadería orientada a la produc-

3 El rol de la parcela familiar es central en el modelo de explotación de la mano de obra por parte de los agronegocios, pues esto permite “completar el salario” con productos de autoconsumo y de esta manera mantener los salarios bajos (Rubio 2008, 44).

ción de leche, lo que da una idea del restringido volumen de producción por unidad. De todas formas, la leche se convierte en una mercancía valiosa para las familias, una pequeña pero importante fuente de ingresos monetarios. No está de más mencionar que esta es una de las tendencias privilegiadas entre el campesinado minifundista de la Sierra ecuatoriana dentro de estrategias pluriactivas de obtención de ingresos. Según la opinión de un dirigente de la zona florícola:

En José Guango y Mulaló casi todos tienen una vaquita. Venden la leche a los ‘piqueros’ que llaman aquí a los intermediarios o a veces a los mismos queseros. Los queseros tienen una asociación y ellos fijan el precio de compra. Están vendiendo a 33 o 34 centavos. Hay por lo menos 15 queserías personales, algunas hacen quesos y yogur, otras solo quesos. Aún es rentable la ganadería (G.I., entrevista en José Guango Bajo, 17 diciembre de 2012).

Se puede concluir que la escasez de tierra es el elemento clave que explica la actual configuración productiva de este territorio y, al mismo tiempo, lo que facilita la incorporación de la mano de obra excedentaria en las agroindustrias. Con poca tierra y la principal mano de obra vinculada a las empresas de flores y brócoli, muy difícilmente se puede pensar en una economía campesina viable. No existen las condiciones estructurales para ello, por más que se busque imaginar un escenario favorable desde la lógica de los actores sociales, desde los sistemas de producción y desde el territorio (Long 1994; Van der Ploeg 2010). La presencia de las empresas de flores y brócoli simplemente desestructuró el territorio que tenía una lógica anterior basada en la hacienda o en aquellos espacios que escaparon a este modelo, en la pequeña propiedad campesina.

En el momento actual, ser campesino en este territorio es bastante diferente de lo que podría haber sido en la época de la hacienda o después de la reforma agraria de 1964. Uno de los aspectos poco analizados es la flexibilidad del sistema de dominación hacendatario, que dejaba un margen de maniobra a los campesinos ubicados dentro y fuera de la hacienda. Los trabajos de Andrés Guerrero (1991) lo confirman para el caso ecuatoriano, en el contexto de un sistema de dominación que, a pesar de la explotación, no significaba una ruptura drástica con los patrones tradicionales del campesinado

andino. El huasipungo⁴ era un espacio productivo en el que el campesino y su familia tenían un cierto margen de libertad para organizar su trabajo y definir los ritmos espacio-temporales con la tierra. Si bien existían restricciones al uso del espacio hacendatario, los campesinos todavía disponían de la “libertad de organizar su trabajo y de definir el ritmo con un sentimiento de familiaridad que une el campesino a su tierra” (Bourdieu 2008, 189).

La situación cambia completamente cuando las decisiones vienen marcadas desde fuera, en el caso analizado, desde las empresas de flores y brócoli. Como lo menciona Bourdieu (2008, 189): “Cuando la actividad agrícola se deja sujetar a los ritmos ordenados desde el exterior, es la negación misma de la agricultura de antes.” Muy difícilmente se puede calificar a las familias investigadas como familias campesinas. Ser campesino, señala Bourdieu (2008, 189), es ser “dueño de su tierra, así que dueño de sus relaciones con la tierra, es decir, libre de arreglar las condiciones de su actividad, de definir el momento y la oportunidad y, entre otras cosas, de decidir sobre todos los desplazamientos, su duración o su itinerario.” En este territorio el rol de dueño es meramente formal, indica que el campesino es propietario de su pequeña parcela, pero nada más. Su actividad productiva, la división del trabajo, la movilidad de la mano de obra familiar e incluso la orientación del consumo están definidas desde afuera, desde las empresas agroindustriales. Se puede concluir que el territorio de las flores y del brócoli está modulado por el capitalismo agroindustrial que ha creado una profunda transformación, en la cual los campesinos han dejado de ser campesinos sin siquiera haberse dado cuenta de ello.

Este fenómeno de instalación de empresas en los mismos territorios de los campesinos debe ser analizado en una doble dimensión: como una consecuencia de la valorización del capital externo sobre la agricultura y como una segmentación del espacio tradicionalmente manejado por las anteriores haciendas. El primer aspecto se relaciona con el proceso de globalización de la agricultura, que para el caso del territorio analizado tiene al menos dos dimensiones: la entrada de capital externo al territorio y la salida de los productos destinados al mercado mundial. La tierra y la fuerza de trabajo

4 Parcela de terreno cedida por el dueño de la hacienda a cambio de varios días de trabajo sin pago en el latifundio.

son locales, mientras parte del territorio ha sido reorientado también hacia una lógica externa. La segmentación territorial es un proceso que muestra una ruptura del *continuum* hacienda-comunidad que antes existía en estos territorios y que ahora se manifiesta en la relación empresa-trabajo asalariado. Una consecuencia directa de esta ruptura es que pierde protagonismo la comunidad y adquiere importancia la relación individual-familiar con el mercado de trabajo. Las estrategias se tornan más individuales una vez que ya se ha consolidado un mercado de trabajo donde la comunidad cuenta poco, se instalan las relaciones capitalistas y pierden piso las relaciones tradicionales de reciprocidad y solidaridad que, de una manera metamorfoseada, todavía funcionaban en la fase de la hacienda.⁵

De acuerdo con el razonamiento de Polanyi (2000), en este territorio se puede observar una “tardía modernización”, lo cual implica que el eje de la reproducción de las familias (tengan tierra o no) pase por el mercado de trabajo. Las implicaciones que señala Polanyi del funcionamiento del mercado de trabajo no solo pueden aplicarse al deterioro de las relaciones de reciprocidad y solidaridad, sino también a lo que se ha mencionado como ruptura o segmentación del espacio territorial entre empresas capitalistas y unidades domésticas semiproletarizadas. Las segundas ya no tienen autonomía en su proceso de reproducción, pues dependen de los ingresos obtenidos por los miembros familiares a través del trabajo asalariado. El mercado ha irrumpido en el seno de estas familias y ha convertido a la mano de obra en una mercancía aprovechada en las mejores condiciones por las empresas capitalistas de flores y de brócoli.

Si bien esta transformación empezó con la ruptura del sistema de hacienda al cual se acoplaban las economías campesinas locales a mediados de los años sesenta, ha terminado de cristalizarse, hacia el final del siglo XX, en el trabajo asalariado a través del cual estas se vinculan con las empresas presentes en el territorio. La única relación entre las familias campesinas y las empresas es el salario que reciben tanto las mujeres como los hombres trabajadores, pues ya no existe la relación personalizada que algunos toda-

5 La opinión positiva de personas de más edad sobre el ‘buen trato’ que tenían en las haciendas lecheras es un indicador de que entre trabajadores y hacendados existían este tipo de relaciones (Grupo focal, entrevista el 8 de julio de 2012).

vía añoran de la época de hacienda, tal como lo manifiestan en las siguientes opiniones: “Yo trabajaba en la hacienda grande con unos patrones que no nos trataban mal, con unos mayordomos que no eran groseros. Desde guagüita trabajaba, tenía 8 años y lo hacía con mi mamá, trabajaba bien y era tranquilo” (Blanca, entrevista en Latacunga, 8 de julio de 2012). “Eran los patrones y mayordomos buenos, se trabajaba de 8 de la mañana a 4 de la tarde, de lunes a viernes. Se podía hacer cosas en la casa cuando una llegaba. Los sábados y domingos nos quedábamos en casa trabajando los cultivos” (Carmen, entrevista en Latacunga, 8 de julio de 2012).

Todavía entre las personas adultas de la zona baja, que de alguna manera tuvieron trabajo en las haciendas, existe esta visión en cierto sentido idílica del mundo perdido de la hacienda. Esta esconde una forma específica de dominación simbólica, que para ejercerse necesitaba de relaciones de paternalismo, incluso de reciprocidad desigual en un contexto en que las relaciones capital-trabajo no eran las predominantes y no existía un verdadero mercado de trabajo. Bourdieu (2011, 63) en su análisis sobre las estrategias de reproducción en las sociedades campesinas, señala: “La dominación no puede ejercerse sino bajo su forma elemental, es decir de persona a persona, no puede realizarse manifiestamente y debe disimularse bajo el velo de las relaciones encantadas cuyo modelo oficial proporcionan las relaciones entre parientes; en definitiva, hacerse desconocer para hacerse reconocer.” La situación actual, en cambio, implica relaciones impersonales, horarios fijos, salarios pagados a través de un banco, relaciones con los supervisores y nunca con el dueño de la empresa, lo que indica que la dominación simbólica se ejerce ahora a través del mercado y del dinero.

No obstante, si bien este proceso está muy avanzado, no ha logrado desenraizar completamente a la mano de obra de su territorio. Las familias todavía están ancladas, aunque débilmente, en el territorio, lo que podría facilitar la recreación de vínculos de solidaridad entre ellas. Esta situación puede mirarse en una doble perspectiva: como una estrategia de las familias de estos productores o como una estrategia de las empresas para no mercantilizar completamente a las familias, y de esta manera aprovechar la formación de estos bolsones de mano de obra a relativamente bajo costo y no volatilizar esta valiosa mercancía.

Anula y Díaz (1997, 11) refiriéndose al caso andaluz y retomando los planteamientos de Polanyi, hablan sobre “la necesidad de que existan ámbitos sociales no mercantilizados para poder superar la destrucción de los lazos de solidaridad que supone el emergente sistema industrial que pone en peligro la reproducción social, es decir la supervivencia del pueblo.” Si bien estos autores plantean que esta es una labor del Estado del bienestar, en el caso de estudio no se constata esta política; más bien parece que es asumida por las empresas capitalistas a través de guarderías, escuelas y otros beneficios laborales. Esto indica que las familias de los trabajadores no estarían enraizadas organizativamente en las comunidades que, como se analizará más adelante, no conforman ni productiva ni organizativamente el eje de la reproducción de las familias de los trabajadores.

De todas formas es preciso resaltar que la proletarización femenina es un rasgo bastante generalizado en las empresas de flores y de brócoli, pero que no ha sido objeto de planteamientos de políticas públicas si se consideran los efectos que tiene en los hogares, tanto desde el punto de vista productivo como desde una perspectiva social y cultural. La incorporación femenina en la fuerza de trabajo local, en el caso de familias pequeñas, no solo socava la viabilidad de la agricultura familiar en pequeña escala, sino que genera otras expectativas entre las jóvenes, cada vez más alejadas del paradigma tradicional campesino, y problemas que afectan al cuidado de niños y de ancianos.

La alta valorización del trabajo asalariado como fuente de ingresos genera prácticas individuales orientadas más al consumo que al ahorro. Se producen cambios en las estrategias de reproducción al perder importancia los sistemas de cohesión social tradicionales, tanto dentro como fuera de la familia. La presencia importante de madres solteras entre las trabajadoras asalariadas requiere sin duda de políticas sociales tendientes a la protección de niños y niñas, ya sea en el lugar de trabajo o en la comunidad. Todos estos cambios inducen a la necesidad de repensar el nuevo rol que cumple la familia rural en estos territorios.

Capítulo 7

El consumo, una manifestación del proceso de desterritorialización

Uno de los planteamientos teóricos sobre el funcionamiento de la actual sociedad globalizada es la pérdida de centralidad del trabajo y el nuevo rol que empieza a tener el consumo como eje de las relaciones sociales. Según Bauman (2003,139), “los integrantes de la sociedad contemporánea son, ante todo, consumidores; solo en forma parcial y secundaria son también productores.” En este mismo sentido, el autor señala que “los pobres son ante todo ‘no consumidores’, ya no ‘desempleados’. Se los define, en primer lugar, como consumidores expulsados del mercado, puesto que el deber social más importante que no cumplen es el de ser compradores activos y eficaces de los bienes y servicios que el mercado les ofrece” (Bauman 2003, 140).

Este tema, que en apariencia tiene una dimensión más urbana que rural y que afecta principalmente a la población joven, también presenta implicaciones en el área estudiada, sobre todo porque la gran mayoría de asalariados de las flores y del brócoli son jóvenes que reciben un ingreso; pueden, de esta forma, pasar de ser “consumidores frustrados”, tal como lo señala Bauman, a ser consumidores normales o, por qué no, consumidores compulsivos. El hecho es que para esta población rural disponer de un salario constante significa un cambio importante en su relación con el mercado y también con las instituciones intermediarias como bancos, casas comerciales, etc.

Lo novedoso no es que la juventud consume más sino que este consumo tenga muy poco que ver con el campo, la parcela y la agricultura. Esta tendencia es completamente explicable si se considera que, a mediano o largo plazo, no existe alternativa económica en la pequeña agricultura y,

por lo mismo, para las jóvenes generaciones el único horizonte es el trabajo asalariado. Ahora bien, la disponibilidad de un salario permanente a lo largo del año genera comportamientos de consumo similares a los de jóvenes trabajadores urbanos: compran en los supermercados, adquieren artículos de consumo no durable, buscan mercancías de prestigio, de marca y de moda. Existe, así, un nuevo valor simbólico de los bienes de consumo durable entre la población de esta zona. De hecho, el consumo de estos bienes significa un incremento del prestigio social, la búsqueda de signos de reconocimiento social y un acercamiento al patrón de consumo de las clases medias urbanas (Trigilia 2002, 124).¹ Desde esta perspectiva, “las prácticas de consumo son a la vez la manifestación y el instrumento de estrategias de posicionamiento social” (Dufy y Weber 2007, 59), especialmente de jóvenes asalariados rurales que asumen un comportamiento social diferenciado frente a las viejas generaciones o a la población rural más tradicional.

En todo caso, la pregunta pertinente es si este tipo de consumo tiene algo que ver con el territorio o, al contrario, es la manifestación de un proceso de desterritorialización y de divorcio entre la lógica productiva. Esta lógica se encuentra ahora en manos de los agronegocios y las prácticas económicas y sociales de los asalariados, orientadas hacia el exterior del espacio productivo familiar. Los datos que se presentan en el gráfico 11 confirman esta última apreciación.

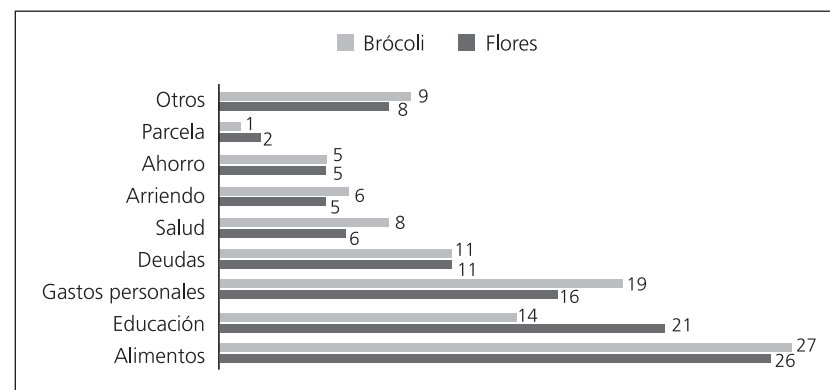
Las cifras indican la importancia asignada al gasto en alimentación,² lo que significa que estas familias dependen del salario para la satisfacción de sus necesidades básicas, pues la producción destinada al autoconsumo no cubriría los requerimientos alimentarios necesarios. El segundo rubro es la educación, mucho más importante en el área florícola que en la de brócoli. Pero lo más impactante es constatar que estas familias invierten muy poco en la parcela o en la agricultura, en otras palabras, no hay rastro de un consumo productivo.

1 Este tema sin duda reclama una investigación más detallada sobre el impacto del consumo en el medio rural, considerando la influencia no solo de la publicidad sino de la construcción de nuevos estilos de vida generados por los cambios estructurales que se han dado en el mercado de trabajo, en la familia y en la comunidad.

2 Según Hirschman (1983, 57), los alimentos constituyen un “bien no durable” que desaparece en el proceso de consumo, pero son importantes por “la estabilidad de los placeres que aseguran y su resistencia a la decepción.”

En cambio, es importante el rubro en gastos personales (celulares, electrodomésticos, motocicletas, etc.), que pueden ser considerados bienes durables en sentido amplio. Esta tendencia se relaciona con el pago de deudas, que también es un rubro considerable en estas familias. No hay que olvidar que en este momento los territorios supuestamente pobres de los campesinos son objeto de una agresiva campaña de publicidad por parte de casas comerciales, que han descubierto este nicho rural y que inducen a los trabajadores a consumir bajo sistemas flexibles de endeudamiento (uso de tarjetas de crédito, tarjetas de consumo en supermercados, créditos personales, etc.).

Gráfico 11. Destino del salario del último mes (porcentajes)



Fuente: encuesta a trabajadores de flores y brócoli 2012.

Se trata, efectivamente, de una población asalariada que atrae al capital comercial e incluso al financiero. Las grandes casas comerciales del país ya han instalado almacenes en los pueblos cercanos a las empresas y frecuentemente circulan sus agentes, que ofrecen las ‘gangas’ en las empresas o en los pueblos cercanos. No hay que olvidar tampoco que la electrificación rural favorece la penetración de la publicidad a través de la presencia masiva de la televisión en los hogares. El hecho es que existe un poder de compra en el medio rural que no puede ser despreciado ni por las casas comerciales ni por el capital financiero. En una entrevista realizada en esta zona, un informante señalaba que la juventud

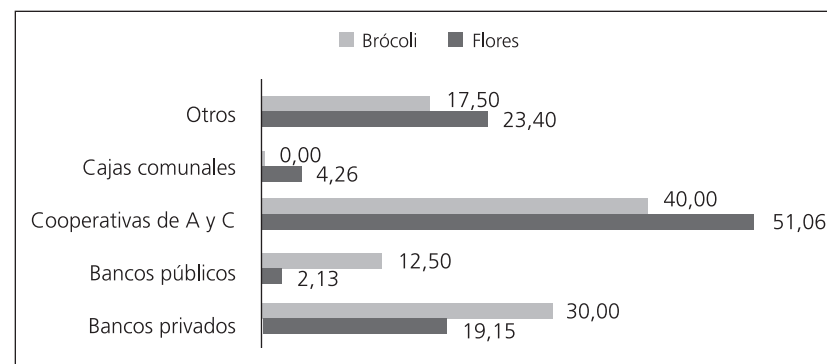
gastan en atenderse, comprar ropa y para sobrevivir. Lo de las motos creo que es porque ha habido un mejoramiento de las condiciones de vida. Cuando empezaron las plantaciones había un río de bicicletas y ahora en cambio son las motos y uno que otro ya empieza a tener su carrito. Para cambiarme de bicicleta a moto es que ya puedo pagar y es porque suben de rango en las florícolas y ahora son supervisores y tienen mayor sueldo (G.I., entrevista en José Guango Bajo, 17 diciembre de 2012).

En cuanto al endeudamiento, son varios los agentes financieros que otorgan préstamos, pero sobresalen las cooperativas de ahorro y crédito, los bancos privados y otros (entre los cuales se puede mencionar a familiares, parientes y seguramente agiotistas que todavía existen en el medio rural). Si bien solo el 48,5 % de las familias de asalariados de flores y el 45,5 % de los asalariados de brócoli recibió un préstamo, esto demuestra que el medio rural es un espacio económico importante para la valorización del capital financiero.

La presencia en el medio rural de las cooperativas de ahorro y crédito (gráfico 12) es un fenómeno interesante y novedoso que obedece no solo a una demanda de sectores no atendidos por el sistema formal (campesinos, indígenas, pequeños productores, etc.), sino que además han desarrollado nuevas estrategias de captación de estos clientes a través de variadas estrategias: utilización de nombres en quichua, agentes financieros que hablan ese idioma, facilidades para otorgar el préstamo y modalidades de pago, que tienen mucho que ver con prácticas de reciprocidad y confianza utilizadas entre la población rural y que no corresponden estrictamente a los parámetros utilitaristas del capital financiero formal. Acudir a una cooperativa es más fácil que recurrir a un banco formal, donde un asalariado tiene que llenar formularios y papeles que implican procedimientos de un calculador racional. Este es un tema que merece ser profundizado en futuras investigaciones y que también rompe con los mitos de que el crédito y los préstamos están fuera del alcance de campesinos y asalariados rurales.³

3 Según datos de la Superintendencia de Economía Popular y Solidaria (SEPS), las cooperativas de ahorro y crédito más pequeñas se concentran en las provincias de la Sierra centro (Tungurahua, Bolívar, Cotopaxi y Chimborazo), con más de 12 organizaciones por cada cien mil habitantes. (2013, 19).

Gráfico 12. Instituciones que otorgan préstamos (porcentajes)



Fuente: Encuesta a trabajadores de flores y brócoli 2012.

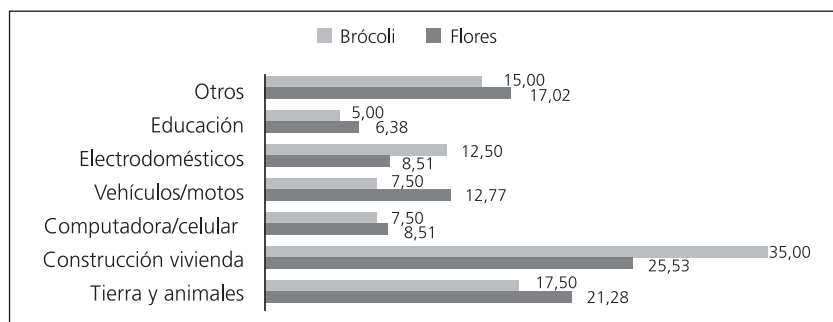
En relación con el destino de los préstamos recibidos por trabajadores y sus familias (gráfico 13), si se agrupan los datos correspondientes a vehículos, computadores y electrodomésticos, un 30 % de familias en el área florícola y un 28 % en el brócoli privilegian el uso de los préstamos para adquirir bienes durables, un indicador de la clara vinculación con el mundo del consumo moderno. En segundo lugar se encuentran la construcción y el mejoramiento de viviendas. Solo en tercer lugar aparecen las inversiones en la parcela campesina a través de tierra y especialmente en animales. La inversión en vivienda se relaciona con el proceso de conformación de espacios periurbanos y la transformación de las comunidades y pequeños asentamientos cercanos a las empresas agroindustriales, un fenómeno también nuevo que requiere una mayor investigación. Si se recorre estas comunidades se observa, fácilmente, el cambio en el modelo y materiales de construcción de la vivienda, proceso que está vinculado a una embrionaria urbanización rural.⁴

Respecto a las actividades productivas es más factible conseguir préstamos para comprar, en pequeña escala, ganado para obtener leche, que todavía es una actividad muy valorada en las parcelas que disponen de tierra. No obstante, es muy difícil comprar tierra, dado que los precios por

4 Guaytacama, un pequeño pueblo rural cercano a la ciudad de Latacunga, es un ejemplo de esta tendencia, donde el proceso de 'rururbanización' ha transformado drásticamente el hábitat tradicional.

hectárea se han disparado desde que aparecieron las empresas de flores y de brócoli en este territorio.⁵ Esta tendencia ya mencionada por Gasselin (2001, 65), para el territorio florícola de Pichincha en la década de los noventa, y que “no deja ningún medio a la agricultura campesina para resistir a la sed de tierras”, actualmente se replica en el territorio estudiado. En conclusión, si bien se constata un fuerte componente de consumo individualista impulsado desde fuera y que atrae a la población asalariada más joven del territorio, todavía está presente un patrón de consumo que privilegia la satisfacción de las necesidades básicas (alimentación, educación, vivienda) de la familia.

Gráfico 13. Destino del préstamo (porcentajes)



Fuente: encuesta a trabajadores de flores y de brócoli, Cotopaxi 2012.

Por el momento, no existen posibilidades de reconstrucción del territorio campesino, principalmente por tres razones: a) el precio de la tierra es prohibitivo para las familias y la tierra se encuentra monopolizada por las grandes empresas agropecuarias; b) existe entre la población de jóvenes asalariados una visión favorable al trabajo asalariado y hacia afuera de la unidad doméstica, y c) las empresas comerciales y el capital financiero ejer-

5 “El precio de la tierra es alto, un lote de 500 metros está entre 5 mil y 6 mil dólares” (G.I., entrevista en José Guango Bajo, 17 diciembre de 2012). Según otro informante: “El precio de la tierra se ha incrementado progresivamente y ha pasado de un valor de 8 mil dólares la hectárea a 20 mil dólares en la actualidad” (J.V.G., entrevista en Alaquez, 17 de diciembre de 2012).

cen presión a nivel local para inducir el consumo y endeudamiento a las familias de los trabajadores.

Si se retoma el razonamiento de Bourdieu (2000) sobre la formación de un nuevo campo económico en este territorio, se tendría un elemento central conformado por las empresas florícolas, su equipo técnico-administrativo y los trabajadores asalariados. Estos ocupan un lugar predominante que reemplaza al que anteriormente ocupaban las haciendas lecheras. Este núcleo duro capitalista se relaciona hacia afuera tanto por el origen del capital como por la producción para el mercado externo, mientras que la economía campesina ha pasado a representar un rol externo-marginal, que solo abastece de mano de obra barata a las empresas. Si bien la mano de obra proviene de las unidades domésticas, ha empezado un proceso de conversión (Bourdieu 2003) a la lógica económica, social y cultural capitalista y un desarraigo en relación con la economía campesina y el mismo territorio. De este modo, se asiste a un proceso estructural de desenraizamiento de la mano de obra y, por lo mismo, de desterritorialización, en la medida en que se ha impuesto un nuevo campo económico que proviene de afuera y actúa hacia afuera.

Por último, el patrón de consumo que predomina entre los asalariados más jóvenes es también un indicador del proceso de conversión cultural consolidado en este segmento de la población, que vive cotidianamente un mundo donde la economía “pretende convertirse en el principio de todas las prácticas y de todos los intercambios, inclusive en el seno de la familia” (Bourdieu 2003, 84).⁶

6 No obstante, queda por investigar si la adquisición de bienes durables puede significar también otras lógicas familiares relacionadas con el ahorro, las posibilidades de implementar pequeños negocios o, simplemente, buscar la reducción del tiempo de trabajo de las mujeres.

Capítulo 8

Los débiles niveles de organización de hombres y mujeres trabajadores

Una de las desventajas de los asalariados rurales a escala nacional y local es su bajo nivel organizativo. No solo se trata de una organización débil en el lugar de producción, es decir en las empresas, sino también en los lugares de reproducción social, esto es en las comunidades y familias. La debilidad en la esfera de reproducción social familiar y comunal incide, sin duda, en la esfera del trabajo, dada la actual situación de proletarización generalizada.

El nivel de organización en el trabajo

Existen notables diferencias en la organización del trabajo, quienes laboran en flores y quienes lo hacen brócoli. Así, en el caso de las flores, el 91,2 % de los trabajadores asalariados no pertenecen a organización, asociación o sindicato alguno. Esto muestra un rasgo de la flexibilidad laboral en la medida en que la vinculación con el capital por parte de la fuerza de trabajo es estrictamente individual y no colectiva. Cuando se les preguntó por los motivos de este bajo nivel organizativo, las respuestas mayoritarias giraban en torno a que no conocen o no saben cómo organizarse, a que existe falta de unión y a la prohibición de la empresa.

Efectivamente, se evidencia una clara manifestación de lo que Bourdieu (1998, 4) denomina “individualización de la relación salarial”, en tanto manifestación del predominio de una relación atomística del trabajo

con el capital. La “individualización extrema de la relación salarial” es la consecuencia de la falta de organización sindical, tal como lo mencionan Calvacanti y Mota (2003, 254) para el caso de Brasil. En las entrevistas realizadas se evidencia que también existe cierto temor a organizarse:

En las plantaciones no se escucha eso de sindicatos o asociaciones de trabajadores. Ahora donde está la fábrica Familia antes era Tecnopapel y ahí armaron un sindicato, hubo una huelga y les botaron. Es el espejo que ellos (trabajadores de flores) ven, a ellos nadie les da trabajo, eso quedó de lección para que no se armen sindicatos, porque temen perder el trabajo. Los dirigentes del sindicato son los que fueron estigmatizados y no volvieron a conseguir trabajo, uno de ellos es vecino y ninguna de las empresas le dio trabajo (G.I., entrevista en José Guango Bajo, 17 de diciembre de 2012).

En entrevista a otra trabajadora, ella opina lo siguiente:

- ¿Ustedes conocen que la ley sí les permite tener asociación de trabajadores?
- No sé, aquí nunca ha habido. Una vez una chica que trabajó decía que sí. Llegó a saber el dueño y la mandó fuera.
- ¿Qué decía la chica?
- Paremos, porque no nos paga. Justo vino uno de los dueños y la chica estaba parada en una de las gradas así comentando y el dueño subió. Le dijo al ingeniero: mándele a esa chica (G.G., entrevista en José Guango Bajo, abril de 2012).

Hay que resaltar que se trata de trabajadores relativamente noveles en el mundo laboral, que no han tenido experiencias anteriores sino a través de formas de trabajo precario en el mercado de la construcción en ciudades como Quito. Por lo tanto, carecen de experiencias organizativas que tampoco abundan en las actividades o empresas ciudadinas. Resolver los problemas en forma individual es también una de las explicaciones de la alta rotación de trabajadores en las empresas de flores, pues, al no existir los elementos de solidaridad colectiva, cada cual pretende solucionar su situación buscando mejores condiciones laborales en otras plantaciones, tal como lo menciona Castel (2004, 60):

Más que oponer formas modernas o formas tradicionales o arcaicas de organización del trabajo, hay que poner más bien el acento en la ambigüedad profunda de este proceso de individualización-descolectivización que atraviesan las configuraciones más diferentes de la organización del trabajo y afectan prácticamente a todas las categorías de operadores.

En el caso del brócoli, sorprendentemente esta situación cambia, pues el 61,4% de personas entrevistadas tienen algún nivel de organización en el lugar de trabajo. Sin embargo, la mayoría se organiza en el Comité de Empresa, creado tanto por Nintanga como por Provefrut para evitar la formación de sindicatos. Estos comités de empresa realizan actividades de carácter social en beneficio de sus trabajadores (guarderías, comedores, servicio de salud, etc.). Quienes no están organizados, que corresponden al 38,6 %, respondieron, en su gran mayoría, que desconocen el derecho a organizarse. Esta respuesta solo puede aplicarse a trabajadores nuevos, pero también puede indicar el temor que tienen para expresarse sobre este tema. Una entrevista realizada a una trabajadora de brócoli resume muy bien esta situación:

Soy honesta, en un principio yo tenía miedo de ser parte del sindicato y estaba indecisa pero una compañera me dijo: “Vea, compañera, estamos haciendo el sindicato, si usted no quiere entrar no le diga a nadie, yo le digo a usted en confianza si quiere entrar sería perfecto”. Repitiéndome nuevamente: “Si usted no quiere conformar el sindicato, mantenga el secreto” (M., entrevista en Guaytacama, 20 de octubre 2012).

En realidad en esta zona existe una pequeña historia de organización de trabajadoras del brócoli que buscaron formar un sindicato para protegerse de los abusos de los supervisores y, sobre todo, para mejorar sus condiciones de salud en el trabajo, tanto en campo como en las procesadoras.¹ En el año 2008, las trabajadoras lograron formar un sindicato que llegó a reunir a 100 personas, de las cuales 75 eran mujeres, pero en 2009 Provefrut organizó el Comité de Empresa para contrarrestar la influencia sindical. Esta

¹ Hay muchas enfermedades ocupacionales que afectan principalmente a las mujeres: lumbalgia, hernia discal y tendinitis, enfermedades reconocidas por la Unidad de Seguridad y Salud de la misma empresa Provefrut S.A.

estrategia patronal, al parecer, ha sido eficiente en un doble sentido: induce a organizarse en el Comité de Empresa a los nuevos trabajadores y genera división en la organización sindical. Muchos trabajadores tienen miedo de organizarse en el sindicato.

Lo notable de esta experiencia organizativa entre trabajadores del brócoli es que surge de una situación de intensificación laboral que afecta al trabajo sobre todo de las mujeres en el corte del brócoli; una iniciativa de género que inmediatamente ha sido bloqueada por la propuesta empresarial que otorga ventajas inmediatas y, sobre todo, estabilidad laboral para sus miembros. En estas condiciones, la iniciativa de las mujeres al parecer no ha logrado generalizarse, pues no ha contado con el apoyo de más trabajadores. En la actualidad solo un pequeño porcentaje de trabajadoras de Provefrut continúa afiliada al sindicato, mientras en las otras empresas predomina la afiliación a la organización empresarial. Un informe elaborado para Provefrut menciona lo siguiente:

La empresa tiene un sindicato que involucra al 28 % de los trabajadores, el cual fue creado el 9 de julio del año 2008, quienes negociaron un contrato colectivo hasta diciembre del 2010; de acuerdo a lo indicado por la Administración este no tiene bases fuertes, por esta razón el 72 % restante de los empleados crearon un Comité de Empresa constituido con beneficios tales como: comisariato, salud y las aportaciones realizadas se devuelven cuando el empleado se retira de la empresa, lo cual se convierte en un ahorro (Humphreys 2010, 22).

El Comité de Empresa en Provefrut sin duda significó un duro golpe para la organización sindical, según lo manifiesta una trabajadora:

En 2008 se formó el sindicato. A raíz de la formación del sindicato, la empresa tuvo que cambiar muchas cosas, pero después de un año, nos bajaron la moral porque ellos formaron el Comité de Empresa Patronal y es ese comité patronal el que tiene la representación de los trabajadores. Como dice el Código de Trabajo, donde está la mayoría tiene derecho a representar a los trabajadores. Eso es porque el comité tiene ahora más miembros, los del sindicato ya no podemos reclamar los derechos de los trabajadores (M., entrevista en Guaytacama, 20 de octubre de 2012).

En las actuales condiciones, el sindicato es una organización 'a la defensiva'. Si bien ha logrado algunos éxitos, como por ejemplo parar el maltrato a trabajadores, se encuentra en una posición de inestabilidad debido al acoso interno realizado por la empresa Provefrut, según lo atestigua la misma trabajadora:

Hay amenazas. Existe gente que quiere entrar al sindicato y les dicen: si entras al sindicato te boto. A los nuevos que ingresan les preguntan si quieren pertenecer al sindicato o al comité y ellos les dicen al comité. Firma, porque si firmas al sindicato al momento que salgas de aquí no puedes encontrar trabajo en ninguna parte (M., entrevista en Guaytacama, 20 de octubre de 2012).

La organización en la comunidad

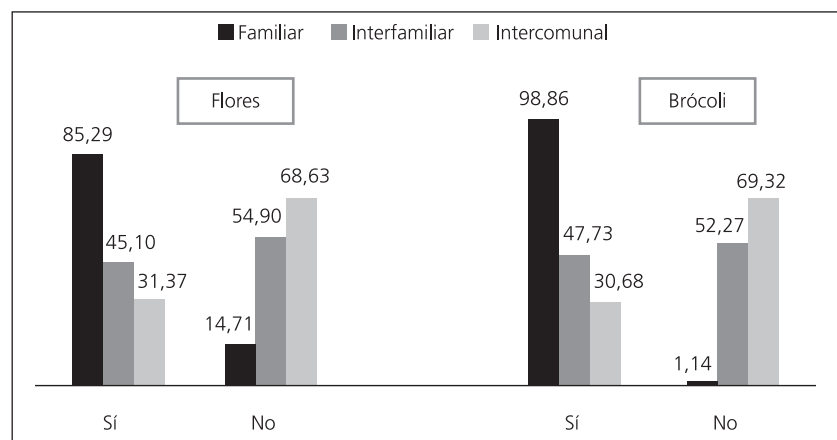
El nivel de participación en organizaciones comunitarias (comité barrial, clubes deportivos, grupos religiosos, etc.) es bajo, pues apenas llega al 38 % del total, en el caso de las flores, y a 41 % en el brócoli; entre estos se encuentran jóvenes de entre 21 y 30 años, que conforman la base de los equipos de fútbol. Las razones esgrimidas por los trabajadores se relacionan sobre todo con la falta de tiempo o a la falta de organización, e indican que, excepto las organizaciones deportivas, no existen otros espacios que motiven a la juventud a participar.

No obstante, existe una fuerte colaboración familiar, lo que permite plantear la presencia de fuertes vínculos de solidaridad intrafamiliar, característica de las comunidades campesinas. No hay que olvidar que la familia es "el lugar principal de la acumulación y de la transmisión" del capital social (Bourdieu 1980, 56). En este microespacio social se concentran las relaciones de reciprocidad y solidaridad intergeneracional que permiten o facilitan la vinculación salarial de jóvenes y madres solteras en las empresas, así como el aporte económico que proviene del trabajo asalariado para la reproducción del grupo doméstico. El nivel más alto de cooperación que se observa entre las familias del brócoli obedece a la mayor presencia de familias indígenas, especialmente en la zona de Pujilí. Se puede decir que en estas últimas existe este capital solidario que, como lo señala Rémi (2007,

182), tiene un doble significado: “jurídico (responsabilidad solidaria) y moral (espíritu de grupo).”

Ahora bien, la colaboración fuerte de la familia se torna cada vez más débil a medida que se expande entre las familias y entre las comunidades (gráfico 14). Retomando el planteamiento de Granovetter (2000), existirían “vínculos fuertes” en el entorno familiar, pero “vínculos débiles” hacia afuera de este núcleo, situación que es coherente con el predominio individualista en la esfera del trabajo. De todas formas, se constata una ampliación de los vínculos sociales, por ahora limitados a lo que Paugam (2012) denomina “vínculos de participación electiva”, que han logrado sobrepasar el marco estrictamente familiar para pasar a un nivel más amplio de socialización.

Gráfico 14. Niveles de cooperación (porcentajes)



Fuente: encuesta a trabajadores florícolas de Cotopaxi 2012.

La cooperación evoluciona en forma negativa desde el círculo familiar, donde predominan los vínculos fuertes hacia los ámbitos comunales, en los cuales estos nexos se debilitan. La cooperación entre comunidades es bastante frágil y la fortaleza se encuentra únicamente en los lazos familiares y de parentesco.² En esta dimensión individualizada del mundo social, las

² La cooperación entre comunidades puede aparecer coyunturalmente para enfrentar amenazas provenientes desde afuera, en este caso de las empresas de brócoli que empezaron a utilizar la tecno-

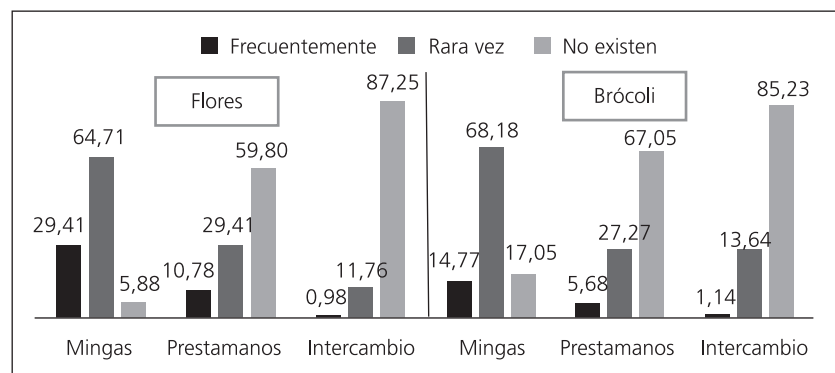
posibilidades de una cooperación relacionada con el territorio se torna limitada. Según Paugam (2012), el paso desde “vínculos de filiación y de participación electiva” (vínculos familiares y vínculos de amistad y conocidos) hacia vínculos de participación orgánica (relacionados con el trabajo), en otras palabras, el paso de la “solidaridad mecánica a la orgánica” (Durkheim 1995) requiere incluir la relación con el trabajo y con el empleo. Se trata de una solidaridad que incluye no solo el mundo del trabajo sino también “la acción protectora del Estado” (Paugam 2012, 8). Desde este razonamiento, se puede entender que todavía no se ha sobrepasado el nivel de solidaridad mecánica, lo que explica también el bajo nivel de organización en el trabajo.

Otro elemento que debe considerarse en la dificultad que tienen las familias para establecer una cooperación más amplia en la comunidad es que la proximidad física en el espacio social no asegura, necesariamente, la conservación de los lazos intercomunitarios. El trabajo de inversión en capital social tradicionalmente ha estado a cargo de las mujeres, que son las más hábiles para realizar visitas, intercambio de dones, de regalos, a través de los cuales se perpetúa el capital simbólico de la familia (Bourdieu 2012, 377). En las condiciones actuales de incorporación de las mujeres en el trabajo asalariado, se trunca este mecanismo importante de socialización, que va más allá del grupo familiar cercano.

A excepción de las mingas que todavía se practican en la zona, vinculadas a la dotación de servicios básicos de infraestructura (agua, caminos, etc.), el ‘prestamos’ y el intercambio de productos son marginales. Justamente, el ‘prestamos’ o ‘cambiamanos’, expresión de una fuerte relación de reciprocidad, está más vinculado con la actividad agropecuaria en pequeña escala, dada la estacionalidad del cultivo o la disponibilidad de mano de obra familiar y especialmente de tierra comunal (gráfico 15). Es evidente que, dada la escasez de tierra y de mano de obra en las unidades domésticas, estas prácticas no son ni viables ni rentables. Finalmente, el intercambio de productos entre familias pertenecientes a comunidades ubicadas en distintos pisos ecológicos simplemente ha desaparecido del territorio.

logía del ‘bombardeo’ de nubes, lo que motivó una interesante movilización de las comunidades afectadas.

Gráfico 15. Relaciones de reciprocidad (porcentajes)



Fuente: encuesta a trabajadores florícolas de Cotopaxi 2012.

La crisis de las relaciones de reciprocidad ha sido constatada en varios estudios realizados en la Sierra ecuatoriana. Muestran las dificultades de su vigencia en el contexto de sociedades rurales en proceso de transformación (Martínez Valle 2002). Los mismos defensores de la teoría de la reciprocidad han debido matizar sus planteamientos e incluir la presencia de un interfaz entre el intercambio mercantil y la reciprocidad, que podría ser regulado finalmente por el Estado a través de dispositivos jurídicos y políticos, de contratos entre actores ubicados en la esfera de la reciprocidad o en la de los intercambios mercantiles (Sabourin 2012).³ Este planteamiento supondría considerar dos esferas con el mismo peso e importancia económica, lo cual no sucede en la realidad. Lo que sí es importante destacar es que la subsistencia de prácticas tradicionales de trabajo como la minga supone también un ahorro en los costos de transacción mercantiles, puesto que finalmente es el mercado capitalista en cualquier expresión que adopte (tierra, trabajo y capital) el que se aprovecha de la reciprocidad que todavía subsiste en las comunidades.

3 Según Narotzky (2010, 152), “la reciprocidad emerge como concepto para posicionarse como ese otro del intercambio del mercado, como esa relación anterior y externa. Es un concepto que intenta explicar formas de transferencia (de bienes y servicios tangibles e intangibles) que aparecen como aspectos no diferenciables de procesos culturales y sociales cuyo fin principal no sería organizar la circulación material de los recursos.”

Además, en este territorio el predominio de una economía parcelaria basada en la fragmentación excesiva de la propiedad no conforma una base suficiente para la vigencia de relaciones de reciprocidad en la agricultura, que implica una colaboración fuera de la familia e incluye a las familias vecinas y a la comunidad. Solo se conserva la minga, pero más como una colaboración obligatoria para acceder a la dotación de servicios básicos de tipo urbano, o para el agua de regadío o de uso doméstico.⁴ Se confirma una vez más el predominio de una práctica económica y social centrada en la familia, en el trabajo asalariado y con limitadas posibilidades de ampliar las redes sociales hacia la comunidad.

La visión de una trabajadora de las flores confirma esta tendencia:

Creo que como la gente en su mayoría se dedica a trabajar ya no hay tiempo para compartir con la familia y los vecinos. Nos falta tiempo para tener comunicación, para podernos organizar como en las fiestas antes. Muchas veces el barrio queda botado, se cansan de trabajar en las plantaciones y se van a Quito. Ya no hay la tarde del *voley*, del *indoor*, se están perdiendo esas cosas (V.T., entrevista en Quisínche Bajo, 5 de febrero de 2012).

En la medida en que la población asalariada adopta el ritmo de trabajo de las empresas florícolas y de brócoli, se produce un lento deterioro de las relaciones de reciprocidad y de solidaridad, que finalmente quedan reducidas al ambiente familiar. Tal como lo señala esta trabajadora, ya no hay tiempo para actividades que de alguna forma recreen la identidad y la memoria de los actores sociales. Como lo señalan Cassé y Granié (1999, 18): “En las mutaciones contemporáneas, el territorio permanece como un elemento esencial estructurante de la identidad del actor... y el actor produce el territorio.” El problema es ¿qué sucede cuando se rompe la relación entre lo individual y lo colectivo? Hay el serio peligro de que se empiece a privilegiar la dimensión individual y se hable ya no de ‘mi territorio’ sino de ‘mi empresa’. Es un tema que merece profundizarse sobre todo en territorios

4 Según una entrevistada: “Salgo también a las mingas del agua, cuando convoca el presidente del barrio. Es obligatorio ir, si uno no va cobran multa de 30 dólares, a más que hay que poner a veces una cuota” (F., entrevista en Latacunga, 8 de julio de 2012).

donde se busca crear una nueva identidad en torno a actividades exógenas alejadas completamente de las prácticas tradicionales de los actores sociales.

En una situación de semiproletarización generalizada, las relaciones tradicionales de reciprocidad pierden vigencia, pues las estrategias de las familias están ahora atravesadas profundamente por el mercado de trabajo, el salario, el consumo no productivo y la lógica impuesta desde fuera por los agronegocios. Si bien la vinculación salarial ha generado una cierta seguridad en el ingreso de las familias, en el ámbito organizativo se ha creado, en cambio, un vacío, en la medida en que no disponen por el momento de instituciones que puedan defender los derechos de trabajadores y trabajadoras (sindicatos, asociaciones de trabajadores, etc.). Las organizaciones tradicionales como la comuna han perdido su eficacia, pues no representan los nuevos intereses de sus miembros, que prefieren vincularse a formaciones semiurbanas como los barrios dentro del actual proceso de transformación espacial que se da en estos territorios. Un dirigente de la zona de brócoli, señala esta tendencia:

Antes en la comunidad había una organización que eran los cabildos, que fueron desapareciendo... En la parroquia de Guaytacama existían cinco comunidades, pero fueron desmembrando su territorio, haciendo grupos y formando los barrios. Ahora contamos con 14 barrios, pero con el transcurso de las generaciones, no les gusta decir comunidad, como que eso nos cae mal, los pobladores no quieren, dicen la comunidad está arriba, tienen un mal concepto (C.I., entrevista en Guaytacama, 27 de septiembre de 2012).

Esta opinión indica la presencia de profundas transformaciones de la estructura organizativo-espacial que diferenciaba al campo de la ciudad. Como lo menciona Pedreño Cánovas (2001, 89), al referirse a los cambios en la relación campo-ciudad: “Se disuelve aquella perspectiva que oponía el espacio rural como economía agraria y sociedad campesina, al espacio urbano dominante. La sociedad rural es hoy una parte más de la sociedad global.”

No obstante, el nivel de cooperación intercomunal puede reactivarse coyunturalmente cuando las comunidades son amenazadas por las prácticas de la empresa de brócoli. Este fue el caso de la oposición de varias comunidades de las parroquias de Guaytacama, Saquisilí y Salcedo frente al

bombardeo de nubes practicado por la empresa Nintanga para neutralizar la presencia de granizo y fuertes lluvias que afectan al cultivo de brócoli, pero que generan sequía en los cultivos campesinos. El conflicto, en el cual tuvieron que intervenir las autoridades locales y regionales, se solucionó con la negociación y prohibición del bombardeo de nubes por parte de la empresa. Es interesante señalar que en algunas comunidades indígenas, como el caso de Salcedo, el arreglo pasó por la otorgación de un terreno a la comunidad de Cumbijín por parte de la empresa Nintanga, en una clara estrategia de negociación similar a la de los hacendados tradicionales.⁵

Esta experiencia muestra la importancia de lo que Torr e y Beuret sealan dentro del análisis de las proximidades territoriales como la lógica de similitud:

Corresponde a la adhesión mental a categorías comunes; se traduce por el hecho de que los individuos se encuentran a cortas distancias cognitivas los unos de los otros. Puede tratarse de personas que se reconocen en proyectos compartidos o también que comparten los valores comunes en términos de cultura, de religión... Las normas sociales, el lenguaje común, participan de esta proximidad organizada (Torr e y Beuret 2012, 12).⁶

En el caso del territorio del brócoli, la lógica de la pertenencia no se encuentra todavía en manos de las empresas, pues las comunidades pueden organizarse y movilizar la lógica de similitud para lograr detener parcialmente la estrategia empresarial.

El análisis realizado hasta aquí sobre el nivel organizativo en la esfera del trabajo y en el ámbito de la comunidad muestra un deterioro del capital social en el territorio, si se asume el concepto de capital social planteado por Bourdieu (2001, 83-84), como el

conjunto de recursos actuales o potenciales, vinculados a la posesión de una *red duradera de relaciones* más o menos institucionalizadas de interco-

5 “Como parte de un acuerdo entre la empresa productora de brócoli Agronagsiche y habitantes de 10 comunas de los alrededores, la mañana de ayer en el interior de la hacienda Selva Alegre de la empresa antes mencionada, fue entregado un terreno en donación para uso comunitario”. “Tierras para comunidades”, *La Hora*, 8 de abril de 2010.

6 Traducción del autor.

nocimiento e interconocimiento: o dicho de otro modo, a *la pertenencia a un grupo*, en tanto en cuanto que conjunto de agentes que poseen no solo propiedades comunes (capaces de ser percibidas por el observador, por los demás o por ellos mismos) sino que están también unidos por *vínculos* permanentes y útiles.

En este sentido se pueden señalar al menos dos falencias centrales: la debilidad de la red duradera de relaciones de interconocimiento e interconocimiento, proporcional al deterioro señalado de las relaciones de reciprocidad y solidaridad entre las comunidades existentes en el territorio. Al cortocircuitarse esta red por la ampliación de las relaciones mercantiles, también se debilitaría la pertenencia al grupo, en este caso la comunidad. La transformación de la comunidad en barrio es el síntoma más evidente de esta situación. Ya no tendría mucho sentido continuar invirtiendo en estas redes basadas en las relaciones tradicionales que tienen dificultad en conservarse. Como lo señala Bourdieu (2001, 85), la red de vínculos no es algo socialmente dado, sino que es el producto “del trabajo de instauración y mantenimiento necesario para producir y reproducir vínculos duraderos y útiles, capaces de proporcionar beneficios materiales o simbólicos.” Esta perspectiva indica que en las condiciones actuales hay un proceso de construcción de capital social, puesto que no basta la proximidad geográfica o física sino la necesaria reproducción de vínculos duraderos y útiles, aun en contextos aparentemente desfavorables como puede ser un territorio en proceso de desestructuración social. Pero allí donde no se ha consolidado plenamente la dominación del campo social, todavía pueden reactivarse las relaciones tradicionales que, a su vez, reactiven un capital social, el cual pueda servir a las estrategias de comunidades en su enfrentamiento con el capital.

Conclusiones

Esta investigación sobre una de las áreas de expansión del agronegocio en la Sierra ecuatoriana en la última década muestra, en primer lugar, un importante proceso de reorganización territorial en función de los intereses de las empresas de flores y de brócoli. El agronegocio en su versión criolla ha modulado el territorio, lo que significa que en este lapso se ha producido el cambio de dominación desde el modelo de la hacienda lechera al modelo del agronegocio de flores y de hortalizas vinculado al mercado mundial. Este cambio no implica un abandono de la concentración del recurso tierra sino una utilización diferente, ahora bajo una modalidad de explotación más intensiva y, sobre todo, con una producción volcada hacia el mercado mundial. Lo que se observa es que a pesar de ello se conserva un *path dependence* proveniente de la presencia del sistema de hacienda, especialmente en la percepción de las familias sobre las relaciones de trabajo, que incide en los niveles de organización y, en general, en la vida social de las comunidades locales.

La lectura del proceso de expansión de los cultivos de flores y de brócoli en Cotopaxi puede hacerse a través del lente de la modernización capitalista de la agricultura y encontrar que posiblemente se repite el proceso comandado por la gran empresa, tal como se dio, por ejemplo, dentro del modelo *junker* en los territorios de la Alemania del Este. La diferencia es que ahora quien tiene la batuta no es un terrateniente modernizado sino la agroindustria vinculada al capital extranjero, cuya lógica económica está dada por el comportamiento del mercado mundial. Sin embargo, esta

apreciación tiene sus límites. Hay dos elementos nuevos que no calzan con este modelo: no se ha producido una expropiación de las parcelas campesinas y no se ha dado una expulsión de la mano de obra del territorio. Es más, las agroindustrias, al generar empleo local, han logrado lo que no han podido los proyectos de desarrollo rural en otros territorios: anclar a la población en su territorio.

Esta afirmación, que tomada tal cual podría significar un anatema contra la ortodoxia del desarrollo rural, requiere ser aclarada. Efectivamente, en los territorios donde hay plantaciones de flores y de brócoli, hay empleo; trabajadores y trabajadoras que antes migraban fuera de sus comunidades han retornado y trabajan a la vuelta de sus hogares. Pero esto sucede porque los agronegocios, dadas las condiciones técnicas del proceso productivo, necesitan de esta mano de obra y no lo hacen por filantropía o porque les interesa 'reterritorializar' estos lugares. Para conservarla, los empresarios están dispuestos (de mala gana) a cumplir con los postulados básicos del Código Laboral ecuatoriano; por eso no se observan agudas condiciones de precariedad en el empleo. Está presente, sin embargo, la precariedad en el trabajo, y esta seguirá aumentando en la medida en que los trabajadores perciban los efectos de la intensificación y especialización de tareas calificadas que afectan a la salud sobre todo de las mujeres. También en la medida en que su percepción del trabajo asalariado sea la de actores que se enfrentan con el capital y no al dueño de la hacienda o al patrón.

Los cambios más importantes han ocurrido a nivel de la fuerza de trabajo. Ahora se vincula masivamente bajo la relación salarial caracterizada por la presencia de una miniagricultura familiar en el *hinterland* empresarial, que cumple una importante función como abastecedora de mano de obra barata para el capital. Esta presencia de la economía campesina es la que en cierta forma genera una bruma o neblina en la relación del trabajo con el capital, que impide, sobre todo a los asalariados, dimensionar las formas de explotación que se establecen a través de la intensificación laboral en el trabajo de las flores y del brócoli. Se trata de una economía familiar que privilegia progresivamente los ingresos obtenidos en el trabajo asalariado de sus miembros, mientras la producción agropecuaria cumple un rol secundario vinculado al autoconsumo. En este sentido, todavía la familia

constituye, como lo diría Bourdieu (2011, 49), una importante fuerza de fusión, que contrarresta de manera eficiente a las fuerzas de fisión, que en este caso provienen del mercado de trabajo capitalista.

Las agroindustrias han llevado a una marginalización económica de las parcelas campesinas, que ahora desempeñan un espacio de reproducción de la fuerza laboral. Si bien todavía existen estos minifundios, cumplen un rol de residencia y de autosubsistencia del grupo familiar, con lo cual abaratan el costo de la mano de obra local. Si no existieran estas condiciones, el negocio de las flores y del brócoli no estaría en esta provincia, por más que las tierras sean buenas y haya mucha luminosidad. Además, ya se han formado familias que no tienen tierra, es decir, asalariadas en el pleno sentido de la palabra. Por ello, se trata de un territorio semiproletariado aunque todavía existan familias que dispongan, tal como lo mencionaba Lenin (1974), de un "nadiel", en manos de la mano de obra marginal, y que conforman el último reducto de un modo de vida que se encuentra en crisis. Asimismo, las agroindustrias, al integrar masivamente la mano de obra femenina, han quebrado la espina dorsal de la economía campesina, puesto que son las mujeres quienes se encontraban al frente de la parcela, de la pequeña ganadería y de las actividades centrales del hogar. Poco a poco se asistirá en este territorio a un proceso sostenido de urbanización de los espacios rurales, que avanza sólidamente con base en el trabajo y los salarios de los excampesinos.

Si bien no se pudo detectar la presencia predominante de una relación precaria en el empleo, existen fuertes rasgos de precariedad en el proceso de trabajo, en especial entre trabajadores ocasionales contratados en cuadrillas para las fases de mayor demanda de flores en el mercado mundial. No obstante, a nivel del proceso productivo existen modalidades de intensificación del trabajo, una de las estrategias que establecen las empresas para ser competitivas en el mercado mundial y que recaen sobre la mano de obra.

La presencia de las agroindustrias en el territorio ha significado terminar de una vez por todas con los lazos patriarcales o tradicionales que existían entre trabajadores y el sistema de hacienda. Ahora, el trabajador ya no se enfrenta con un patrón con quien puede entablar negociaciones sobre la utilización del espacio productivo en que se desenvuelve, sino con

un sistema organizado de trabajo del cual solo conoce una parte y cuya lógica está completamente fuera de su horizonte. Si bien se rompe el individualismo parcelario del cual sacaba ventaja el patrón a través de relaciones clientelares, se abre por el momento una sensación de inseguridad, pues en las relaciones salariales hay otros códigos y otras conductas a las que no están acostumbradas, por ejemplo, las mujeres indígenas que por primera vez abandonan la comunidad para pasar a ser simplemente trabajadoras asalariadas.

El acceso al trabajo asalariado se ha convertido en la estrategia privilegiada de las familias de este territorio, lo que implica una nueva situación económica radicalmente diferente de su situación anterior. Para la población joven esto facilita salir de su anterior situación de consumidores marginales a adquirir el estatus de consumidores plenos, sin mayor relación con la actividad agropecuaria. La condición salarial les impulsa a entablar nuevas relaciones con el mercado, que pasan por decisiones individualizadas; a largo plazo implican una pérdida de la solidaridad tradicional. Esta conversión a la lógica capitalista de la población más joven es el rasgo más visible que se expresa en el cambio de los patrones de consumo y su alejamiento de las estrategias más campesinas.

En este territorio se ha creado una nueva cultura del consumo, que no es sino la manifestación de la presencia de nuevos modos de vida, bastante alejados del referente campesino. Este consumo se orienta a la satisfacción de necesidades que no son prioritarias si se mira desde el lado campesino, pero que pueden serlo si se mira desde el lado generacional individual. Se trata de un patrón de consumo que no tiene nada que ver con la lógica productiva del campesino. Es practicado especialmente por la juventud y basado en el salario que se convierte en la bisagra estratégica de conversión al modo de vida capitalista. Lo contradictorio de este proceso es que, efectivamente, la gente joven está en el territorio pero al mismo tiempo no lo está. El salario les permite huir culturalmente, dado que su percepción se vincula con el mundo del consumo que se encuentra en la ciudad. La cercanía entre el campo y la ciudad, a través de buenas carreteras, les permite romper la barrera del lugar y vivir en el campo de otra forma, es decir, como no-campesinos.

El bajo nivel organizativo en la esfera del trabajo, así como en la comunidad, indica un grado de profunda desterritorialización, dado que las decisiones cada vez más individualizadas parecen orientarse más hacia afuera que hacia adentro. El territorio ya estaría definido como un coto del agronegocio, donde los barrios y comunidades solo son reservorios de mano de obra barata, sin mayor poder de negociación con las empresas que ordenan, física y socialmente, el espacio productivo a su antojo.

Además, se ha dado una ruptura en las prácticas de solidaridad vigentes en el espacio residencial (familia, comunidad), pues la misma escasez de recursos impide la práctica de la reciprocidad en las familias y en la comunidad. En la esfera del trabajo, la situación es dramática, no solo porque hay desconocimiento de las alternativas organizacionales sino porque la misma empresa ya ha desarrollado formas organizativas para neutralizar cualquier iniciativa que provenga de trabajadores y trabajadoras. El bajo nivel de capital social que se constata en este territorio acelera aún más la crisis de la economía campesina y plantea soluciones individuales en torno a los conflictos o problemas por los que atraviesan los trabajadores. Por lo mismo, las empresas tienen el campo libre para establecer ciertas políticas de bienestar social orientadas a controlar desde dentro (empresa) a la fuerza de trabajo.

Este estudio es un claro ejemplo de una rápida transformación agraria inducida por el mercado mundial en un territorio donde las vacas fueron desplazadas por el plástico de las plantaciones florícolas o por los cultivos del brócoli. Las familias continúan en su rol de abastecedoras de fuerza de trabajo, anteriormente para el capital citadino a través de las migraciones hacia las ciudades, hoy para las florícolas y brocoleras en el mismo territorio.

Habría que preguntarse si en este territorio, como bien lo señala Harvey (2008, 88), se habría consolidado “un espacio regional dentro del cual, producción y consumo, oferta y demanda (de mercancías y de fuerza de trabajo), producción y realización, lucha de clases y acumulación, cultura y estilo de vida se articulan para formar una suerte de *coherencia estructural* en el seno de una totalidad de fuerzas productivas y relaciones sociales”. Para lograr esta “coherencia estructural, el capital ha logrado captar una fuerza de trabajo cautiva, estable y fiable” (Harvey 2008, 92), que solo podría mejorar

sus condiciones a través de la organización colectiva en el lugar de trabajo y en sus comunidades para, a partir de este capital social, luchar por una apropiación diferente del territorio. Por el momento, esta condición no está presente, lo que facilita al capital en su labor de extracción de plusvalía, de renta y, en general, de los recursos más importantes para dar viabilidad a su modelo de agronegocios vinculado con el mercado global.

Existe, pues, un profundo proceso de desterritorialización que tiene características inéditas. Por un lado, hay una disyunción funcional, es decir, una ruptura entre la lógica productivista del agronegocio y la población del territorio. Mientras la empresa se aleja del territorio y responde a las exigencias del mercado global, los productores locales se encuentran todavía anclados en el territorio. Se daría “una difracción entre el mundo productivo nómada o a-espacial y el mundo productivo territorial” (Pecqueur 2009, 52).

Por otro lado, el punto clave radica en el proceso de desestructuración social que ha generado el agronegocio y que, dadas las actuales condiciones, impide la construcción social del territorio a partir de las iniciativas de los actores locales. Estos se encuentran inmersos en una lógica más individual que colectiva, más familiar que comunitaria, lo cual lleva a que las empresas no enfrenen resistencia a su estrategia de control del campo social; pueden ejecutarla a su entero antojo. Los mismos sentimientos de pertenencia y apropiación de los actores rurales, es decir, los “factores de enraizamiento en los territorios se tornan cada vez más tenues” (Rieutort 2009, 38).

La desterritorialización, en este caso, no se ha dado por el abandono y despoblación rural. Al contrario, para poder ejercer un mayor control de las empresas sobre el excedente laboral era necesario que este permaneciera en el lugar. Pero, como el campo social no es estático, esta aparente ventaja del capital puede tornarse en desventaja, una vez que los trabajadores asuman el real estatus de asalariados, lo que les impulsaría a romper la actual práctica social atomizada, por otra más solidaria. Por último, la desmitificación de las anteriores relaciones patriarcales ha creado las bases potenciales para la implementación de estrategias que mejoren su actual posición en el campo de fuerzas, donde puedan revertir la actual estructura

de distribución de capitales, favorable por el momento a los agronegocios (Bourdieu 2000, 244).

Finalmente, es importante reflexionar sobre el significado de las transformaciones que ha generado en el territorio la mercantilización a través del agronegocio. Existe, de hecho, un proceso en marcha de mercantilización de la fuerza de trabajo en detrimento de la agricultura campesina. Este proceso se venía cumpliendo desde principios del siglo XX, pero ya a principios del siglo XXI incluye la tierra y recursos naturales y, lo más importante, tiene una dimensión mundial, puesto que se trata de una producción destinada principalmente al mercado externo.¹ En este territorio hay una desconexión entre lo que se produce y lo que se consume, lo que provoca una vulnerabilidad de los territorios, en la medida en que los empleos que se generan dependen de centros de decisión exógenos (Pecqueur e Itçania 2012, 53).

Aunque en el territorio estudiado esto no ha significado el desmantelamiento del rol del Estado, las iniciativas en el campo social están en manos del agronegocio. Este podría aprovecharse de la débil organización local de trabajadores y campesinos, de la falta de visión territorial de los gobiernos locales para canalizar, en su beneficio, las inversiones actuales (infraestructura y servicios) y futuras (proyectos de regadío), y cristalizar de esta forma una alianza Estado-mercado (mercantilización desde arriba) en desmedro de asalariados y campesinos del territorio. Así, por ejemplo, sorprende, por decir lo menos, que esta dinámica bastante contradictoria de los agronegocios sea utilizada por voceros del actual Gobierno como un ejemplo del cambio de la ‘matriz productiva’, salvo que este cambio consista en apoyar a cultivos como las flores y el brócoli, orientados al mercado externo a través de empresas capitalistas (sin importar su origen) y sin mayores impactos positivos en el territorio, excepto la creación de empleo. Pero, antes de apoyar estas estrategias, habría que considerar los impactos en el ambiente, en la salud, en la organización de los trabajadores y en la desestructuración de las comunidades.

¹ Esto es lo que Burawoy (2013, 97) retomando el análisis de Karl Polanyi, señala como la presencia de una “tercera ola de mercantilización”.

Anexo 1

Distribución de las encuestas por parroquia

Flores			Brócoli		
Parroquias	n.º encuestas	Porcentaje	Parroquias	n.º encuestas	Porcentaje
Alaquez	25	26,6	Mulaló	9	9,1
José Guango Bajo	10	10,7	Guaytacama	73	83,0
Mulaló	30	31,9	Pujilí	7	7,9
Pastocalle	1	1,0			
Tanicuchí	28	29,8			
Total	94	100	Total	88	100

Anexo 2

Nota metodológica sobre el cálculo del índice de precariedad

Para el cálculo del índice se depuró la base. Con esto se determinó un número de casos con los cuales se consideró que el índice de precariedad estará compuesto por las personas que reciban un salario precario (menor a 300 dólares), que no tengan un contrato, no estén afiliadas al seguro social y no reciban horas extras.

De la muestra proporcionada se determinó de la siguiente fórmula para el cálculo del índice de precariedad:

$$IP = \frac{\sum \text{personas que tienen salario precario y no tienen contrato o no les pagan por horas extras}}{\sum \text{total de personas}} * 100$$

Las personas consideradas precarias son aquellas que perciben una parte de los beneficios sociales pero no la totalidad.

No se tomaron en cuenta otras variables, ya que no aportaban al nuevo índice, debido a que la muestra no permite una diversidad entre los registros. Al cruzar con las otras variables no existirían casos que cumplieran con la condición de ser negativos en todas las variables.

Precariedad

Trabajadores	Flores		Brócoli	
	n.º	Porcentaje	n.º	Porcentaje
No precario	61	65,9	62	72,1
Precario	32	34,4	24	27,9
Total	93	100	86	100

Categoría ocupación

Trabajador	Flores		Brócoli	
	n.º	Porcentaje	n.º	Porcentaje
Permanente	87	91,6	79	91,9
Temporal	5	5,4	7	8,1
Total	92	100	86	100

Contrato

Contrato	Flores		Brócoli	
	n.º	Porcentaje	n.º	Porcentaje
Sí	60	66,7	56	65,1
No	30	33,3	30	34,9
Total	90	100	86	100

Pago por horas extra

Horas extras	Flores		Brócoli	
	n.º	Porcentaje	n.º	Porcentaje
Sí	62	71,3	74	87,1
No	25	28,7	11	12,9
Total	87	100	85	100

Disponibilidad de seguro

Seguro	Flores		Brócoli	
	n.º	Porcentaje	n.º	Porcentaje
Sí	88	95,7	77	90,6
No	4	4,3	8	9,4
Total	92	100	85	100

Salario precario

Salario	Flores		Brócoli	
	n.º	Porcentaje	n.º	Porcentaje
Salario precario	62	66,7	40	46,5
Salario no precario	31	33,3	46	53,5
Total	93	100	86	100

Referencias

- Anula C. Carmen y Emilio C. Díaz. 1997. "Mercado de trabajo y estrategias familiares: El caso de la Andalucía rural". *Estudios Regionales* 48: 1-26.
- APROFEL (Asociación de Productores Ecuatorianos de Frutas y Legumbres). 2011. "Perspectivas del sector productor, procesador y exportador de frutas y vegetales congelados", http://www.camaradecomercioamericana.org/APROFEL_AMCHAM_2011.pdf.
- Arcos Cabrera, Carlos y Carlos Marchán Romero. 1978. "Apuntes para una discusión sobre los cambios en la estructura agraria serrana". *Revista Ciencias Sociales* 2 (5): 13-51.
- Arrighi, Giovanni y Fortunata Piselli. 1987. "Capitalist Development in Hostile Environments: Feuds, Class Struggles, and Migrations in a Peripheral Region of Southern Italy". *Review* 10, n.º 4: 649-751.
- Azam, Geneviève. 2009. "Economía solidaria y reterritorialización de la economía". *Pampa* 5: 69-77.
- Banco Central del Ecuador. 2011. *Boletín Anuario* 33. <http://www.bce.fin.ec/index.php/component/k2/item/327-ver-bolet%C3%ADn-anuario-por-a%C3%B1os>.
- Bauman, Zygmunt. 2003. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Barsky, Oswaldo. 1978. "Iniciativa terrateniente en la reestructuración de las relaciones de producción en la sierra ecuatoriana: 1959-1964". *Revista Ciencias Sociales* 2, n.º 5: 74-126.

- Bourdieu, Pierre. 1980. *Questions de Sociologie*. París: Les Éditions de Minuit.
- 1998. “La esencia del neo-liberalismo”. *Le Monde Diplomatique*, año 3, n.º 29: (marzo/abril).
- 2000. *Les structures sociales de l'économie*. París: Editions du Seuil.
- 2001. “El capital social: Apuntes provisionales”. *Zona Abierta* 94/95: 83-87.
- 2003. “La fabrique de l'habitus économique”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 150 (diciembre): 79-90.
- 2006. *Argelia 60: Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- 2008. *Esquisses Algériennes*. París: Editions du Seuil.
- 2011. *Las estrategias de reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- 2012. *Sur L'État: Cours au Collège de France 1989-1992*. París: Éditions Raisons d'Agir / Éditions du Seuil.
- 2013. “De la méthode structurel au concept de champ”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 200 (diciembre): 12-37.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. 2005. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Boyer, Robert. 2003a. “L'Art du Judoka”. En *Travailler avec Bourdieu*, editado por Pierre Encrevé y Rose-Marie Lagrave, 267-279 París: Éditions Flammarion.
- 2003b. “L'Anthropologie économique de Pierre Bourdieu”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 150 (diciembre): 65-78.
- Breilh, Jaime. 2007. “Nuevo modelo de acumulación y agroindustria: Las implicaciones ecológicas y epidemiológicas de la floricultura en Ecuador”. *Ciência & Saúde Coletiva* 121: 91-104.
- Brenner, Robert. 2009. *La economía de la turbulencia global*. Madrid: Ediciones Akal, S.A.
- Bretón, Víctor. 2012. *Toacazo: En los Andes equinocciales tras la reforma agraria*. Quito: FLACSO-Abya Yala.
- Burawoy, Michael. 2013. “La sociologie publique face au marché”. En *Socioéconomie et démocratie: L'actualité de Karl Polanyi*, editado por Isabelle Hillenkamp y Jean-Louis Laville, 89-104. Toulouse: Editions Érès.

- Calvacanti, Josefa Salette Barbosa y Dalva María da Mota. 2003. “Agricultura y trabajadores rurales en Brasil”. En *El campo en la sociología actual: Una perspectiva latinoamericana*, editado por Mónica Bendini, Salette Calvacanti, Miguel Murmis y Pedro Tsakoumagkos, 237-249. Buenos Aires: Editorial La Colmena.
- Cassé, Marie-Claude y Anne-Marie Granié. 1999. “Comment penser le rural aujourd'hui?”. En *Dynamiques agraires et construction sociale du territoire*, editado por Philippe Jouve y Marie-Claude Cassé, 26-28. Montpellier, Francia: CNEARC / UT.
- Castel, Robert. 2004. *La inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- 2010. *El ascenso de las incertidumbres: Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Courlet, Claude. 2008. *L'Économie territoriale*. Grenoble: Presses universitaires de Grenoble.
- Dufy, Caroline, y Florence Weber. 2007. *L'ethnographie économique*. París: Éditions La Découverte.
- Durkheim, Emile. 1995. *La división del trabajo social*. Madrid: Ediciones AKAL.
- Entrena Durán, Francisco. 1998. *Cambios en la construcción social de lo rural: De la autarquía a la globalización*. Madrid: Editorial Tecnos.
- 2010. “Dinámicas de los territorios locales en las presentes circunstancias de la globalización”. *Estudios Sociológicos* 28, n.º 84: 691-728.
- EXPOFLORES. 2009. *Estudio económico de la floricultura en el Ecuador*. Quito: EXPOFLORES-CORPEI-BID-OCE.
- Florida, Richard. 2010. *La clase creativa: La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.
- Friedemann Sánchez, Greta. 2008. *Trabajo y género en Colombia*. Bogotá: ICANH.
- Gasselin, Pierre. 2001. “La explosión de la floricultura de exportación en la región de Quito: Una nueva dinámica agraria periurbana”. *Estudios de Geografía* 10: 55-68.
- Granovetter, Mark. 2000. *Le marché autrement*. París: Desclée de Brouwer.

- Granovetter, Mark. 2006. "L'influence de la structure sociale sur les activités économiques". *Sociologies Pratiques* 13: 9-36.
- Guarderas Cobo, Carolina y Andrea Herrera Bucheli. 2013. "Análisis de los efectos en la industria el brócoli por la no renovación del ATPDEA, y una propuesta de exportación a un mercado alternativo: Caso ECOFROZ". Tesis de pregrado, Ingeniería en Negocios Internacionales, UIDE. Quito.
- Guerrero, Andrés. 1983. *Hacienda, capital y lucha de clases andinas*. Quito: El Conejo.
- 1991. *La semántica de la dominación*. Quito: Libri Mundi.
- Harari, Raúl, Natalia Harari, Homero Harari, Florencia Harari, IFA, Domingo de Brieva. 2011. *Condiciones de trabajo y derechos laborales en la floricultura ecuatoriana*. Quito: FENACLE / IFA / FOS / FNV.
- Harvey, David. 2008. *Géographie de la domination*. París: Les Prairies Ordinaires.
- 2009. El desarrollo capitalista no se fundamenta necesariamente sobre la proletarianización total. Entrevista a Giovanni Arrighi. *Rebelión* 26 (05). http://ddooss.org/articulos/entrevistas/Giovanni_Arrighi.ht.
- 2011. *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hirschman, Albert O. 1983. *Bonheur privé, action publique*. París: Fayard.
- Humphreys, S. A. 2010. "Informe de calificación de riesgo a la emisión de obligaciones: PROVEFRUT, procesadora de vegetales y frutas tropicales S. A., mayo", <http://sigcv.mundobvg.com/Opciones%20de%20Inversion/Renta%20Fija/Prospectos%5CProvefrut%5CObligaciones/calificadora.pdf>.
- Huttel, Charles, Claude Zebrowski y Pierre Gondard. 1999. *Paisajes agrarios del Ecuador*. Quito: IFEA / IGM / IPGH / IRD / PUCE.
- IGM (Instituto Geográfico Militar), INEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos) y MAGAP (Ministerio de Agricultura, Ganadería, Acuicultura y Pesca). 2012. Del IGM, cartografía base, del INEC, cartografía temática y del MAGAP, haciendas productoras de brócoli. Base de datos.

- INEC-MAG-SICA. 2001. *III Censo Agrícola Agropecuario, Resultados Nacionales*.
- Korovkin, Tanya. 2004. "Globalización y pobreza: Los límites sociales del desarrollo de la floricultura de exportación". En *Efectos sociales de la globalización: Petróleo, banano y flores en el Ecuador*, compilado por Tanya Korovkin, 79-127. Quito: CEDIME / Abya Yala.
- Lara Flores, Sara María. 2008. "¿Es posible hablar de un trabajo decente en la agricultura moderno-empresarial en México?". *El Cotidiano* 23, n.º 147, (enero-febrero): 25-33.
- 2010. "Los encadenamientos migratorios en regiones de agricultura intensiva de exportación en México". En *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, coordinado por Sara María Lara Flores. 251-279. México: CONACYT / Miguel Ángel Porrúa.
- Laville, Jean-Louis y Jordi García Jané. 2009. *Crisis capitalista y economía solidaria: Una economía que emerge como alternativa real*. Barcelona: Icaria.
- Lenin, Vladimir. 1974. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Medellín: Oveja Negra.
- Long, Norman. 1994. "Du paradigme perdu au paradigme... retrouvé? Pour une sociologie du développement orientée vers les acteurs". *Bulletin de l'APAD* 7: 2-23, <http://apad.revues.org/2183>.
- Macías Macías, Alejandro. 2006. "Estrategias laborales de los empresarios hortícolas en México: El caso de Sayula, Jalisco". *Cuadernos de Desarrollo Rural* 56 (enero-junio): 83-115.
- Martin, Philip. 2002. "El trabajo en la agricultura industrial: El caso de EE.UU.". *AREAS* 22: 29-41.
- Martínez Valle, Luciano. 1987. *De campesinos a proletarios: Cambios en la mano de obra rural en la Sierra central del Ecuador*, 2ª ed. Quito: El Conejo.
- 2002. *Economía política de las comunidades indígenas*, 2ª ed. Quito: Abya-Yala.
- 2004. "Trabajo flexible en nuevas zonas bananeras del Ecuador". En *Efectos sociales de la globalización: Petróleo, banano y flores en el Ecuador*, compilado por Tanya Korovkin. Quito: Cedime / Abya Yala.

- Martínez Valle, Luciano. 2009. “Familia y mercado de trabajo en las ciudades de Quito, Guayaquil y Cuenca”. Informe final de investigación. Quito: FLACSO-Ecuador.
- 2012. “Apuntes para pensar el territorio desde una dimensión social”. *Ciencias Sociais Unisinos* 48 (enero-marzo): 12-18.
- Marx, Karl. 1975. *El Capital, Libro I, Capítulo VI inédito*. México: Siglo XXI Editores.
- Marx, Karl. 1977. *El Capital, Tomo I, Volumen 1. Libro primero: El proceso de producción del capital*. México: Siglo XXI Editores.
- Maurel, Marie-Claude. 2009. “Penser l’historicité des territoires”. En *Héritages et trajectoires rurales en Europe*, dirigido por Alain Berger, Pascal Chevalier, Geneviève Cortes y Marc Dedeire. 21-40. París: L’Harmattan.
- Moscovici, Serge. 2012. *Raison et cultures*. París: Editions EHESS.
- Murmis, Miguel. 1980. “El agro serrano y la vía prusiana de desarrollo capitalista”. Introducción al volumen. Quito: FLACSO / CEPLAES.
- Narotzky, Susana. 2010. “Reciprocidad y capital social: modelos teóricos, políticas de desarrollo, economías alternativas. Una perspectiva antropológica. Editado por Víctor Bretón, 127-167. Barcelona: Icaria editorial.
- Neffa, Julio César, María Luisa Oliveros, Juliana Perisa y Pablo Trucco. 2010. *Empleo, desempleo y políticas de empleo*. Argentina: CONICET.
- Neiman, Guillermo. 2010. “Los estudios sobre el trabajo agrario en la última década: Una revisión para el caso argentino”, <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/numeros/no-20-1er-sem-2010/los-estudios-sobre-el-trabajo-agrario-en-la-ultima-decada-una-revision-para-el-caso-argentino>.
- Newman, Constance, Pilar Larreamendi y Ana María Maldonado. 2001. *Mujeres y floricultura: Cambios y consecuencias en el hogar*. Quito: Ediciones Abya-Yala / Banco Mundial / CONAMU.
- North, Douglass C. 1994. “El desempeño económico a lo largo del tiempo”. *El Trimestre Económico* 61, n.º 244: 567-583.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo). 2007. *Diagnóstico de la situación de los niños, niñas y adolescentes que trabajan en las florícolas para las provincias de Pichincha y Cotopaxi*. Quito: OIT / EXPOFLORES.

- Oliveira-Baptista, Fernando. 1992. “Los asalariados agrícolas, el trabajo y los territorios: El caso portugués”. *Estudios Regionales* 31: 31-44.
- Ortiz, Sutti. 1999. “Los mercados laborales a través del continente americano”. En *Empleo rural en tiempos de flexibilidad*, coordinado por Susana Aparicio y Roberto Benecia, 9-28. Buenos Aires: Editorial La Colmena.
- Paugam, Serge. 2007. “La solidarité organique à l’épreuve de l’intensification du travail et de l’instabilité de l’emploi”. En *Repenser la solidarité: L’apport des sciences sociales*, dirigido por Serge Paugam, 379-396. París: Presses Universitaires de France.
- 2012. “Protección y reconocimiento: Por una sociología de los vínculos sociales”. *Papeles del CEIC* 82 (septiembre): 1-19.
- Pecqueur, Bernard. 2000. *Le développement local*. París: Editions La Découverte & Syros.
- 2009. “Le tournant territorial et les nouvelles régulations en milieu rural”. En *Héritages et trajectoires rurales en Europe*, dirigido por Alain Berger, Pascal Chevalier, Geneviève Cortes y Marc Dedeire, 41-60. París: L’Harmattan.
- Pecqueur, Bernard y Xabier Itçania. 2012. “Economie sociale et solidaire et territoire: Un couple allant de soi”. *Revue Internationale de l’Économie Sociale, RECMA* 325: 48-64.
- Pedreño Cánovas, Andrés. 2001. “Efectos territoriales de la globalización: El caso de la ruralidad agroindustrial murciana”. *Revista de Estudios Regionales* 59: 69-96.
- Pedreño Cánovas, Andrés y Germán Quaranta. 2002. “Trabajo y sociedad en los campos de la globalización alimentaria”. *AREAS* 22: 9-27.
- Peñaherrera, Karina y José Luis Rocha. 2011. “Diagnóstico y evaluación de los efluentes contaminantes por las florícolas en la acequia San Juan de la parroquia Mulaló, para el establecimiento de un plan de manejo ambiental”. Tesis de Ingeniería en Medio Ambiente, Universidad Técnica de Cotopaxi, Latacunga.
- Pérez Sáinz, Juan Pablo. 2002. “Globalización y comunidad: Notas para una sociología económica de lo local”. *Ecuador Debate* 55: 97-120.

- Pierri, José. 2010. "La sojización y el concepto de economía de enclave". Nota Agroindustria (diciembre): 23. www.uba.ar/comunicacion/detalle_not.
- Piñeiro, Diego E. 2011. "Precariedad objetiva y subjetiva en el trabajo rural: Nuevas evidencias". *Revista de Ciencias Sociales* 24, n.º 28: 11-33.
- Polanyi, Karl. 2000. *La gran transformación*. México: Juan Pablos.
- PRO ECUADOR. 2011. "Análisis sectorial de las flores", <http://www.proecuador.gob.ec/wpcontent/uploads/downloads/2012/01/PROEC-AS2011-FLORES.pdf>. Quito: Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio e Integración.
- Purseigle, François y Gérard Chouquer. 2013. "Les territoires saisis par la firme". *Etudes Rurales* 191: 9-18.
- Rémi. Lenoir. 2007. "La solidarité familiale: une question morale?". En *Repenser la solidarité: L'apport des sciences sociales*, dirigido por Serge Paugam, 169-186. París: Presses Universitaires de France.
- Rieutort, Laurent. 2009. "Dynamiques rurales françaises et re-territorialisation de l'agriculture". *L'Information Géographique* 73: 30-48.
- Rubio, Blanca. 2008. "El dominio del capital en actividades no tradicionales de exportación: Las florícolas". En *Formas de explotación y condiciones de reproducción de las economías campesinas en el Ecuador*, coordinado por Blanca Rubio, 35-60. Quito: Ediciones La Tierra / Fundación Heifer.
- Sabourin, Eric. 2012. "Reciprocidade e análise de políticas públicas rurais no Brasil". *Ruris* 6 (septiembre): 53-90.
- SENACYT/ MAGAP / SIGAGRO. 2010. "Catastro de flores de exportación en función de su rentabilidad y uso del suelo". *Memoria técnica*, anexo 01 (junio). Quito.
- SENESCYT y SIGAGRO. 2010. "Catastro de flores de exportación". Base de datos.
- Steimbregger, Norma Graciela. 2011. "Movilidad del capital, concentración productiva y control territorial de una cadena de valor agrícola en el norte de la Patagonia". *Pampa* 7: 207-236.
- Superintendencia de Economía Popular y Solidaria. 2013. "Un vistazo del sector cooperativo por segmentos y niveles". *Boletín Trimestral* 2 (abril): 1-27. Quito.

- Tepicht, Jerzy. 1973. *Marxisme et agriculture: le paysan polonais*. París: Armand Colin.
- Torré, André y Jean-Eudes Beuret. 2012. *Proximités territoriales*. París: Economica.
- Triglia, Carlo. 2002. *Sociologie économique*. París: Armand Colin.
- Van der Ploeg, Jan Douwe. 2010. *Nuevos campesinos: Campesinos e imperios alimentarios*. Barcelona: Icaria.
- Wallerstein, Immanuel. 1984. *El moderno sistema mundial*. México: Siglo XXI Editores.
- Yumbla, María Rosa. 2013. "Fuerza de trabajo femenina incorporada a la agricultura de exportación de brócoli en las parroquias de Guaytacama y Pujilí - provincia de Cotopaxi". Tesis de Maestría, FLACSO-Ecuador.
- Zoomers, Annelies. 2010. "Globalisation and the Foreignisation of Space: Seven Processes Driving the Current Global Land Grab". *The Journal of Peasant Studies* 37 (abril): 429-447.

Este libro se terminó de
imprimir en noviembre de 2015
en Hominem Editores
Quito-Ecuador